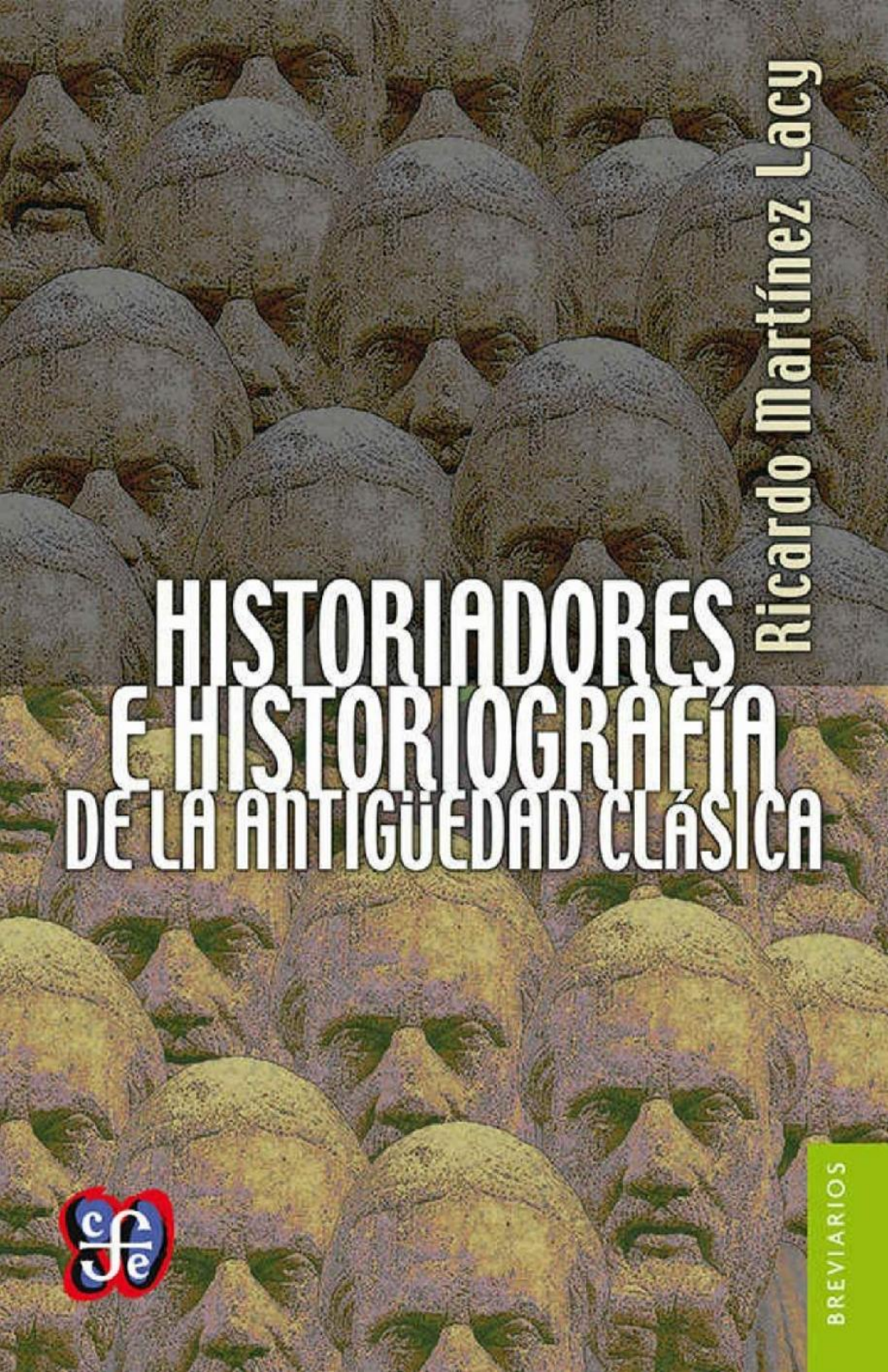
Ricardo Martínez Lacy
HISTORIADORES E HISTORIOGRAFÍA DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA
BREVIARIOS

Ortega y Gasset ha dicho que el hombre no tiene naturaleza, tiene historia, y que la naturaleza es a las cosas lo que la historia es al hombre. Así, el estudio de esta disciplina constituye uno de los aspectos fundamentales de nuestra vida. En esta obra, Ricardo Martínez Lacy llama la atención sobre la importancia de la historiografía; se adentra en las bases mismas de esta materia y analiza el origen del concepto de historia en la Antigüedad.

Además, con el fin de replantear las investigaciones actuales, el autor repasa una serie de obras centradas en la Antigüedad clásica. De Gibbon a Justo Sierra, pasando por Droysen, Mommsen y Von Rostovtzeff, Martínez Lacy examina las interpretaciones de estos historiadores sobre los clásicos, a la luz de su propio tiempo.

Mordaz a veces, serio y riguroso siempre, el examen de Martínez Lacy ofrece nuevas posibilidades para el quehacer historiográfico, al considerarlo una tarea universal que bien puede nutrirse de la Antigüedad clásica, ya que —en sus propias palabras— "toda la historia es nuestra historia".

Ricardo Martínez Lacy es licenciado en historia por la UNAM y doctor en historia antigua por la Universidad de Cambridge. Traductor de las *Vidas de Agis y Cleómenes* de Plutarco (UNAM, 1987) y autor de obras como *Rebeliones populares en la Grecia helenística* (UNAM, 1995). Actualmente es investigador y profesor de la UNAM.

www.fondodeculturaeconomica.com

creative commons

BREVIARIOS

del

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

541

HISTORIADORES E HISTORIOGRAFÍA

DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

2

Historiadores

e historiografía

de la Antigüedad clásica

Dos aproximaciones

por RICARDO MARTÍNEZ LACY

3

www.fondodeculturaeconomica.com

Primera edición UNAM (ENEP Acatlán), 1994

Primera edición FCE, 2004

Primera edición electrónica, 2014

Diseño de portada: R/4, Pablo Rulfo

D. R. © 2004, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

ISBN 978-607-16-2062-0 (mobi)
Hecho en México - *Made in Mexico*
4
ÍNDICE
Prefacio a la presente edición
Prefacio a la primera edición
Primera Parte
EL CONCEPTO DE HISTORIA
EN LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA
I. Introducción
II. Condiciones históricas del surgimiento de la historia
III. El objeto de la historia
Las relaciones entre civilizados y bárbaros
Las relaciones interestatales
Los problemas internos
El surgimiento de nuevos temas
IV. Historia y verdad
V. Los métodos de investigación y exposición
VI. La historia, la cultura y la sociedad en la Antigüedad clásica
Bibliografía
INTERLUDIO
El clasicismo de Las Casas
Bibliografía
5
Segunda Parte
LOS MÉTODOS DE LOS HISTORIADORES
CONTEMPORÁNEOS DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

(GRECIA Y ROMA)
I. Introducción
Bibliografía
II. Edward Gibbon (1737-1794)
Bibliografía
III. Johann Gustav Droysen (1808-1884)
Bibliografía
IV. Theodor Mommsen (1817-1903)
Bibliografía
V. Justo Sierra Méndez (1848-1912)
Bibliografía
Apéndice
Abreviaturas
VI. Robert von Pöhlmann (1852-1914)
Bibliografía
VII. Mijail Ivanovich Rostovtzeff (1870-1952)
Bibliografía
VIII. Moses I. Finley (1912-1986)
Bibliografía
IX. Perspectivas actuales de la historia antigua
6
A la memoria de
LORENZO LUNA
7
PREFACIO
A LA PRESENTE EDICIÓN
A la presente edición se le añade el capítulo sobre el clasicismo de Las Casas, que fue presentado como ponencia en las XIV Jornadas de Historia de Occidente. V Centenario (1492-1992). Otros Puntos de Vista. 24 y 25 de Septiembre de 1992. Agradezco al licenciado

Luis Prieto Reyes su invitación a participar en ese congreso. Asimismo agradezco al Departamento de Publicaciones de la ENEP Acatlán por haberme cedido los derechos de autor para esta segunda edición, así como al Fondo de Cultura Económica.

México, D. F., marzo de 2004

8

PREFACIO

A LA PRIMERA EDICIÓN

En el año de 1987 impartí un curso sobre la historiografía antigua para mis compañeros de la ENEP Acatlán. Dos años después repetimos la experiencia, sólo que en esa ocasión me ocupé de la historiografía moderna sobre la antigüedad clásica. Finalmente, en mayo de este año participé en el Taller Internacional sobre Filología Clásica en América, celebrado en La Habana, Cuba, con una ponencia sobre el *Compendio de historia antigua* de Justo Sierra. Al revisar los tres textos me pareció que formaban una especie de díptico: dos aproximaciones a la historiografía de la antigüedad clásica, y se me ocurrió formar este libro y dedicarlo a Lorenzo Luna, entrañable amigo con quien más he platicado de historiografía y, en general, de historia.

Agradezco pues la colaboración en esta obra a mis compañeras y compañeros de la ENEP Acatlán, a los participantes en el taller habanero, a las licenciadas Aurora Flores Olea y Patricia Montoya Rivero, sucesivas directoras del Departamento de Filosofía e Historia de la ENEP Acatlán, a la licenciada Ana María González y a la doctora Elina Miranda, decana y vicedecana, respectivamente, de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

México, D. F., junio de 1990

Postdata: un destino implacable me ha obligado a cambiar los términos de la dedicatoria.

Además, en el último año y medio, varios amigos y compañeros han leído el manuscrito y algunos lo han comentado conmigo, cosa

que me ha llevado a hacer algunas modificaciones a este libro. Agradezco su empeño y declaro ser el único responsable de los errores que subsistan. Ellos son la doctora Lourdes Rojas Álvarez, el doctor Jorge Alberto Manrique, el doctor Álvaro Matute, la licenciada Pilar Barroso Acosta y la licenciada Carmen Nava Nava. Es además un placer agradecer a Judith Martínez Hernández la ayuda incansable y la paciencia infinita que desplegó al ayudarme en el procesamiento del texto.

9

México, D. F., febrero de 1992

10

PRIMERA PARTE

EL CONCEPTO DE HISTORIA

EN LA HISTORIOGRAFÍA

ANTIGUA

11

I. INTRODUCCIÓN

EL ESTUDIO de la historia es algo corriente en nuestra cultura. Aunque pueda haber distintas concepciones o apreciaciones en torno a él, es una cosa que se da por sabida.

En este escrito trataré de exponer las características de una concepción diferente de la nuestra: las del concepto original que la historia tuvo en la antigüedad clásica. ¿Cuál puede ser el sentido de un estudio con tal orientación?

Como todos sabemos, la historia es un proceso que nosotros mismos producimos y por ello al estudiarla nos ocupamos, en primer lugar, de uno de los aspectos más fundamentales de nuestra vida, pues el hombre es un animal histórico. Es claro que la historia no puede ser entendida parcialmente, lo cual no quiere decir que haya que estudiarla toda, pero sí que es necesario tener una visión global de ella. En la elaboración de tal visión, la historiografía no puede sino desempeñar un papel fundamental, ya que mediante el estudio

de las obras de historia y de las concepciones sobre ella, los historiadores pueden ser capaces de adquirir una perspectiva sobre su propio lugar tanto en la historia como en la historiografía: es claro que la historiografía no guarda la misma relación con los historiadores que —por ejemplo— la ornitología con los pájaros: cuanto más conscientemente asuma el historiador su circunstancia histórica, más capaz será de ejercer una profesión que no es instintiva, sino producto de una vocación y de un trabajo consciente.

Ahora bien, ¿por qué ocuparse del concepto de la historia? Si estamos de acuerdo en que el estudio de la historia no es un producto natural del hombre, sino una disciplina científica y, por tanto, parte de la cultura, y que los historiadores por definición (y tal vez, por desgracia) no pueden ser como el burro que tocó la flauta, debemos estar de acuerdo en que no puede existir una historiografía sin que en ella subyazga un concepto de la historia tanto como ciencia, como en lo que se refiere al proceso mismo: ningún historiador ha hecho historia por casualidad ni con el propósito de escribir un tratado de física o de investigar algún asunto que no sea la historia misma. Se puede decir que —

explícita o implícitamente— el concepto de la historia es el fundamento necesario de toda escuela o corriente historiográfica.

Desde luego, existen varios conceptos de la historia y uno corre siempre el riesgo de atribuir los propios a los demás, especialmente cuando se estudian culturas distintas de la nuestra. Ante ello, Gerald Press, siguiendo el parecer de Quentin Skinner, ha adoptado el 12

método de estudiar palabras y en su libro se dedica a seguir la evolución semántica de *híst*or, *historeîn, historía, historikós* y las palabras afines en latín, pero parte del supuesto (probablemente derivado de la filosofía analítica) de que el hombre expresa siempre lo que dice y dice siempre lo que quiere decir, lo cual me parece cuestionable, y adopta implícitamente la posición de que es imposible entender los referentes del lenguaje, posición que me parece en extremo

peligrosa. Además, es ingenuo pensar que la concepción de la historia es igual a la definición de las palabras relacionadas con ella.

En mi opinión, es posible enfrentar el obstáculo adoptando una posición historicista y, siguiendo a Finley, considerar a la historia un diálogo entre el historiador y el objeto de su estudio.

De esta posición metodológica derivan varios principios: en primer lugar, implica que, al analizar la obra de los historiadores clásicos, debemos de tomar en cuenta la historicidad, hacer conciencia de que dos mil años no pasan en balde, pero sobre todo sacar las conclusiones de la extrañeza —lo ajeno— de la cultura clásica, una cultura que tenía un papel determinado dentro de su sociedad y que era radicalmente distinto del papel que la cultura tiene entre nosotros.

En consecuencia, debemos tomar muy en cuenta que, para entender cabalmente a los clásicos, entre los que desde luego se cuentan los historiadores antiguos, no podemos hacer abstracción de su medio, sino todo lo contrario: partir de él. De ahí que nuestro siguiente capítulo esté dedicado a las condiciones históricas que propiciaron el surgimiento de la historia.

Estas consideraciones implican que la percepción de los clásicos no puede ser nunca inmediata, ya que ellos, al estudiar la historia y escribir sobre ella, actuaban en función de un público y de una sociedad determinados, mientras que nosotros al leerlos (y la posibilidad misma de su lectura es consecuencia de una cadena de hechos históricos que conforman una compleja tradición cultural) lo hacemos desde una perspectiva diferente.

No podemos pretender, por lo tanto, partir del presupuesto de su conocimiento, sino del de su desconocimiento, ni debemos, sobre todo, presuponer un contexto social e intelectual que es de hecho distinto y ajeno al nuestro.

Finalmente, hay que tomar en cuenta lo diferente de los clásicos para contrastarlo con el presente, ya que si partimos de la historicidad de los fenómenos culturales y de la consecuente calidad dialógi-

ca de la historia, no podemos sino asumir la historicidad de nuestras propias formas culturales. El contrastar nuestra cultura con otras es indispensable para adquirir una cultura histórica que nos permita acceder a una posición crítica ante nuestra propia vida.

Esto nos lleva al último punto de esta introducción. ¿Por qué precisamente la historiografía antigua? Desde luego, éste es un planteamiento para el que no se podrá obtener respuesta cabal sino hasta el final de esta sección, pero desde ahora se puede plantear una respuesta en abstracto.

Por ejemplo, en las críticas que O'Gorman ha hecho de la visión del descubrimiento de América por Colón, como un encuentro entre dos mundos, subyace una concepción de la historia de México que se empezó a gestar con la *Historia antigua...* de Clavijero y 13

que, por lo que se puede apreciar, continúa hasta ahora. De lo que se trata con el debate, del que las críticas mencionadas forman parte, es de definir la índole de la historia de México como un país en el que se dio un encuentro entre dos pueblos o en el que hay una cultura dominante que ha suprimido a las preexistentes (circunstancia que desde luego no excluye las influencias mutuas).

Pues bien, aunque es claro que para dirimir este debate será necesario apelar al lugar que este fenómeno tiene en la historia universal, habrá que tomar en cuenta qué relación tenían las culturas americanas entre sí y con el resto de la humanidad. Será pues necesario discutir el origen y la evolución de la cultura europea. Lo que quiero decir es que así como este asunto no debe ser contemplado como algo aislado de la historia universal, de la que forma parte destacada, *es imposible tener una visión parcial de la historia.* En otras palabras, una visión parcial del pasado no es una visión histórica. En consecuencia, la importancia del estudio de tal o cual tema dependerá de su lugar en la historia como un todo único. Adelantando un poco habrá que decir que aunque todos los pueblos y todo hombre tiene cierta visión del pasado y, aunque algunas culturas, como la china y la hebrea, llegaron a conformar una idea coherente de ese pasado,

fueron los griegos quienes en el siglo V a. C. inventaron la historia, que no por casualidad tiene nombre griego. Tampoco es casual que la extensión de la historia (como disciplina científica) haya coincidido con la extensión de la cultura europea, de origen griego. Así pues, estudiar la historia antigua implica ocuparse del origen de nuestra disciplina, entender cómo, por qué y para qué surgió y, por ese medio, hacernos un poco más conscientes de nuestro propio lugar en la historiografía, alejándonos así de los pájaros, tan asiduamente estudiados por los ornitólogos.

Obviamente, no pretendo contribuir con este estudio a la solución de los problemas nacionales, pero esto no quiere decir que la mínima claridad que pueda traer a nuestras conciencias no vaya a tener efecto alguno. En un artículo reciente, Ruy Pérez Tamayo afirma que la independencia nacional sólo puede garantizarse mediante una revolución científica, ya que toda la ciencia en México es importada. Hasta aquí, hay que estar de acuerdo con él. Pero este autor alega también que mientras España (y con ella la Nueva España) despreció las ciencias renacentistas, acogió con gusto las humanidades y pone como ejemplo los siglos de oro. En mi opinión, estamos ante un problema de falta de definición, pues aunque es cierto que en España y sus colonias florecieron artes como la pintura (Velázquez) o la literatura (Cervantes), las humanidades propiamente dichas, como la filología, la historia o la filosofía, para no citar más que tres, se rezagaron con respecto al resto de la cultura europea y, como consecuencia de ello, no se puede hablar de un renacimiento, una ilustración ni, en general, de un pensamiento de vanguardia en España o en su imperio. Es claro que los mexicanos somos herederos de esa posición ante una cultura europea que, entre tanto, se ha universalizado. Nuestros filólogos traducen, pero no hacen crítica textual; nuestros historiadores se ocupan de la historia regional o de la suprarregional; nuestros filósofos son, en su mayoría, epígonos o difusores de la filosofía. Pues bien, volviendo a Pérez Tamayo, quien en el artículo 14

mencionado propone la necesidad de una revolución científica, habría que responderle que para que en México se dé una revolución científica debe haber, al mismo tiempo (si no antes), una revolución humanística, de hecho, toda una revolución cultural, aunque no necesariamente en términos maoístas. Tal revolución debe implicar, entre otras cosas, pero necesariamente, la elaboración de una visión total de la historia, en la que ya hemos dicho qué lugar ocuparía la historiografía antigua.

Con esta obra no aspiramos a más, pero tampoco a menos, que sembrar una semilla que, si fructifica, puede llegar a formar parte de la floración revolucionaria que nuestra cultura necesita para sobrevivir.

Antes de terminar el capítulo hay que definir cómo entraría la sección en el contexto enunciado, es decir, hay que explicar el método.

El concepto de la historia, tema que da título a esta sección, servirá para estructurarla en torno a una problemática específica útil —y necesaria— para establecer el diálogo antes mencionado. En efecto, si se hubiera elegido un método cronológico de exposición, la propia cronología se volvería en contra de la exposición en orden lógico e impondría otro que, en lugar de develar, ocultaría los nexos lógicos que, precisamente, interesa dilucidar.

A lo largo de la exposición iré explicando la función que cada parte tiene en relación con el todo.

15

II. CONDICIONES HISTÓRICAS DEL SURGIMIENTO DE LA HISTORIA

PARA EMPEZAR, enunciaré unos cuantos principios teóricos derivados de las famosas *Tesis sobre Feuerbach* de Marx.

Según ellas, es necesario considerar la base y la superestructura como una unidad, la unidad de la esencia humana, tomando en cuenta (tesis VI) que "la esencia humana no es algo abstracto inhe-

rente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales".

¿Qué tiene que ver esto con nuestro tema? La implicación general es que una división entre base y superestructura y el consiguiente corolario de que la segunda es un reflejo de la primera no es una posición marxista y, de hecho, el propio Marx la atribuye a Owen (tesis III).

En lo que al origen de la historia se refiere, estas consideraciones llevan a la conclusión de que al tratar de dilucidar el origen de la historia desde un punto de vista marxista, no es posible limitarse a analizar la base, la formación político-social griega del siglo V a. C. y luego concluir que, de todo esto, las *Historias* de Heródoto no son más que el reflejo. No, "la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria" (III).

En consecuencia, hay que proceder tomando en cuenta que la cultura es uno de los polos de la relación dialéctica entre base y superestructura y que cuando en *La ideología alemana* Marx y Engels declaran enfáticamente que es "el ser el que determina la conciencia" se refieren a este ser social que es también un ser cultural. Así, lo que debemos explorar es la relación que existió entre las *Historias* herodoteas y la sociedad que les dio origen. Para ello, es aconsejable partir de la obra misma y pasar luego a la sociedad.

La obra de Heródoto comienza así:

Ésta es la exposición del resultado de las investigaciones (historias) de Heródoto para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo *(aitíe)* de su mutuo enfrentamiento—

queden sin realce.

16

O sea que, para Heródoto, la función de la historia consiste en ayudar a recordar imparcialmente las grandes empresas, en especial

en lo que se refiere a sus causas, es decir, no se trata de una crónica que enumera o presenta una lista de "grandes empresas de la humanidad", sino de una narración que las explica.

A renglón seguido, Heródoto relata versiones míticas sobre el origen de las guerras médicas, pero las despacha rápidamente —en cinco parágrafos— para pasar a Creso, rey lidio del siglo VI a. C. Después de una breve presentación (6), Heródoto relata toda la historia de Lidia en función de sus reyes (7-25) hasta llegar a Creso (26). Poco le interesa el reinado de Creso en sí mismo (26-27) y más bien quiere destacar la diferencia entre los griegos y los asiáticos.

Para ello, el "padre de la historia" hace el relato de un fantástico viaje de Solón a Sardes, la corte del rey lidio. En esta visita, después de mostrarle sus riquezas, Creso, buscando el halago, pregunta al sabio ateniense quién cree que es el hombre más feliz, a lo que Solón responde que fue Telo de Atenas, aduciendo las siguientes razones: Ante todo, Telo tuvo, en una *polis* próspera, hijos que eran hermosos y buenos, y llegó a ver que a todos les nacían hijos y que en su totalidad llegaban a mayores; además, después de haber gozado, en la medida de nuestras posibilidades, de una vida afortunada, tuvo para ella el fin más brillante. En efecto, prestó su concurso en una batalla librada en Eleusis entre los atenienses y sus vecinos, puso en fuga al enemigo y murió gloriosamente; los atenienses, por su parte, le dieron pública sepultura en el lugar en que había caído y le tributaron grandes honores [I. 30. 4-5].

Esta respuesta es, ni más ni menos, una exaltación de los valores políticos. "Solón"

empieza por señalar la prosperidad de Atenas en vida de Telo para *después* señalar que sus hijos fueron hermosos y buenos *(kaloí kagathoí):* estas cualidades corresponden a lo que nosotros entenderíamos por "decentes", pero en el marco de la *polis,* o sea que eran hombres de provecho, buenos ciudadanos, trabajadores (seguramente en el campo), buenos soldados y piadosos. Pero eso no es todo, sino

que, además, Telo gozó el honor de morir por su patria, es decir, por su *polis,* condición que exalta el elegíaco Calino (fr.

1 D); tuvo además el honor de que le fuera concedida pública sepultura en el lugar de su muerte, homenaje sólo otorgado, aparte de Telos, a los caídos en Maratón (Th. II. 54.

1).

No nos interesa el final de la conversación entre Creso y Solón (32-33), en donde se reafirma lo ya expuesto. Basta con señalar que Solón terminó diciendo que no se puede decir de ningún hombre que sea feliz hasta que haya terminado su vida, porque su fortuna puede cambiar.

Heródoto pasa luego a relatar cómo castigaron los dioses la soberbia *(hybris)* de Creso, haciendo morir al príncipe heredero de Lidia a manos de un huésped que había sido recogido por el rey lidio después de haber matado accidentalmente a su hermano (34-45). Hay que señalar aquí el papel de la fortuna *(tyche)* que venga el orgullo de Creso a través de un personaje destinado a hacer el mal a quienes lo favorecen.

Después de este infortunio, Creso se prepara a atacar Persia, no sin antes haber obtenido oráculos aparentemente favorables de la pitonisa delfia (46-55). Creso decidió 17

también buscar como aliada a Atenas o a Esparta, y Heródoto aprovecha la ocasión para hacer una breve digresión (56-68) sobre la historia constitucional de cada una de estas *poleis.*

Finalmente, Creso ataca Persia y es rápidamente derrotado, hecho prisionero y puesto en una hoguera (71-86). Entonces recuerda las palabras de Solón y lo invoca.

Ciro, el rey persa, lo oye y pide explicaciones al lidio, quien le cuenta su entrevista con el legislador ateniense.

Entonces Ciro, al oír de labios de los intérpretes lo que Creso había dicho, cambió de opinión y reconoció que él, un hombre al fin y al cabo, estaba entregando en vida al fuego a otro hombre que había

gozado de una prosperidad no inferior a la suya; como sentía, además, el temor a una venganza divina, y considerando que, entre las cosas humanas, no hay ninguna que sea estable, ordenó apagar a toda prisa el fuego y hacer bajar de la pira a Creso y a quienes con él estaban [I. 86. 6].

La hoguera, sin embargo, no podía ser apagada, y sólo la intervención directa de Apolo salvó a Creso de la muerte.

Poco después, Creso recomendó a Ciro que no saqueara Sardes porque los persas, que por naturaleza son fogosos, son también pobres; "por lo tanto, si tú les permites saquear y apoderarse de grandes riquezas, puedes esperar de ellos lo siguiente: aquel que se apodere de una suma mayor, ten por seguro que se sublevará contra ti" (I. 89. 2).

Creso aprovechó el favor de Ciro para enviar mensajeros a Delfos a pedir explicaciones del fracaso lidio y la pitia le respondió, entre otras cosas, que "hasta para un dios resulta imposible evitar la determinación del destino. Creso ha expiado la culpa de su cuarto ascendiente… [Loxias] retardó tres años la toma de Sardes…" (I. 91. 1-3).

Dos ideas de Heródoto merecen ser destacadas.

En primer lugar, hay que notar la importancia que el destino tiene para la historia. La decisión de las moiras es tan poderosa que ni el mismo Apolo puede contrariarla, sino a lo sumo postergarla. Ante tal perspectiva, ¿qué puede hacer el hombre?

Los mortales deben ser conscientes de los cambios de la fortuna y no ensoberbecerse por una felicidad que puede ser transitoria; deben buscar más bien una suerte mesurada, como la de Telo.

De ello se deduce que el conocimiento de la variabilidad de la fortuna hace de Creso un sabio, consejero de Ciro, que ha llegado a conocer bien la naturaleza humana y así, por ejemplo, puede discernir las características de los persas y, en consecuencia, dar el consejo apropiado. Solón gozaba del mismo conocimiento y cualquier humano podía adquirirlo, por ejemplo, oyendo la obra de Heródoto.

El resto de las *Historias* es una amplificación de las ideas expresadas en el episodio de Creso: Persia, ensoberbecida, se lanza contra la humilde Grecia y es derrotada por ésta.

Ahora bien, ¿qué función social puede haber tenido una obra con las características enunciadas? Es claro que sería inútil en un estado autocrático donde los súbditos hubieran tenido que limitarse a obedecer y callar, y donde el pensamiento individual 18

resultara, en el mejor de los casos, superfluo: de nada serviría tratar de desentrañar un destino frente al que, de todos modos, no se puede hacer nada. Hombres como Telo, en cambio, tenían la opción de aprender de los azares de la fortuna y elegir una dorada medianía. Recordando las circunstancias de Telo, hay que decir que sus cualidades son precisamente políticas: ciudadano de una *polis* en primer lugar, de una *polis* próspera, además, padre de hijos varones y de hijos que por añadidura son buenos ciudadanos. Lo más importante es que Telo murió como un buen ciudadano por su *polis* y sus conciudadanos lo honraron por ello. Hombres como él eran no sólo los destinatarios de la obra de Heródoto, sino, sobre todo, las comunidades que ellos conformaban eran las que habían creado las condiciones propicias para que se escribieran las *Historias* y, por lo tanto, para la historia misma.

En efecto, lo que distingue a la *polis* es su carácter político: se trata de una comunidad de iguales que se gobiernan a sí mismos, y esto hace para ellos esencial el pensamiento individual e independiente, pues no sólo no hay alguien que decida por ellos y les dé órdenes, sino que cada quien debe pensar por sí mismo y decidir qué acción adoptar ante cada circunstancia.

Es evidente que los griegos no formaron la *polis* por azar ni se inspiraron en el cielo azul de Grecia para elaborar un pensamiento claro, ni llevaban la historia y la cultura griegas en sus cromosomas. La *polis* es consecuencia de un proceso histórico —de una cadena de hechos— que se inició con la caída de la cultura micénica, análoga a los reinos orientales en la estructura de su sociedad.

En efecto, al disolverse los fuertemente centralizados estados micénicos desapareció su también altamente centralizada alta cultura, así como todos sus centralizados mecanismos gubernamentales y administrativos, mientras que los campesinos, aunque empobrecidos y diezmados, quedaron libres y empezaron a organizarse desde abajo en comunidades domésticas *(oíkoi)* basadas en algo que hasta entonces había tenido una existencia precaria, no sólo en Grecia sino en todo el mundo: la propiedad privada sobre la tierra. Aunque, desde luego, esta propiedad propició rápidamente diferencias sociales y dio lugar al surgimiento de una aristocracia, las nuevas relaciones de producción se enmarcaron en los límites de la comunidad (la *polis),* de tal modo que, para ser propietario, era necesario ser ciudadano, miembro de la *polis.*

La historia de Grecia desde su surgimiento hasta el siglo V, cuando Heródoto escribió sus *Historias,* puede caracterizarse como un periodo de lucha del pueblo por llevar hasta el límite la igualdad entre los ciudadanos, ya que la existencia de la propiedad favorecía la desigualdad y tendía a hacer que los pequeños labradores perdieran su libertad y se vieran forzados a trabajar en su propia tierra para los aristócratas, una condición de servidumbre que se reflejaba en la deuda y en la mal llamada esclavitud por deudas.

De hecho, en Atenas el pueblo tuvo que luchar casi ciento cincuenta años por alcanzar la democracia, que debe ser considerada la forma más cabal de la organización de la *polis,* por implicar en máximo grado la participación de los ciudadanos en el gobierno de su propia comunidad. En efecto, hacia 620 a. C. fueron escritas las leyes, lo que permitió a cualquiera ampararse en ellas a salvo de las interpretaciones de los 19

aristócratas, que las habían conservado oralmente (y seguramente cambiado) de generación en generación; en 594 el pueblo logró la elección de un magistrado extraordinario, Solón, quien abolió la esclavitud por deudas y liberó a los siervos; hacia 555 los atenienses apoyaron a Pisístrato, quien como tirano debilitó (aún más) los lazos

de clientela entre las fratrías aristocráticas y los ciudadanos, erigió monumentos (el primer Partenón) y creó fiestas políticas (como las dionisiacas) y, finalmente, hacia 507, mediante un auténtico levantamiento popular, los ciudadanos de Atenas resistieron al ejército espartano y, bajo el mando de Clístenes, establecieron un consejo de quinientos ciudadanos formado por cincuenta hombres de cada una de las diez tribus nuevas que sustituyeron a las cuatro tribus aristocráticas primitivas, rompiendo así el principal medio de control de la aristocracia. Ésta fue la *polis* que llevó a una treintena de estados griegos a vencer a un imperio casi inconmensurable.

La obra de Heródoto, entonces, al definirse a sí misma como

la exposición del resultado de las investigaciones… para evitar que… los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas respectivamente por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce […], se erige como un monumento conmemorativo que la *polis,* ascendente y triunfal, se erige a sí misma. Pero no se trata, sin embargo, de la conmemoración de la *polis* como sistema, sino de una de ellas: Atenas. Esto se puede explicar analizando la situación de Grecia y de Atenas cuando Heródoto escribió su obra.

Como se puede ver en la ponencia de Cobet acerca de "Heródoto y Tucídides sobre la guerra", hay razones para pensar que las *Historias* fueron terminadas en las décadas de los cuarenta o de los treinta del siglo V. No vale la pena tratar de precisar más aquí, cosa que es por otra parte peligrosa, pues se corre el riesgo de caer en una petición de principio. Lo que se necesita es dilucidar las condiciones personales de Heródoto y las históricas de Grecia —y en particular las de Atenas— y relacionarlas con la estructura, el carácter y el mensaje de la obra de Heródoto. Empezaré por el autor.

Nacido hacia el final de las guerras médicas en Halicarnaso, *polis* sometida a los persas, Heródoto salió exiliado de su patria para refugiarse primero en Samos y después en Atenas, donde trabó amistad con Pericles, Sófocles y Anaxágoras y escribió su obra, cuya lec-

tura tuvo un éxito tan grande que se dice que Atenas le otorgó un premio por ella. Tales amistades y tal premio sugieren que las *Historias* llegaron a desempeñar un papel importante dentro de la cultura ateniense de su tiempo. Para caracterizarla mejor es conveniente analizar dos aspectos importantes de esa cultura: el teatro y la sofística.

Como la historia, el teatro es invención griega y ella, como es natural, fue propiciada e influida por los mismos factores.

Así, tenemos que el teatro surge en Atenas como parte de las fiestas dionisiacas establecidas por Pisístrato, una exhibición pública de carácter a la vez político y religioso y que se ocupa de problemas de interés público. En efecto, se puede decir, sin exagerar, que lo de menos en el teatro griego, y sobre todo en la tragedia, es el argumento o la 20

actuación. En efecto —en cuanto a lo primero— se trataba, en la mayor parte de los casos, de temas mitológicos que eran del dominio público, mientras que los actores aparecían cubiertos con una máscara, representando cada uno a sendos personajes, y todos eran hombres, así que también los personajes femeninos eran representados por ellos. Esto implica que el público ateniense no asistía a esas representaciones con la esperanza de presenciar un espectáculo que lo intrigara por su desarrollo o desenlace, o lo entretuviera por la acción que se desarrollaría en el escenario, ni tampoco para presenciar a su actor favorito. Y sin embargo, se calcula que asistían entre diez mil y veinte mil personas a cada representación. ¿Qué era pues lo que los hacía asistir? En otras palabras, ¿qué sentido tenía el teatro griego? Se puede decir que su razón de ser era la discusión de problemas sociales, o sea políticos (pues en Grecia la sociedad era la *polis):* todo el argumento giraba no en torno a sucesos, sino en función de dos posiciones contradictorias, desarrollo cuyo propósito era formar conciencia y guiar acciones ante el problema moral que se plantea. Así, Antígona, en la tragedia sofoclea de su nombre, al cubrir con un puñado de tierra los restos mortales de uno de sus

hermanos, rompe la prohibición de su tío el rey Creonte de rendir honores a los asesinos del rey tebano (el otro hermano), muertos al tratar de usurpar el trono. Por tanto, el coro de los ancianos nobles de Tebas representa ni más ni menos que al público que, de esa manera, interpela vicariamente a los personajes y ocupa un lugar propio en el drama y en la discusión.

De manera análoga, Heródoto presenta una discusión (III. 80-2) entre siete magnates persas que, habiendo frustrado la usurpación del mago Esmerdis, dialogan sobre la mejor forma de gobierno, decidiéndose por la monarquía; con ello, Heródoto interviene en la teorización de problemas políticos.

Esta analogía no es casual y tiene razones históricas profundas. Ciento cincuenta años pueden parecer un tiempo largo para la realización y profundización de una revolución, pero debe entenderse que todo pueblo tarda en concebir los alcances e implicaciones de sus actos y aquí se ve, como era de esperarse, que los cambios del siglo VI provocaron una contradicción con los valores entonces prevalecientes, que eran los de una sociedad guerrera y aristocrática, valores que estaban plasmados en los poemas homéricos. Las características mismas de la revolución implicaban, además, que esta contradicción asumiría el carácter de un problema sociopolítico.

Así, tanto el teatro como la historia deben ser concebidos como recursos alternativos para buscar y proponer respuestas a tales problemas.

Algo parecido se puede decir sobre la escuela sofística que empezó a florecer en la Atenas de mediados del siglo V.

En efecto, si se considera, así sea superficialmente, la historia de la filosofía, se verá que mientras los filósofos anteriores se habían concentrado en el mundo natural, los sofistas volcaron su atención hacia el hombre.

Esa actitud iba acompañada de toda una elaboración teórica fincada en la distinción entre naturaleza y ley, distinción que no pocas veces era planteada como contradicción y conflicto.

Es claro que esta posición también deriva de los hechos ya mencionados. Una revolución, al sustituir un orden social por otro mediante la participación popular, hace evidente, *para todo el pueblo,* que el orden natural no incluye el orden sociopolítico y que éste forma parte de las convenciones sociales humanas y no entra en la naturaleza de las cosas. Aún más, tal revolución no pudo dejar de mostrar una nueva dimensión del hombre y su relación con el mundo y con la realidad, de ahí que Protágoras, el mejor sofista, concluyera que "el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto son y de las que no son en cuanto no son".

Lo expuesto hasta aquí debe haber hecho manifiesto el hondo carácter político de la sofística. De hecho, en lo que se refiere a su sustento social, la sofística parte del principio, cuya concepción fue hecha posible por la revolución democrática, de que la virtud no es una cualidad heredada, como presuponía la moral aristocrática, sino que se puede aprender y enseñar. Desde luego, tal virtud se daba en el marco de la *polis* y sólo se podía concebir como la capacidad de ser un buen ciudadano, y los sofistas fueron precisamente quienes se lanzaron a enseñar a los atenienses a serlo bien.

Las características enunciadas tienen una relación evidente con el surgimiento de la historia. El pensamiento historiador, para usar el lenguaje de Châtelet, no puede surgir en el seno de una sociedad en la que la ideología dominante presenta la realidad como natural, pues tal principio excluye automáticamente a la historia, empresa humana, si las hay. El cambio de foco efectuado por los sofistas al poner al hombre en el centro de las preocupaciones teóricas está, en cambio, en plena armonía con el surgimiento de una investigación centrada en el pasado del hombre. En otras palabras, si Heródoto hubiera pensado que el triunfo griego en las guerras médicas había sido natural, nunca se hubiera preocupado por investigar cuáles fueron los factores humanos (nosotros diríamos históricos) que produjeron ese resultado.

En esa misma lógica, los procesos de legislación tienen un lugar predominante en las *Historias* y no es nada casual que en ellas se resalte la *eunomía* recién alcanzada por Esparta (I. 65. 2) ni, volviendo a lo dicho, que los persas discutan qué constitución es la mejor. Se debe concluir que Heródoto no sólo conocía las teorías de los sofistas, sino que las aplicaba.

Seguramente esa influencia tuvo cierto peso en la invención de un género literario que, al exponer, como ya se ha visto, la manera en que los hombres enfrentan su destino y aprenden de la experiencia, permite a su auditorio, a partir del relato de experiencias ajenas, aprender él mismo las mismas cosas, y no hay duda de que una de las virtudes políticas era enfrentarse al destino, así que Heródoto compartía el principio pedagógico de los sofistas.

Guthrie afirma en su *Historia de la filosofía griega* que determinar las causas de una revolución intelectual es siempre una empresa temeraria, y cuando muchas cosas están ocurriendo al mismo tiempo, no es siempre fácil distinguir causa de efecto… [III, p. 14].

22

Reconozco haber incurrido en la temeridad de intentar determinar precisamente esas características en cuanto se relacionan con la invención de la historia, producto fecundo y sin duda también factor importante en esta revolución intelectual que se dio como secuela de la revolución democrática y que, juntas, propiciaron la creación de una sociedad tan consciente de sí misma y, a la vez, por ello mismo, tan autocrítica, como nunca se ha dado jamás en la historia universal.

Sin embargo, Heródoto no partió de cero; su obra, que rompió con muchos prejuicios, es de todos modos heredera de un considerable legado cultural que influyó en ella, cosa que hace necesario su examen.

Para comenzar, hay que tomar en cuenta la base de toda la cultura griega, que es la *Ilíada* y que comienza de la siguiente manera:

Canta, oh diosa, la cólera del Pélida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Orco muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Zeus— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.

¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Zeus y de Leto

[Apolo]. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Éste, deseando redimir a su hija, habíase presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo, que pendían de áureo cetro, en la mano…

Si se compara esta introducción con la de Heródoto, veremos que ambas tienen algo notable en común: las dos plantean explicar las causas de lo que se disponen a relatar. Tal coincidencia no puede ser accidental, pues si había una obra conocida por todos era precisamente la *Ilíada,* y es seguro que al empezar a escuchar las *Historias,* el público recordaría la epopeya homérica. Pero hay más.

El tema de la *Ilíada* tiene también puntos de contacto con la obra herodotea, ya que ambas relatan una guerra entre griegos y asiáticos y esto hacía que, en cierto modo, Heródoto fuera sucesor de Homero.

Además, Homero había adoptado un tono imparcial en su relato y siempre había descrito con objetividad los hechos heroicos, tanto de argivos como de teucros. Ésta fue sin duda una base importante para que otros autores adoptaran la misma actitud y, así, Heródoto nunca insulta ni maltrata a los persas y sus aliados y, aunque es claro que sus preferencias están con los griegos, también él trata con objetividad las acciones de ambos contendientes.

Seguramente, la influencia de Homero sobre Heródoto es parte de la influencia que el aedo ejercía sobre toda la vida cultural y es claro que los griegos creían en la historicidad de la guerra de Troya y las desventuras de Odiseo en su retorno y, en general, estaban sa-

tisfechos con los mitos como relato del pasado. Es por ello necesario analizar ese aspecto.

Al hablar de Polícrates, tirano de Samos, Heródoto dice:

Polícrates fue, que sepamos, el primer griego —sin contar a Minos de Cnoso y algún otro, si en realidad lo hubo, que detentara el dominio del mar con anterioridad a este último— que aspiró a conseguir la hegemonía 23

marítima. Es decir, en la llamada época humana, el primero fue Polícrates, que abrigaba grandes esperanzas de llegar a imperar sobre Jonia y las islas [III. 122. 1-2].

Según esto, hay una época humana, a la que pertenecían tanto Heródoto como Polícrates, y otra época, la de Minos y personajes anteriores, no humana y por lo tanto divina o mítica, y en consecuencia tampoco histórica. Algo análogo podemos detectar en Tucídides, quien, refiriéndose a la guerra del Peloponeso, dice (I. 1): Aunque los hechos ocurridos anteriormente y, a mayor abundamiento, los que les predecieron resultaron difícilmente historiables debido a su antigüedad, sin embargo, de acuerdo con los datos fidedignos que puede proporcionar una investigación lo más dilatada posible, deduzco que no fueron importantes ni en lo que a actos bélicos se refiere ni en ningún otro aspecto.

Es claro que los "datos fidedignos" producto de la "investigación lo más dilatada posible" debían incluir datos extraídos de la épica, pero es también evidente que "su remota antigüedad" les restaba historicidad no en cuanto se dudara que hubieran ocurrido, sino más bien porque su misma escasez impedía una interpretación adecuada.

Los historiadores se concebían, pues, distintos de los aedos, pero no por sentirse narradores de la verdad en contraposición a inventores de mentiras, sino por ocuparse de una época humana y por tratarla de manera distinta.

Sin embargo, como personas empeñadas en dar una explicación del pasado, los historiadores eran sucesores de los aedos.

Para terminar con estas consideraciones sobre la génesis de la historia, es necesario tratar el desarrollo del racionalismo entre los filósofos físicos que florecieron en el siglo anterior a los sofistas, y cuyo origen y desarrollo fueron afectados por los mismos factores que propiciaron el surgimiento de la historia.

Lo importante de estos filósofos es que empezaron a preguntarse por el origen o principio *(arché)* de todas las cosas y trataron de descubrirlo por medio de lucubraciones filosóficas racionales e inmanentes.

De todos estos recursos intelectuales, y de algunos otros de menor importancia, echó mano Heródoto para inventar la historia.

Para terminar este capítulo sólo señalaré, a continuación, cómo la obra de Heródoto muestra signos de ser una obra de transición, transición que debió darse en su misma génesis.

En efecto, se encuentran en Heródoto alusiones a mitos, aunque confinados al periodo heroico del hombre fijado ya por la *Teogonía.* Más importantes son las descripciones geográficas, ya que ellas formaban parte de las obras de los logógrafos, bautizados así por Tucídides (I. 21), estudiosos del siglo anterior a Heródoto, quienes, aparte de describir la Tierra, también se ocuparon de genealogías y mitografía. De ellos, el más importante fue sin duda Hecateo de Mileto, quien comenzó sus *Genealogías* (fr.

1) con la declaración siguiente: "Escribo esto como me parece ser verdad, pues los relatos de los griegos me parecen muchos y ridículos".

24

Heródoto no sólo sigue a Hecateo en su actitud crítica ante los relatos sobre el pasado (como cuando se deslinda de los mitos persas que quieren hacer remontar la causa de las guerras médicas más allá del tiempo de los hombres: I, 5), sino que también sigue el ejemplo de quien escribió un *Circuito de la Tierra* al consagrar por lo menos la mitad de su propia obra a la descripción profusa de las condiciones geográficas, las costumbres y el pasado de cada pueblo, cuyo en-

frentamiento con Persia pasa a tratar. Así, dedica todo el libro II a Egipto y 145 capítulos del IV a los escitas. Estas características de las *Historias* transmiten la impresión de que Heródoto empezó su obra como logógrafo y de que, en determinado momento (¿el principio de la guerra del Peloponeso?), describió como *Leitmotiv* las guerras médicas, ordenando el material que ya tenía de acuerdo con él y creando así un nuevo género literario.

25

III. EL OBJETO DE LA HISTORIA

ES NECESARIO comenzar por algunas consideraciones terminológicas.

El origen etimológico de *historia* se remonta al verbo *oida,* que suple al verbo *horâo,* el cual es defectivo en sus tiempos. Entre los que le faltan está el perfecto, para el que se usaba la forma *oida.* Pero el perfecto griego, aunque generalmente se traduce en español por el antepresente, tiene un valor distinto, pues significa no sólo lo que se ha hecho, en este caso, *he visto,* sino también el resultado al que la acción ha llegado, y así *oida* debe traducirse como *yo sé* (por haber visto). De ahí, mediante fenómenos lingüísticos en los que no vale la pena detenerse, surgió el nombre de agente *híston,* que etimológicamente significaría *el que sabe* o *el sabedor* (con la connotación de haber alcanzado esa condición por haber visto). En todo caso, ya desde la *Ilíada,* esta palabra se usa para designar al árbitro, pues se supone que este árbitro debe recoger varios relatos de un evento y escoger la versión superior de uno de los contendientes. De ahí viene la palabra *historía,* que serviría para designar la tarea de ese árbitro.

Al parecer, el primero en usar la palabra *historia* fue Pitágoras, ya que su biógrafo Jámblico de Calcis afirma (XVIII, 89): "La geometría fue llamada por Pitágoras historia", queriendo decir con ello *investigación.* Tal investigación tenía al parecer un carácter muy especial pues, al decir de Heráclito (fr. 129), "Pitágoras, hijo de Mnesarco, se ejercitó en informarse más que los demás hombres, y con lo que ex-

trajo de esos escritos formó su propia sabiduría: mucha erudición, arte de plagiarios".

Los traductores (Eggers y Juliá, *Los filósofos presocráticos,* I, Madrid, Gredos, 1978) están traduciendo aquí historia como "se ejercitó en informarse", es decir como

"información", y Press alega que lo que Heráclito quiere decir es que la investigación de Pitágoras, muy probablemente —diría yo— aquella referente a la geometría, no estaba hecha con base en un raciocinio independiente, sino en escritos hechos por otros; se trataba pues de una investigación compilatoria.

Desde entonces, el primer autor cuya obra se conserva y que usó la palabra —ya sabemos cómo— es Heródoto. Sin embargo, es claro que, a pesar de Heráclito, el término no tenía connotaciones negativas ni se limitaba, como se puede discernir por las fuentes que Heródoto nombra, a la compilación documental, sino que *historía* designaba una investigación que consistía en reunir distintos testimonios y sacar una conclusión de 26

ellos, encontrándose aquí todavía el valor del tiempo verbal perfecto que le había dado origen.

Pero lo más importante no es esto, sino el valor que adquirió la palabra ulteriormente.

En griego, *historía* siguió significando investigación y, así, Aristóteles escribió una *Historia de los animales,* o sea, una investigación sobre la zoología. Además, a partir de Heródoto *historia* pasó a significar *tratado de historia* y de esa forma muchas obras históricas (desde la de Tucídides, a pesar del autor, hasta la de Orosio) llevarían el título de *Historias.* Pero lo que nunca llegó a designar la palabra *historía* es el pasado del hombre, que en griego se designa *tà gegonóta* (las cosas pasadas) y en latín *res gestae* (las cosas hechas), o sea que, aunque los griegos y los romanos consideraban a la historia como una investigación y un tratado sobre hechos — *prágmata* (en singular *prágma)*—, esos hechos no formaban la historia misma. En otras

palabras, *no había un vínculo automático y necesario* entre el pasado y la historia: el objeto de la historia no era el pasado.

Así, ni griegos ni romanos se preocuparon jamás por registrar el pasado como una tarea de los historiadores, que tampoco se sintieron obligados a contarlo todo: recuérdese que Heródoto sólo profesa preocupación por estudiar hechos memorables, mientras que Tucídides dedica veinte parágrafos del primer libro de su obra a justificar su elección de la guerra del Peloponeso como objeto de su investigación. Finalmente, ni a griegos ni a romanos les preocupó nunca que se perdieran datos que no eran gloriosos ni importantes.

Francamente ésta me parece una actitud salutísima y creo que nuestra compulsión por registrar hechos y conservar datos es una enfermedad empiricista con complicaciones positivistas y que esta afección ha llevado a los historiadores a producir una multitud de obras tan ilegibles cuan merecidamente negligidas por limitarse a registrar hechos de dudosa o nula memorabilidad o trascendencia. En cambio, profeso enérgicamente la idea de que deberíamos de seguir el ejemplo de los historiadores clásicos, quienes, aun cuando fueran mediocres —como Jenofonte o Veleyo Patérculo— siempre emprendieron obras grandiosas sobre temas de honrosa recordación o de hondas repercusiones.

Entender esto es necesario para abordar el tema del objeto de la historia antigua.

Pero antes de empezar a analizar temas, es aún necesario preguntarse por el protagonista de esta historiografía.

Por lo dicho en los capítulos anteriores, no debe caber duda de que, para los antiguos, los protagonistas de la historia eran los pueblos, o sea, las comunidades políticas: *póleis* o ciudades-estado. Desde luego, dentro de tal visión podían caber muchos puntos de vista. Desde el de Tucídides, quien decía que Atenas era en realidad una monarquía bajo el reino de Pericles, pero que, a la vez, no podía omitir mencionar los esfuerzos que este político tenía que hacer para realizar sus políticas, hasta el punto de vista de Polibio que, en

teoría, reconocía al pueblo capacidad política, pero que en su relato simplemente lo menospreciaba. Pero este tema tiene que ver más con el concepto antiguo del *pasado* que con el de la historia, por lo que es aconsejable pasar a lo que sí forma parte fundamental de este concepto y aun contribuye a la merecida fama de los historiadores de la antigüedad clásica.

27

LAS RELACIONES ENTRE CIVILIZADOS Y BÁRBAROS

Los griegos no eran racistas, aunque en su visión del pasado daban gran importancia al linaje, como lo prueba con suficiencia el énfasis que Tucídides hace de la calidad distinta de jonios y dorios. Esto se debía a que ellos no pensaban que tal linaje confiriera superioridad (sin más) a unos sobre los otros. Así, pensaban que los dorios eran mejores para la guerra y los jonios para la poesía, pero, como se puede ver por el mismo Tucídides, esto no quiere decir que los dorios tuvieran de antemano ganadas las guerras y, sin duda, supongo yo, tampoco los condenaba a escuchar a malos poetas en sus banquetes (recuérdese el caso de Siracusa y los atenienses memoriosos).

En cambio, los griegos —y posteriormente los romanos— sufrían de una aguda pedantería cultural; en lenguaje antropológico se diría que eran etnocéntricos y pensaban, no sin cierta razón, que la vida en la *polis* era la única que valía la pena vivir, pues era la única civilizada (nótese que esta palabra aún tiene resabios de esa idea).

Es sólo una paradoja aparente el que esta actitud se diera entre pueblos cuyos contactos con otras culturas fueron no sólo constantes, sino una permanente fuente de inspiración. Me parece que la explicación se encuentra en la forma en que se generaron ambas culturas: la griega surgió cuando la cultura micénica quedó aislada del Oriente, y una vez que los contactos se reanudaron la emergente cultura griega se había construido desde adentro y sobre las ruinas de la micénica; por su parte, la cultura romana sólo incorporó ele-

mentos de la alta cultura griega como consecuencia de su conquista de los helenos.

A todo ello hay que agregar las circunstancias del nacimiento de la propia historia.

Después de décadas de hostigamiento por parte de Lidia, primero, y de Persia después, griegos y persas se enfrentaron en una guerra que llevó al triunfo de aquéllos y al ascenso de Atenas a la cabeza de la Liga de Delos. Hay que tomar en cuenta que, aparte de todo, las *Historias* de Heródoto explican cómo los griegos derrotaron a los persas y qué papel desempeñaron Esparta y Atenas en esa victoria, de modo tal que su público no podía ignorar la relación entre esos sucesos y el posterior antagonismo entre los griegos.

Es claro que las relaciones entre griegos (o romanos) y bárbaros no fueron el tema central de toda la historiografía clásica —aunque habría que tener presentes la *Anábasis* de Jenofonte, la historiografía sobre Alejandro Magno, *La guerra de Yugurta* de Suetonio, los *Comentarios sobre las guerras de las Galias* de César y la *Germania* de Tácito—, pero este asunto siempre aparece en la historiografía antigua. Así, Tucídides cuenta cómo los persas patrocinaron la formación de una flota espartana; Jenofonte relata las expediciones de Lisandro y Agesilao contra la Anatolia persa y la posterior imposición de la paz del rey persa; el tema de la relación entre los romanos y los bárbaros fue introducido por Posidonio, etcétera.

Mención aparte merece Polibio. El tema central de su obra es explicar: "cómo y mediante qué género de constitución política fue dominado casi todo el mundo habitado en casi cincuenta y tres años y cayó bajo el imperio indisputado de los romanos" (I. 1.

5).

28

Curiosamente, es más importante lo que calla a este respecto que lo que dice. Hasta esa época los griegos habían definido como bárbaros a todos los que no hablaban griego.

En cambio Polibio, sin ninguna discusión de por medio, presenta sus *Historias* con el relato de un hecho (la expansión romana) en el que tanto Roma como las *póleis* griegas desempeñan su respectivo papel histórico en pie de igualdad. Esto se hace particularmente claro en el libro más importante de la obra, el sexto. En efecto, aquí Polibio se dedica a explicar en el plano teórico la superioridad de Roma. Según este autor, ella radica en la constitución mixta de Roma. Es interesante ver cómo Polibio compara entonces la forma de gobierno romana con la de Atenas, Esparta, Beocia y Cartago. El caso de Cartago es muy particular, puesto que la segunda guerra púnica es el principio del periodo escogido por el historiador megalopolitano como el de la expansión romana, así que el estado púnico debe ser incluido por fuerza. Lo impresionante es que, por una parte, Polibio no haya tenido empacho en comparar *póleis* griegas con estados bárbaros y, por la otra, haya excluido de su consideración a los reinos helenísticos, de manera tan radical que no son para nada mencionados en los fragmentos del libro. Esta obra se puede considerar, por consiguiente, el acta de fundación de la cultura grecorromana, por presentar una visión que, relegando el Oriente a un segundo plano, va a determinar la perspectiva histórica hasta el presente. De hecho, las consecuencias de esta posición se resienten hasta ahora en los planes de estudio universitarios.

LAS RELACIONES INTERESTATALES

Por lo expuesto hasta ahora, se habrá notado que los protagonistas de la historiografía clásica eran las *póleis* o ciudades-estado.

En las *Historias* de Heródoto, en efecto, se ve a los griegos organizados en *póleis* confrontados a los persas, cuya organización política distinta es cuidadosamente descrita por el historiador de Halicarnaso.

Los ejemplos se podrían multiplicar, pero tal vez sería más provechoso delinear las características generales de este tema historiográfico.

Cuando Platón traza los rasgos de su estado ideal en *La República,* dice que lo mejor sería que tal estado no tuviera vínculo alguno con el exterior, pero reconoce que ello es imposible. La historia de Grecia —de la que el filósofo ateniense se quería apartar—

imponía con una fuerza real esos vínculos. Sin embargo, las relaciones entre los estados griegos no fueron estables ni permanentes. De hecho, como se ha señalado, la cultura griega surgió del aislamiento y éste se dio no sólo entre Grecia y el mundo exterior, sino también entre cada comunidad (que formaría una *polis)* y las demás. Éste es uno de los temas de la "arqueología" tucididea: cómo las *póleis* griegas, en un principio aisladas, se van relacionando.

Ahora bien, ¿qué tipo de relaciones se establecían? En un principio eran los nobles quienes entablaban amistades rituales con nobles de otras comunidades, mientras que la 29

piratería y la guerra eran endémicas, pero conforme se fue desarrollando la *polis,* fue conformándose una diplomacia y un comercio de mercancías.

Los historiadores griegos y romanos, que concentraban su atención en los asuntos del Estado, se ocuparon, en consecuencia, de estos fenómenos de manera privilegiada.

Naturalmente, la historia surge en un periodo avanzado del desarrollo de la *polis* y es precisamente esta situación la que permite a los griegos enfrentarse victoriosamente a los persas, y a Heródoto relatar este enfrentamiento, mientras que, como muestra Tucídides, la guerra del Peloponeso no fue una guerra cualquiera, sino la más importante hasta ese momento. El tema de las *Helénicas* de Jenofonte es la hegemonía espartana y el de las *Filípicas* de Teopompo, las relaciones entre Filipo II de Macedonia y los griegos.

Como se ha visto, es notorio el papel central que la guerra tenía tanto en la historia como en la historiografía. Al respecto hay que recordar que, en contraste con nuestra época, en que la guerra desempeña un papel destructivo, los griegos y los romanos recurrían a ella o, más bien, la practicaban con regularidad como alternativa de

desarrollo económico, social y político ante la falta de progreso de la técnica y el consiguiente estancamiento económico, que sólo podía romperse aumentando la mano de obra y el territorio disponible para una comunidad.

Finalmente, hay que hacer notar que el establecimiento del principado en Roma, al anular las instituciones comunitarias republicanas y sustituirlas por un régimen autocrático, acabó también con Roma como ciudad-estado y esto tuvo inevitables repercusiones en la historiografía. Todavía Tito Livio, contemporáneo de Augusto, escribió una historia en la que el pueblo romano jugaba un papel central en una historia de la que el principado era la culminación, pero ya con Veleyo Patérculo, y sobre todo con Tácito, el foco de atención se desplaza a la corte imperial y sus intrigas.

LOS PROBLEMAS INTERNOS

Ya se ha hecho referencia a los límites de la economía de las *póleis.* Esos mismos límites eran los que propiciaban los problemas internos, pues los ciudadanos ricos tendían a enriquecerse aún más, desposeyendo de su tierra a los pobres. Esto creaba situaciones específicas que los griegos designaban con el nombre de *stásis.* Esta palabra no se puede traducir con un solo término, pues designa toda una gama de condiciones que abarcan desde facción, polarización dentro de una *polis,* faccionalismo, rivalidades y disputas fraccionales, hasta la lucha abierta entre facciones que puede llevar a una rebelión *(neoterismós)* o a un cambio de constitución *(metabole politeiôn).* Como es natural por su importancia política, un fenómeno como éste no podía dejar de ser considerado como digno de estudio y exposición por parte de los historiadores.

Así, a Heródoto, aunque se ocupa poco del asunto, le parece importante hacer notar que a mediados del siglo anterior Esparta acababa de salir venturosamente de una situación de este tipo y tampoco desdeña exponer con bastante detalle el ascenso de 30

Pisístrato al poder (I. 59-64) ni destacar la dimensión interna de las tiranías jónicas, establecidas con el apoyo persa (V. 36-8).

Sin embargo, el relato clásico de una *stásis* es el que Tucídides hace sobre los problemas internos de Corcira (III. 69-81; IV. 46-48), a los que anexa una reflexión general en tres capítulos (III. 82-84).

Polibio, por su parte, al exponer la anacíclosis (el ciclo de las constituciones) confiere a las rebeliones un carácter positivo cuando se trata de la subversión de constituciones tiránicas u oligárquicas, pero no cuando implican la transición entre la democracia y lo que él dio en llamar "oclocracia": el gobierno de la turba. Sin embargo, en la exposición misma de las *Historias,* todas las rebeliones aparecen como instancias de este último caso.

En cuanto a Roma, los historiadores veían con simpatía las luchas que la plebe dio en contra de los patricios en la época arcaica de Roma, y no dejan de ver con simpatía a los Gracos, pero Clodio y Catilina son sólo objeto de horror. Esto se debe tal vez a que ellos erigían como modelo una idea de la constitución romana arcaica que los Gracos profesaban intentar restaurar, mientras que Clodio y Catilina eran vistos como políticos dispuestos a recurrir a la chusma para alcanzar el poder.

EL SURGIMIENTO DE NUEVOS TEMAS

Conforme la *polis* se fue desarrollando y fue rápidamente decayendo, pues su propia estructura la hacía muy inflexible y frágil, fueron apareciendo nuevos temas que tomaban a la historia como modelo pero que, por lo general, caían fuera del género, tal como los antiguos lo entendían.

El primer género parahistórico fue inventado en el propio siglo V por Helánico de Lesbos, de la generación de Tucídides, quien, al compilar la lista de las sacerdotisas de Hera en Argos, inventó a la vez el género anticuario y los tratados de cronología.

En el siglo siguiente surgieron tratados y panfletos de tema político (de Platón y Pseudo-Jenofonte), memorias (de Platón y Jenofonte), diálogos (de Platón y Aristóteles), historias locales, historias constitucionales (de Aristóteles), novelas histórico-utópicas (de Jenofonte), el compendio (de Teopompo) y encomios personales (de

Isócrates y Jenofonte), mientras que Teopompo escribía *Historias filípicas,* en donde subordinaba la exposición de los sucesos a las vicisitudes biográficas de su héroe, Filipo II.

En la época helenística surgen la biografía (con Sátiro), la historia de la cultura (con Dicearco) y los tratados etnográficos (con Calístenes). Hay que advertir, respecto a estos últimos dos géneros, que representan el desarrollo de la tendencia etnográfica que la historiografía había heredado de la logografía. Esta tendencia, como se ha dicho, fue ampliamente cultivada por Heródoto, mientras que tanto Tucídides (VI. 2-6) como Jenofonte *(Anábasis)* incluyen abundantes descripciones de costumbres de varios pueblos. Polibio, quien profesa el propósito de escribir una historia pragmática, parece 31

incluir entre los *prágmata* los usos y costumbres *(éthe kaì nómima),* que además encuentran un lugar no sólo en la explicación de la anacíclosis —pues es la corrupción de usos y costumbres la que provoca la decadencia de una constitución— sino también en la explicación concreta de ascenso de Roma (VI. 11a), el *Leitmotiv* polibiano. Los aspectos culturales de los pueblos son también destacados por César en sus *Comentarios a las guerras de las Galias* y por Tácito en la *Germania* y en la *Vida de Agrícola.*

Volviendo a los géneros nuevos, los *Comentarios* de César representan un género híbrido entre apuntes personales e historia.

El establecimiento del imperio, ya se dijo, abolió de hecho la política, que sólo renacería con el ascenso de la burguesía en la Edad Media. Los historiadores de aquel periodo heredaron, pues, un género cuyo objeto primitivo había dejado de existir y echaron mano de la biografía para convertir a la historia en el recuento de la vida del emperador y de las intrigas cortesanas. Entre ellos debemos contar a Tácito y a Amiano Marcelino.

Finalmente, la instauración del cristianismo como religión oficial propició la concepción de un nuevo objeto de la historia —la Iglesia — y de otro subgénero historiográfico: la historia eclesiástica, cuyo fundador fue Eusebio. La cristianización implicó también una in-

tensa lucha ideológica, que se dio en los siglos IV y V e incluyó la invención de una historia polémica que tuvo su concreción en la obra de Orosio y, de manera radical, fomentó también la negación misma de la historia en *La ciudad de Dios* de san Agustín: un pueblo oprimido, cuya esperanza de redimir su condición había escapado de sus manos, sólo podía concebir su destino como determinado por Dios. El que a pesar de ello la historia sobreviviera cae fuera de nuestro periodo.

32

IV. HISTORIA Y VERDAD

AL HABLAR de la relación entre la historia y su objeto —los hechos pasados— hemos enfatizado que los historiadores de la antigüedad nunca pensaron que su objeto de estudio fuera, sin más, el pasado. Obviamente, esto tenía consecuencias en la conexión que discernían entre historia y verdad, ya que aquélla no podía, en consecuencia, consistir en un mero reporte de datos.

A este respecto hay que tomar en cuenta dos declaraciones. La primera que analizaré es una de Aristóteles en el *Arte poética* (9. 51a . 36-52a . 11): El historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa; sería posible versificar las obras de Heródoto, y no por eso dejarían de ser historia. La diferencia está en que el historiador dice lo que ha sucedido, y el poeta lo que podría suceder. Por eso la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía dice más bien lo general y la historia lo particular.

Aunque tales argumentos han sido tomados por O'Gorman para apoyar su idea de que la historia no es una ciencia, debe ser claro que nada podría ser más ajeno al mundo de ideas en el que se movía Aristóteles, pues, como ya se ha dicho, para los antiguos la historia era simplemente un género literario. De hecho, en el pasaje recién citado Aristóteles no toma para nada en cuenta a la ciencia, sino que habla de la filosofía que, por cierto, tampoco era vista como una ciencia, sino más bien como un método. El estagirita tampoco dice que la historia no sea filosófica y la poesía sí; más bien habla de gra-

dos, de una gradación en la cual la poesía debe considerarse más filosófica y más elevada que la historia (elevación que, por cierto, es literaria). La razón que el filósofo aduce es que aquélla "dice más bien lo general y la historia lo particular". Aquí debe ponerse particular atención en el verbo, pues no es casual que Aristóteles use "dice" y no

"estudia": a Aristóteles no le interesa, pues, el carácter epistémico (científico) que pueda tener cada género; lo que cuenta en su juicio es el objeto del que cada una se ocupa literariamente.

Esto, desde luego, se relaciona estrechamente con el tema anterior, pues, como se habrá notado, al discutir el objeto de la historia se hizo notar que ella relataba tal o cual cosa, pero en cambio se omitió especificar que la historia era un género cabalmente narrativo y que sus temas eran relatados sucesivamente como hechos históricos 33

individuales. Por lo tanto, los historiadores rehuían la exposición en orden meramente lógico y no explicitaban las ideas generales ni las conclusiones, que eran parte integrante del relato.

Pero, volviendo al texto aristotélico, su consideración vale más por las conclusiones negativas que se puedan extraer de ello: la historia y la verdad, como se ha dicho, no tenían una conexión necesaria y esto variaba según el historiador y la época. En este caso, Aristóteles, fundador de la lógica y sucesor, aunque crítico, de Sócrates y Platón, no podía tener en gran estima a la historia, pues para él la verdad era filosófica (y por lo tanto general); pero no hay que pensar que la suya fuera una idea común. De hecho, sabemos que las ideas aristotélicas no eran difundidas fuera de su escuela (el Liceo) y que a la muerte del estagirita sólo se conocían sus diálogos (ahora perdidos), mientras que sus obras esotéricas estuvieron enterradas cientos de años y sólo se publicaron en el siglo I a. C.

Mucho más fructífero en nuestra averiguación de la relación entre historia y verdad me parece el siguiente pasaje de Tucídides.

Después de relatar algunas falacias tenidas generalmente por verídicas, Tucídides declara:

Tan carente de molestias es para los demás la búsqueda de la verdad y con tanta preferencia se vuelven hacia lo primero que se presenta.

Sin embargo, no se equivocaría el que creyese que las cosas que he contado [la arqueología], a juzgar por las pruebas citadas, eran así poco más o menos, y no diese fe más bien a lo que han cantado de ella los poetas, adornándolas para engrandecerlas, ni a lo que los logógrafos escribieron, tendiendo más a lo agradable de oír que a la verdad; cosas sin pruebas y las más llevadas al terreno de la fábula de una forma increíble por el mucho tiempo que hace que sucedieron [I. 20-22].

Pero lo más importante en este contexto es tal vez lo que se dice en el capítulo siguiente:

En cuanto a las cosas que dijeron los de cada bando en sus discursos cuando iban a emprender la guerra o estaban ya en ella, resultaba difícil recordar la literalidad de lo que se dijo, tanto a mí mismo de lo que oí, como a los que me lo comunicaron tomándolo de alguna otra fuente; en mi obra están redactados del modo que cada orador me parecía que diría lo más apropiado sobre su tema respectivo, manteniéndome lo más cerca posible del espíritu de lo que verdaderamente se dijo; y en cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra… relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda exactitud posible. La verdad fue hallada con trabajo porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno. Para una lectura pública, la falta de color mítico de esta historia parecerá un tanto desagradable; pero me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de las cosas que alguna otra vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los sucesos humanos, la juzguen útil.

Pues es una adquisición para siempre *(ktêma es aieí)* y no una obra de concurso que se destina a un instante.

Estos pronunciamientos de Tucídides representan la posición de la mayoría de los historiadores antiguos y veremos por qué.

34

Heródoto debía ser verídico si de veras quería preservar la memoria de hechos gloriosos sucedidos (nosotros diríamos sucedidos en la historia); pero al juzgar la historicidad de la conversación entre Solón y Creso o la del diálogo entre los magnates persas, por ejemplo, nosotros debemos pronunciarnos en su contra por ser anacrónicos.

Por lo que toca al riguroso de Tucídides, debemos descartar la disputa entre melios y atenienses, que forzosamente hubo de ser privada (cosa que Tucídides dice), y de la que los participantes melios fueron masacrados y no pudieron ser entrevistados por el historiador ateniense. Polibio, por su parte, reporta los discursos de los caudillos mercenarios en guerra contra Cartago, caudillos también masacrados y, por lo tanto, inentrevistables; mientras que Tito Livio no tiene empacho en contar sucesos de siglos enteros de la historia de Roma sobre los que, simplemente, no había fuentes ni buenas ni malas.

¿Se trata pues de una conspiración contra la verdad emprendida por todos los historiadores antiguos?

Me parece que para dar una respuesta cabal a ello habría que tomar en cuenta los métodos de exposición, tema del siguiente capítulo, pero es posible empezar a analizar estas mentiras tomando en cuenta sólo su relación con la verdad.

Para empezar con Heródoto, la función de la conversación entre Solón y Creso es muy clara y ya ha sido mencionada: se trata de la contraposición del mundo oriental y bárbaro con el griego y político; los valores que expresan y los argumentos que usan los alejan de la historicidad estricta para convertirlos en emblemas de la posición que defienden y hasta encarnan.

Lo mismo se puede decir de los magnates persas. Es simplemente imposible que en la corte persa del siglo VI se dieran las mismas preocupaciones políticas y filosóficas del siglo siguiente en Atenas. Se puede suponer que Heródoto estaba incapacitado para concebir que en la situación a la que los magnates se enfrentaban y que implicaba la reconstitución de la sociedad no se plantearan las alternativas reales, o que no podía concebir que tal planteamiento no se hiciera en los términos familiares a Heródoto y a su público. Sin embargo, parece lo más probable que Heródoto no pudiera desaprovechar el punto al que había llegado en su relato y dejar de enunciar —en sus términos— las opciones de los persas en esa coyuntura.

De manera similar es posible explicar otro episodio contado en el libro VII (8-21) de las mismas *Historias,* en el que un consejero argumenta racionalmente ante Jerjes que los persas no deben invadir Grecia, pero en sueños el rey persa ve contraargumentos.

Ante la incredulidad del consejero, su rey lo hace dormir en su cama y aquél sueña lo mismo que Jerjes. Es obvio que Heródoto no pudo tener acceso ni al rey ni al consejero (y tampoco a la cama) y me parece muy difícil que haya tomado esta especie de alguien, o sea, que haya habido fuente alguna que avalara este sueño. Mucho más probable me parece, como a Fornara, que Heródoto inventara el sueño, y pienso esto por la función que tiene en el relato: lo que Heródoto quiere decir es que los dioses mismos querían la invasión de Grecia y con ese propósito enviaban sueños a Jerjes.

35

En cuanto a la entrevista entre melios y atenienses contada por Tucídides (V. 85-113) hay que verla en relación con el propósito del autor al escribir su obra.

En efecto, lo que Tucídides quería decir es que hay una tendencia irresistible de los grandes estados por dominar a los pequeños y tal tendencia, sin duda por influencia sofista, era vista como algo por encima de la ley, es decir, era parte de la naturaleza humana.

Así, podemos decir que los melios son los portavoces de la ley y los atenienses los de la naturaleza.

Los discursos en Polibio tienen la misma función que en Heródoto y Tucídides: sirven para exponer las distintas posiciones en una coyuntura dada.

El caso de Tito Livio es distinto. Su tarea consistía en explicar el crecimiento de Roma, lo que implica dar las razones de la transformación de una ciudad-estado en un imperio a escala mediterránea. Para ello contaba con fuentes que lo documentaban a partir de 300 a. C., aproximadamente, pero para documentar el periodo que mediaba entre la fecha tradicional de la fundación de la ciudad (753) y 300, sólo le quedaban tradiciones en gran parte legendarias… y su propia imaginación y creatividad, medios con los que construyó una historia arcaica de Roma a la medida de su grandeza posterior.

Me parece que es posible sacar algo en claro sobre la actitud de los historiadores antiguos hacia la verdad, volviendo al pasaje de Tucídides y relacionándolo con el análisis de las falsedades tratadas.

Tucídides comienza por argumentar que es imposible llegar a la verdad limitándose a recoger testimonios, sino que es necesario criticarlos. Agrega que su público puede comprobar que lo que él dice es verdad *por las pruebas que aduce.* Hasta aquí se ve que nuestra concepción no difiere mucho de la tucididea: también nosotros pensamos que el peso y el lugar de cada testimonio deben ser evaluados críticamente, aunque no siempre adoptemos esa actitud. Así mismo, aspiramos a documentar rigurosamente nuestras notas y a presentar argumentos suficientes para probar nuestras interpretaciones. En cambio, lo que Tucídides dice a continuación debe sonarnos raro.

Afirma Tucícides, en efecto, su profesa intención de presentar los discursos de los personajes históricos "del modo que cada orador me parecía que diría lo más apropiado sobre su tema respectivo, manteniéndome lo más cerca posible de lo que verdaderamente se dijo".

Si se contrasta este pronunciamiento con los pasajes analizados, se verá que esta idea subyace en todos ellos y es posible enunciarla de la siguiente forma: el historiador puede

—y debe— ir más allá de los hechos para captar y aclarar su sentido más profundo.

Así, lo de menos es que Creso fuera un niño cuando Solón se exilió de Atenas si, mediante un diálogo ficticio entre ellos, Heródoto logra explicarnos el carácter respectivo de griegos y orientales; no importa que los magnates persas fueran incapaces de sostener un diálogo en términos sofistas. Lo que lo hace verdadero no es lo que *nosotros* llamaríamos su historicidad, sino el hecho de que explica dos cosas: en primer lugar, la posición en que se hallaban los dialogantes y que, más allá de su conciencia y su inteligencia, subyacía el derrocamiento del falso Esmerdis y su sustitución por Darío y, 36

en segundo lugar, las alternativas de organización sociopolítica. Algo semejante se puede decir de todos y cada uno de los otros pasajes.

Desde luego, hay otro tipo de falacias en que los historiadores antiguos solían incurrir: las ideológicas.

Está, por ejemplo, la exageración de Tucídides al declarar que, en realidad, Pericles era rey de Atenas o que con Cleón se deterioró la democracia, puntos de vista que han influido funestamente en historiadores contemporáneos que, a su vez, comparten con Tucídides una visión ideológicamente determinada de la realidad.

También Polibio tiene lo suyo, y afirma que Roma llegó a dominar todo el mundo habitado (exageración) en menos de 53 años porque su constitución era mixta (falacia), posición que también ha llevado a muchos modernos al naufragio historiográfico, por llamarlo de alguna manera.

Por su parte, Salustio cree ver la causa de las victorias de Yugurta en la corrupción de las costumbres romanas e ignora la calidad de caudillo de un pueblo en armas que este rey tenía.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Desde nuestra perspectiva es sin duda muy fácil detectar las falacias ideológicas de los antiguos porque no estamos insertos en su sociedad y, aunque esto no se haga siempre ni con la debida frecuencia y profundidad, es mezquino ver la paja en el ojo ajeno, así que me parece mejor dejar aquí el tema.

37

V. LOS MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN Y EXPOSICIÓN

PARA DILUCIDAR el tema hay que partir del hecho, ya planteado varias veces, de que la historia era vista en la antigüedad como un género literario.

Es por ello necesario decir que el lugar de la literatura en la antigüedad clásica —y esto no debe sorprendernos— era distinto al que tiene en nuestra sociedad y variable en el tiempo.

Para aclarar esto empezaré por explicar por qué algunos escritos no eran considerados literarios, lo cual puede servir para fijar una posición de método.

En efecto, hay que eliminar la primera escritura de un dialecto griego —la lineal B—

de la literatura, pues, aunque algunos estudiosos —como Albin Lesky— han pretendido que la literatura griega, y específicamente los poemas homéricos, fueron escritos originalmente con esta escritura, esto no pudo haber sido por lo siguiente: La escritura lineal B era silábica, derivada del lineal A, que servía para escribir los documentos de archivo de los palacios minoicos de Creta y nunca se adaptó bien al griego, de modo que con seguridad era muy difícil de aprender y el resultado era torpe.

Sin embargo, éste no era un gran defecto, dado el uso que se le daba, ya que esta escritura servía para mantener la contabilidad de los palacios micénicos y, de hecho, prácticamente todos los documentos escritos por este medio son listas o catálogos y *ninguno* es literario. Además, Lesky hace evidente la debilidad de su teoría cuan-

do plantea que los griegos eran tan inteligentes que es imposible que, una vez que aprendieran, hayan podido olvidar a leer y escribir. En primer lugar, es evidentemente imposible probar la superioridad de raciocinio de un pueblo sobre otro, pero además, y sobre todo, no se puede decir que "los griegos" supieran leer y escribir en la época micénica porque el hecho de que los escribientes de los palacios micénicos hablaran la lengua griega no los hace automáticamente griegos. Como todos los pueblos, el griego no puede situarse por encima o por debajo o en cualquier otro lugar que no sea *dentro* de la historia, y así como no debemos confundir a los toltecas con los mexicas ni a éstos con los mexicanos actuales, tampoco es válido identificar a los habitantes de los reinos micénicos con los portadores de la cultura griega y luego a éstos con los griegos del siglo XX. Pero además es sumamente probable que ni siquiera los pueblos de estos reinos 38

supieran leer y escribir, sino que ésta fuera una capacidad limitada a los escribientes palaciegos, así que cuando cayeron los palacios automáticamente se perdió la escritura, cosa que, si entendieron las implicaciones, debe haber alegrado a los campesinos micénicos, pues el lineal B no era sino uno más de los instrumentos de su opresión.

Pero la posición de Lesky tiene algo más de fondo. Ella es, en el fondo, una visión positivista y spenceriana del progreso, que es concebido como una ley social inevitable. A ello acompaña una visión ahistórica de la cultura y de la historia. Recuerdo la impresión que me causó la lectura de un libro no muy bueno sobre Afganistán en el que se hacía énfasis en que los nómadas afganos eran felices por su nomadismo y veían con verdadera lástima y compasión a las comunidades sedentarias. De manera análoga, pero al revés, Lesky no puede concebir la cultura sin la escritura.

De hecho, el antiguo profesor vienés, fiel a su educación y a su cultura, ignoraba una serie de estudios antropológicos sobre el papel de la escritura en distintas sociedades.

Mediante ellos se ha llegado a la conclusión de que existen culturas sin escritura y otras con ella. De ninguna manera se puede decir, sin incurrir en etnocentrismo y anacronismo, que las primeras sean analfabetas; los analfabetas son los individuos que, en una sociedad con escritura, no saben leer ni escribir.

Así, en contraposición a Lesky, está el profesor de Yale, Eric Havelock, quien ha aplicado consistentemente esta posición antropológica a la literatura y a la historia griegas.

Trataré de seguirlo para encontrar un camino propio y espero que las conclusiones demuestren que ésta es la manera correcta de proceder.

En consecuencia, hay que partir del hecho de que, en su génesis, de los siglos XII al VIII a. C., la cultura griega no tuvo escritura y que su literatura fue oral (nótese la contradicción en los términos mismos de la expresión). ¿Qué efectos sociales tuvo esto y cómo se ubicaba la literatura en ese contexto?

Hay que recordar algo ya dicho: la exigüidad en el número de los habitantes de las comunidades que surgieron a raíz de la caída de los palacios micénicos (las *póleis).* Esta escala y el aislamiento entre ellas propiciaron el desarrollo autónomo y oral de una poesía heroica.

Este género, del que sólo conocemos los productos más recientes que son los poemas homéricos, tenían como tema las hazañas de una aristocracia naciente, hazañas que se concentraban en guerras, regalos mutuos y consejos. Pero lo más importante es tal vez que estos temas eran expuestos narrativamente. Ya se ha visto cómo los griegos creían en estos poemas que para ellos relataban el pasado. El hecho de que hayan constituido el principio y la base de la cultura y la literatura griegas (y de la europea) y de que hayan versado sobre el pasado tuvo consecuencias para la historiografía antigua y las tiene aún ahora. En efecto, de alguna manera la historia se llegó a erigir como el relato del pasado de las *póleis* que, una vez terminada la edad heroica, sustituyeron a los héroes. En consecuencia, la historia fue siempre un género narrativo en la antigüedad.

Esto tuvo varios efectos en la estructura literaria de las obras históricas. La principal fue que ellas adoptaron una forma cronológica (exponiendo los sucesos en el orden en que ocurrieron) y nunca lógica (por temas).

39

La obra de Heródoto empieza con los orígenes míticos de las guerras médicas, pasa a describir la expansión lidia hacia Jonia y para discurrir sobre la historia anterior de Grecia tiene que hacer una digresión y contar cómo, antes de atacar Persia, Creso decidió aliarse con algún estado griego, pero antes decidió informarse sobre la situación en ese país. La relación de lo recabado por orden del rey lidio es una de las digresiones menores, pues se puede decir que de hecho la obra es una colección de ellas desde el principio hasta el final del libro IV. Más aún, todo el libro II es una digresión enorme sobre Egipto, cuya historia, costumbres y geografía cuenta Heródoto antes de pasar a su conquista por Cambises y su consecuente incorporación al Imperio persa.

Toda la historiografía sigue el mismo patrón. Si Tucídides inserta el diálogo entre melios y atenienses como un hecho histórico es por seguir la estructura narrativa y cronológica, mientras que Polibio dedica el libro VI de su obra a la constitución romana, aduciendo que la estructura constitucional fue la causa de la victoria de Roma sobre Cartago en la segunda guerra púnica, así que esta exposición constitucional aparece como una digresión muy larga (se conservan 58 capítulos) antes de la narración de la batalla de Canas, el punto más bajo de la fortuna romana en esta guerra. También de los romanos se pueden multiplicar los ejemplos, pero sólo mencionaré el de Tácito.

En un artículo reciente, Luce dice que tanto él como los demás estudiosos de Tácito han tratado de encontrar ideas generales en la obra de este autor, pero que ellas están tan hábil y sutilmente metidas en la narración que simplemente no se pueden separar. No es

sorprendente entonces que este autor no se distinga por la prolijidad de las digresiones: no las necesita.

Otra consecuencia notable del origen oral de la cultura griega es el carácter contemporáneo de la historia.

En efecto, aunque los griegos inventaron su alfabeto a principios del siglo VIII a. C., siempre consideraron la palabra hablada como superior y más fidedigna que la escrita. En consecuencia, los historiadores tuvieron en alta estima los testimonios orales y despreciaron los escritos. Finley hace al propósito la aguda observación de que en toda la literatura griega se encuentra un solo repertorio de documentos que, además, no ha llegado hasta el presente. Esta actitud tuvo dos resultados. Por una parte, se puede decir que algo que nos parece tan novedoso como es la historia oral fue la práctica rutinaria de los historiadores en la creación de su disciplina, sólo que ellos no presentaban su materia en bruto, sino que la sometían a una crítica y a un proceso de apropiación intelectual tan complejo como ahora lo realizan los historiadores "normales" (por llamarlos de alguna manera). La otra consecuencia es que, también en contraste con la situación actual, los historiadores griegos no escogían sus temas, sino que más bien los hechos históricos iban generando el objeto del historiador, ya que éste se veía limitado a ocuparse de la historia contemporánea a él, pues sólo de ella había testigos entrevistables.

Hay que advertir que la cultura romana difiere en este aspecto de la griega ya que, más alejada del Cercano Oriente y recibiendo la cultura oriental por intermedio de Grecia, no tenía una cultura muy desarrollada cuando cayeron los palacios micénicos (en lo que sería Grecia) y no sufrió la ruptura de la griega; por otra parte, en Italia nunca se 40

dieron sociedades palaciegas centralizadas (el modo de producción asiático, pues) y se puede decir que su desarrollo cultural fue lineal desde el neolítico hasta la edad del hierro.

Ésta es una explicación necesaria pero no suficiente de un hecho patente: los romanos sentían verdadera reverencia por la escritura. Esto tuvo necesarias repercusiones en la escritura de la historia. Desde luego, la historia romana nació por influjo directo de la griega, pues, aunque Catón trató con sus *Orígenes* de crear un género literario propiamente romano que se ocupara del pasado de Roma presentando a la ciudad como la protagonista exclusiva y omitiendo nombrar a individuos, primero Timeo, pero sobre todo Polibio, introdujeron a Roma a la historiografía y a la historiografía a Roma. En efecto, Timeo (*ca*. 350-250) escribió unas *Historias* centradas en la isla de su origen, Sicilia, e incluyó a Roma en su relato, mientras que Polibio, ya se dijo, tomó como tema central la expansión de Roma a casi todo el mundo habitado, proceso que él llamó *symploké* (entretejimiento).

El fracaso de Catón llevó a los primeros historiadores romanos a escribir historias tan griegas que estaban escritas en ese idioma, mientras que las obras históricas latinas más antiguas que se conservan —las de Salustio— siguen siendo típicamente griegas. Sin embargo, la adaptación de la historia a la cultura romana trajo como resultado la elaboración de obras muy largas basadas en testimonios escritos y tradiciones antiguas y que se remontaban (ésta fue la venganza de Catón) a la fundación de la ciudad. El ejemplo más claro de esto son las *Historias* de Tito Livio, que constaba originalmente de ciento cuarenta y dos libros. A fin de cuentas, los romanos desarrollaron dos géneros historiográficos: las historias y los anales. Las primeras trataban la historia remota y los segundos, arreglados por año, tenían como tema la historia contemporánea.

Mención aparte merecen los compendios griegos. Inventados, como ya se dijo, por Teopompo en el siglo IV a. C., siempre fueron un género menor que proliferó sobre todo a partir del siglo I a. C., sin duda por influencia romana.

41

VI. LA HISTORIA, LA CULTURA

Y LA SOCIEDAD EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Hay que empezar por deplorar que éste sea hasta ahora un tema casi totalmente inexplorado, a causa tal vez de la influencia del tercer humanismo, cuyos exponentes tienden a atribuir valores intrínsecos a las obras clásicas.

Así, al consultar libros sobre literatura, se verá que casi todos son series de monografías de autores individuales y que, si acaso, sólo por casualidad se ocupan de aspectos sociales e históricos de los autores y de sus obras. Una saludable excepción es la *Literatura griega* de José Alsina (Barcelona, Ariel, 1967) que se ocupa de este tema en sucesión lógica y dedica su tercera parte a "La literatura y sus conexiones" (pp. 201-325). Ahí se encuentra un capítulo sobre "Literatura y sociedad" (pp. 201-230). Por desgracia, Alsina sólo discute la teoría y "la obra literaria como documento social" y, en cambio, no se le ocurre analizar el lugar de la literatura en la sociedad.

Momigliano, por su parte, dedica el quinto capítulo de su *Historiografía griega* a

"los historiadores del mundo clásico y su público", que, como el subtítulo aclara, se trata sólo de "algunas indicaciones", muy sugestivas por cierto, de uno de los aspectos más interesantes del tema que nos ocupa. Hay que hacer notar que también este autor se queja de la falta de estudios sobre el tema.

En lo que toca a Roma, hay un libro de título atractivo, *Roman Literature and Society,* de R. M. Ogilvie (Harmondsworth, Penguin Books, 1980) que incluye a los historiadores. Sin embargo, su lectura provoca cierta desilusión, pues se trata de una obra de difusión que por tanto, no es producto de una investigación específica, sino que es más bien una historia convencional de la literatura con algunas consideraciones, ciertamente valiosas, sobre la sociedad en la que se hacía.

Entonces, hay que tomar en cuenta que no es posible profundizar gran cosa en este tema, sino sólo echar mano de los hechos más cla-

ros y fundamentales para trazar un cuadro elemental, esquemático y tentativo del lugar de la historiografía en la cultura de la antigüedad clásica.

Lo primero que hay que afirmar es el éxito milenario de Heródoto: el que *historíe* dejara de significar *investigación* para convertirse en *historia* es la prueba más clara. Tal 42

hecho se debió en gran parte a su tema, cosa que ya se ha mencionado, pero esto debe relacionarse con el hecho de que el asunto y su tratamiento era el que los atenienses de fines del siglo V a. C. querían y necesitaban oír. En este contexto hay que recordar que las condiciones de vida de Heródoto le habían dado una perspectiva favorable para alcanzar tal logro. El hecho de haber sido súbdito persa le había conferido la capacidad de comprender a los pueblos *bárbaros,* su largo exilio fomentó una visión panhelénica que coincidía con los intereses y la ideología de Atenas como potencia hegemónica en Grecia, su estancia en esa ciudad y su amistad con la vanguardia de la política y de la cultura en una ciudad en la que, ya se ha hecho notar, ambas estaban tan estrechamente relacionadas que se puede decir que eran dos formas de un solo fenómeno (la vida política). Todo esto le dio elementos de juicio para inventar la visión de la historia y todos estos hechos, más el tema y su tratamiento ya dichos, dieron a su obra el éxito en lecturas públicas, pues cuando Tucídides, en un pasaje ya citado (I. 22), niega que su propia obra haya sido escrita para ese tipo de lecturas, no puede referirse más que a las *Historias* herodoteas.

Otra medida del éxito inmediato del cario es la obra misma de Tucídides, un historiador que escribe en parte como reacción a su predecesor y que se cuida mucho de deslindarse de él. Sustento no menor de tal deslinde es la concepción de su propia obra, no como material de lecturas digno de premios y de la atención del momento, sino como una "adquisición para siempre". Al parecer, por lo que Tucídides dice no sin rencor, su obra no está hecha para lecturas públicas que la harían popular, sino para leerse a solas y meditarse. Y

sin embargo, su propia conservación es prueba de su éxito a lo largo de más de dos mil años, y aunque no tenemos pruebas, debemos de pensar que su auditorio era amplio. Hay que hacer notar que su vida también ayudó a Tucídides a escribir como lo hizo. Testigo del principio del fin de Atenas, el historiador ateniense no podía compartir el optimismo del cario, mientras que su propio exilio le permitió no sólo tratar a combatientes de ambos campos, cosa fundamental en la recolección de datos, sino, sobre todo, lo que podríamos llamar una distancia ideológica de su propia patria, distancia necesaria para una obra crítica escrita precisamente en un momento de crisis.

En cambio, parece que Jenofonte escribió sus *Helénicas* en sus ratos de ocio y sin preocuparse mucho por lo que hacía. A pesar de su mala calidad (Finley las describe como indignas de fe, tendenciosas, falsas, espantosas de leer y raramente aclaradoras de los asuntos amplios), este autor es uno de los pocos historiadores (se pueden contar con los dedos de una mano) cuya obra se conserva completa, seguramente por su estilo límpido y diáfano y porque expresaba ideas conservadoras, afines a las que prevalecerían a partir del siglo IV a. C. Hay que hacer notar además que Jenofonte también escribió en el exilio y que eso seguramente lo hizo más desapegado de su patria Atenas y, en cambio, parcial de su enemiga Esparta.

Otro exiliado notable fue Polibio, quien, arrancado como rehén de Grecia y de su carrera política, llegó a aceptar las razones de sus captores en grado tal que se puso a encontrar explicaciones (históricas) para su propio destierro y la destrucción de su patria.

Es importante destacar que Polibio se refiere a su público como "los que gustan de 43

aprender" *(hoi filomathoûntes)* y que, por lo que dice, es claro que los ve como políticos o aspirantes a la política, ansiosos de sacar lecciones de la historia para ahorrarse errores en la práctica. Walbank ha probado que, aunque a veces escribía para un público romano, en lo fundamental las *Historias* estaban destinadas a explicar a los griegos la razón de su propia ruina.

La consideración de esta obra puede servir para recordar que, como género literario, la historia no se estudiaba en escuela alguna, que los historiadores habían seguido los mismos cursos normales de primeras letras, literatura y retórica que sus conciudadanos y que nunca formaron un gremio especial, por lo que nunca escribieron para sus colegas, a quienes más bien veían como a rivales (basta ver Plb. XII), cosa ésta muy natural si se toma en cuenta que su propósito fundamental fue siempre escribir una obra definitiva sobre algún tema específico de la historia contemporánea y esto sólo dejaba lugar para un historiador en cada generación.

Esta característica explica también, en términos generales, el que la confección de compendios acabara con las obras originales: si, como dice Momigliano, el tema elegía al historiador, si éste se basaba fundamentalmente en fuentes orales y despreciaba enérgicamente las escritas, y si nunca se vio una obra historiográfica como fuente de otra, no podía menos que pensarse que los compendios sustituían en todo a la obra original, pues presentaban de manera más sucinta la misma información. Tal visión es la causa de que se perdiera la mayor parte de la historiografía antigua.

Pasando a Roma, hay que comenzar por decir que ahí la historiografía desempeñó un papel muy distinto que en Grecia, porque en ella formaba parte del *bagaje cultural* que fue importado de Oriente en los dos siglos anteriores a Cristo. Así, a diferencia de Grecia, en Roma la historia no fue consecuencia de una evolución cultural autónoma, sino que desde un principio formó parte de un proceso de refinamiento cultural impulsado por la conquista de Grecia y la influencia de su cultura sobre la romana, influencia que llevó a la elaboración de una alta cultura en el pueblo conquistador.

No debe por ello extrañar que la primera obra de historia "hecha en Roma" para romanos haya sido escrita en griego, como ya se señaló; tampoco debe extrañar que los primeros en ocuparse de Roma (Timeo y Polibio) hayan aspirado a entenderla en función de categorías griegas, ni que los romanos se hayan limitado (o hayan alcanza-

do, según se vea) a adaptar las formas griegas con modificaciones menores.

En cuanto a la posición social de los historiadores romanos, es notorio que la mayoría fueron políticos frustrados o retirados y que su propósito era mucho más propagandista y claramente ideológico que entre los griegos. En Grecia nunca se dio una obra de tintes oficiales como la de Tito Livio. En cambio, como en Grecia, la historia nunca formó parte de los estudios formales ni se convirtió en una profesión.

BIBLIOGRAFÍA

Alsina, J., *Literatura griega,* Barcelona, Ariel, 1967.

44

Clavijero, F. J., *Historia antigua de México,* edición y prólogo de M. Cuevas, México, Editorial Porrúa, 1964.

Cobet, J., "Herodotus and Thucydides on War", en I. S. Moxon *et al.* (eds.), *Past Perspectives. Studies in Greek and Roman Historical Writing,* Cambridge, University Press, 1986, pp. 1-18.

Châtelet, F., *El nacimiento de la historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia,* traducción de C.

Suárez B., 2ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1979.

Finley, M. I., "The Ancient Historian and his Sources", en E. Gabba (ed.), *Tria corda. Scritti in onore di Arnaldo Momigliano,* Como, Editzioni New Press, 1983, pp. 201-214.

———, *Aspectos de la antigüedad,* traducción de A. Pérez-Ramos, Barcelona, Ariel, 1975.

——— (ed.), *The Greek Historians. The Essence of Herodotus, Thucydides, Xenophon, Polybius,* Harmondsworth, Penguin Books, 1977 (reimpreso).

Fornara, Ch. W., *The Nature of History in Ancient Greece and Rome,* Berkeley, University of California Press, 1983.

Guthrie, W. K. C., *A History of Greek Philosophy,* 6 vols., Cambridge, University Press, 1971-1980 (hay una traducción al español pu-

blicada en Madrid por Gredos).

Havelock, E. A., *The Literate Revolution in Greece and its Cultural Consequences,* Princeton, University Press, 1982.

Lesky, A., "Mündlichkeit und Schriftlichkeit im homerischen Epos", *Gesammelte Schriften. Aufsätze und Reden zu antiker und deutscher Dichtung und Kultur,* edición de W. Kraus, Bern, Francke, 1966, pp. 63-71.

Luce, T. J., "Tacitus' Conception of Historical Change", *Past perspectives...,* pp. 143-157.

Marx, C., "Tesis sobre Feuerbach", publicadas como apéndice de F. Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* Moscú, Editorial Progreso, 1967, pp. 54-57.

Marx, C. y F. Engels, *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán, en las de sus diferentes profetas,* traducción de W. Roces, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1968.

Momigliano, A., *La historiografía griega,* traducción de J. Martínez G., Barcelona, Editorial Crítica, 1984.

Ogilvie, R. M., *Roman Literature and Society,* Harmondsworth, Penguin Books, 1980.

O'Gorman, E., *Crisis y porvenir de la ciencia histórica,* México, UNAM, 1947.

Pérez Tamayo, R., "Revolución y ciencia", *Nexos,* núm. 114, junio de 1987, pp. 57-58.

Press, G. A., *The Development of the Idea of History in Antiquity,* Montreal, McGill–Queen's University Press, 1982.

Skinner, Q., "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *H & Th,* VIII, 1969, pp. 3-53.

Walbank, F. W., *Polybius,* Berkeley, University of California Press, 1972.

45

INTERLUDIO

46

EL CLASICISMO DE LAS CASAS

SIN DUDA el momento más importante de la vida de fray Bartolomé de las Casas fue la Junta de Valladolid "para tratar de las cosas de la conversión y del modo de hacer las conquistas y descubrimientos" (*CDIU,* XIV, 122 *apud* PF789), ocasión en la que este dominico sevillano presentó en cinco días —del 18 al 22 de agosto de 1550 (PF791)—

su *Apología* para refutar el alegato de Juan Ginés de Sepúlveda, con el que trataba de justificar la conversión forzosa de los indígenas, demostrar la injusticia de la conquista española de América y contribuir a que la política de evangelización fuera modificada. Es bien sabido que Las Casas fue el opositor más elocuente al proceso de genocidio y sumisión de los pueblos americanos que se desató hace 500 años y ha tenido profundas consecuencias hasta nuestros días.

La defensa de los pueblos indígenas por parte de Las Casas tuvo su culminación en Valladolid, a tal grado que le hizo escribir una obra que abarca 13 volúmenes de casi 800

páginas cada uno, atravesar el Atlántico nueve veces, concitarse el odio de los españoles asentados en América y adoptar como preocupación prioritaria de una larga vida de 82

años la defensa de los pueblos indígenas y su cultura, empresa que él concebía como la salvación de las almas de aquellos pueblos. Es por lo tanto imposible abarcar todos los aspectos de la obra de un escritor tan prolijo o los de la vida de un personaje tan activo y longevo, sobre todo si se toma en cuenta que yo no dispongo ni siquiera de los cinco días de que Las Casas dispuso para exponer su *Apología*. Por otra parte, hay que advertir que un estudio exhaustivo de Las Casas tomaría toda una vida. Estas consideraciones me han inclinado a tomar la decisión de ocuparme solamente del clasicismo de Las Casas.

Por clasicismo entiendo concebir y tomar como modelo la cultura grecorromana de la Antigüedad. Como hombre de su tiempo, Las Casas es un evidente y constante exponente de esta tendencia, cosa que hace de ella una característica importante de su obra.

Sin embargo, el tema ha sido poco estudiado. En los años cincuenta Lewis Hanke se ocupó del uso que tanto Sepúlveda como Las Casas hicieron de la teoría de la esclavitud por naturaleza que Aristóteles expuso en su *Política* para discutir si los pueblos indígenas cabían dentro de esta teoría, mientras que Bruno Rech ha hecho una investigación, a todas luces completa (aunque no exhaustiva), acerca de las obras de la Antigüedad clásica a las que Las Casas recurrió y el modo en que lo hizo.

47

Mi propio objetivo es distinto. No me propongo tanto examinar el recurso de Las Casas a alguno o a todos los escritores clásicos, sino más bien exponer el modo en que las obras antiguas le daban marcos de referencia teóricos en la interpretación de las culturas americanas y en la elaboración de un juicio general sobre estos dos mundos culturales —Europa y América— y explorar la vigencia del punto de vista elaborado por Las Casas en la interpretación de la historia.

Ya se ha dicho que Las Casas tomaba a los clásicos como parámetro cultural. Como muestra, empezaré por presentar su exposición de la política de Cortés en Cempoala en la *Historia de las Indias* y lo que O'Gorman llama su "antropología" en la *Apologética historia sumaria.*

Hay que notar que Las Casas no es mero relator de la historia pues nunca se limita a narrar escuetamente los hechos, como si ellos pudieran hablar por sí mismos, sino que siempre acompaña la relación cronológica de los sucesos con consideraciones sobre su significado y con paralelos históricos. Así, al abordar la llegada de Cortés a Cempoala y tratar de ganarse a quien Bernal Díaz apodaría "el cacique gordo", erigiéndose —sin derecho y sin conocimiento de causa

— en el campeón de los derechos de los cempoaltecas, fray Bartolomé compara al conquistador en cierne ni más ni menos que con el conquistador romano de Grecia, Tito Quinto Flaminino, en los siguientes términos: Aun si Cortés hiciera con los de Cempoala, si con verdad fueron del rey Montezuma contra justicia subjuzgados y opresos, y esto le constara por legítima probanza de que no debiera dudar, lo que Tito Quincio, capitán del pueblo romano, con los de Corinto y otros pueblos y ciudades de Grecia, que teniéndolas Filipo, rey de Macedonia, fatigadas y opresas, vencido por Tito Filipo y sus macedones, creyendo aquellos pueblos de Grecia que habían de vivir en servidumbre de los romanos, mandó Tito a pregonar, estando gran multitud de gente presente, que el pueblo romano y Tito en su nombre, otorgaba libertad, como de antes la tenían, a los corintios, locros, focenses, euboícos, aqueos, ftiotas, magnesios, tésalos y perrebos; el cual pregón oído y entendido, va la multitud corriendo a besar las manos y dar gracias a Tito, clamando y diciendo: "Tito es hoy el salvador y defensor de Grecia"; y fue tan grande el estruendo de placer y voz tan sonorosa de la multitud y fuerte el alarido, que como si fuera saeta, rompió el aire y los cuervos que volaban por él cayeron sobre ellos y en tierra, faltándoles sobre qué estibar. De esta manera lo cuenta Plutarco en la vida del mismo Tito; y si así lo hiciera Cortés con los cempoalenses, y si fuera verdad estar injustamente a Montezuma subjetos, perdida su libertad, pudiéransele deber con razón las gracias de defensor y salvador de ellos; pero hízolo por el contrario, privando a los de Cempoala y también al gran rey y señor de ellos y de otros muchos, Montezuma, de todos sus señoríos, de todo su honor, de las vidas, y no sólo de su libertad, como de ello se gloría y escribe Gómara, su criado y su historiador, y todo el mundo sabe; y que de aquí se siga debérsele nombre de puro tirano y usurpador de reinos ajenos y matador y destruidor de innumerables naciones, júzguelo cualquiera hombre prudente, mayormente si es cristiano, y esta historia con verdad lo irá más declarando" [*HI,* III, 250-251].

Tengo la impresión de que Las Casas es un historiador poco leído y me parece que la causa radica precisamente en la característica enunciada de no limitarse a contar un relato, sino que escribe siguiendo la posición de que la historia no se hace sólo para informar sino para que, con base en el conocimiento acertado, se adopte un punto de vista y se tomen las medidas prácticas políticas consecuentes; se trata, de hecho, de un 48

historiador profundamente comprometido con su causa y que despliega todos sus recursos para defenderla. Pero lo que aquí interesa fundamentalmente es cómo entran Flaminino y los griegos. Bien mirado, se trata de una ilustración por comparación. Las Casas intenta denunciar la tiranía de Cortés, quien no sólo no liberó a los cempoaltecas de los mexicas, sino que además sujetó a este pueblo y a muchos más sin derecho.

Flaminino entra aquí como contraste. No importa en este contexto que, por seguir a Plutarco, Las Casas haya perdido de vista que la oferta de libertad a los griegos haya sido pura demagogia, lo importante es que en el paralelo (método muy plutarqueo, por cierto) entre Cortés y el romano, los defectos del extremeño resulten afeados en contraposición a las cualidades que entonces todo el mundo reconocía en el romano. Se dirá que es natural que a mediados del siglo XVI, y para explicar una serie de fenómenos del todo novedosos, Las Casas recurriera a compararlo con lo conocido y se podría añadir que éste es un recurso común, detectable también en la obra de Francisco Hernández, por ejemplo, obra que se presenta como la continuación de la *Historia natural* de Plinio; pero si se compara la *Historia lascasiana* con las *Décadas* de Pedro Mártir, la historia del "criado e historiador" de Córtes, Gómara, y la *Historia verdadera* de Bernal Díaz, queda la impresión de que el recurso a los clásicos en Las Casas no es sólo más constante, sino mucho más profundo: a fin de cuentas no es sólo Flaminino quien aclara a Cortés, sino también éste a aquél. Qué tan serio sea el clasicismo lascasiano puede apreciarse mejor en el planteamiento sobre la unidad del género humano hecho por Las Casas en su *Apologética historia sumaria.*

En efecto, en esta obra Las Casas trata de demostrar, en primer lugar, cómo todo el género humano pasa por distintos estadios de la barbarie a la civilización, y al discutir cómo deben ser tratados los hombres que viven aislados en el campo sostiene que esta costumbre no puede atribuirse a una innata barbarie, sino al estadio primitivo en que se encuentran quienes siguen esa práctica, pues todos los hombres, incluso los que ahora son los más cultos, han empezado así, por lo que su modo de vida no puede justificar el hacerles la guerra y convertirlos violentamente. Entonces agrega Las Casas (*AH,* 249): Ejemplo de esta humana y real y natural vía de traer los hombres que se hallaren vivir ruda y groseramente, como vivían en los primeros tiempos todos los humanos, pone Tulio (Cicerón) en el proemio de su *Retórica* vieja (hoy conocida como *De inventione* I.2) y en la *Oración 33* que hizo por P. Sestio, el cual dice así […]

A continuación Las Casas transcribe literalmente una traducción de todo el capítulo correspondiente del tratado *De inventione* que, por cierto, debería estar entrecomillado y no lo está, y concluye:

Todo esto es de Tulio, donde arriba fue citado: Lo mismo dice Plutarco en el libro lº., capítulo 7, *De placitis philosophorum,* haciendo mención de aquel tiempo […]

49

El pasaje citado es presentado por Cicerón como una demostración de la importancia histórica de la elocuencia porque, según él, existió "cierto varón sabio" (en la traducción de Las Casas) que "ayuntó" a los hombres dispersos y los convenció con su elocuencia

"a vivir en comunidad".

A continuación (p. 250) Las Casas extiende el alcance de las consideraciones de Cicerón, al alegar que lo que el romano ubica en un tiempo y ocasión determinados ("fue cierto tiempo"), ocurrió a cada pueblo: "Y es aquí de considerar que aquel tiempo que dice Tulio haber sido […] fue, como arriba hemos tocado, común a todo el linaje humano […]"

Y concluye que "ninguna gente ni nación ni tierra poblada de ella hubo que no estuviese y viviese a los principios y por muchos tiempos viviendo desparcida por los montes y los campos sin ley y sin orden y sin industria".

La obra de Cicerón sirve pues como base, pero Las Casas saca conclusiones que van mucho más allá de la visión que toma aquél, por lo que no se puede decir que el romano sea fuente o autoridad para Las Casas, sino sólo base de su reflexión.

Otro autor clásico de importancia fundamental para el dominico fue Aristóteles: en mi opinión, el tributo más grande de Las Casas al estagirita es la estructura misma de la *Apologética historia...,* su obra máxima.

En efecto, el objetivo lascasiano en esta obra es demostrar que los indígenas pueden gobernarse con "humana policía y ordenadas repúblicas" (I, 3) y, para ello, sostendrá que los americanos son

prudentes y dotados naturalmente de las tres especies de prudencia que pone el Filósofo: monástica, económica y política; y cuanto a esta postrera, que seis partes contiene, las cuales según él mismo, hacen cualquiera república por sí suficiente y temporalmente bienaventurada, que son labradores, artífices, gente de guerra, ricos hombres, sacerdocio […] jueces y ministros de justicia, y quien bien gobierne, que es lo sexto

[…]

Estas "tres especies de prudencia" y "seis partes" de la prudencia política provienen, la primera, de la *Metafísica,* y la segunda de la *Política* artistotélicas. Es revelador comparar la interpretación lascasiana con el original.

De hecho, Aristóteles habla de tres tipos de proceso de pensamiento (dianoia: *Metaph*. I, 5) o ciencias (epistéme: *ibidem* V. 2. 2), pero no de prudencia, y se refiere a tres tipos de ciencia: el práctico *(praktiké),* el productivo *(poietiké)* y el especulativo *(theoretiké).* La parte monástica de Las Casas tal vez podría identificarse con el tipo

especulativo de Aristóteles; el económico con el productivo, y el práctico con el político.

¿Qué hay de las seis partes de la política?

Para empezar, el filósofo las define (*Pol*. VII, 8) como medios que las *póleis* se dan para existir, o partes de la *polis;* ellas son el alimento *(trofé),* los oficios *(tékhnai),* las armas *(hópla),* la abundancia de recursos *(khremáton euporía),* el culto *(hierateía)* y la decisión judicial *(krísis);* en consecuencia de la existencia de estas partes, debe haber, 50

usando el vocabulario de Las Casas, labradores (*georgoí),* artífices *(tekhnítai),* gente de guerra (*makhímoi),* ricos hombres (*eupóroi),* sacerdocio (*hiereís)* y jueces y ministros de justicia *(kritaí).* Si se comparan estos elementos con las partes de Las Casas se verá que la única diferencia es que a los jueces se les agrega "quien bien gobierne", o sea, los gobernantes, que Aristóteles no distingue porque en una *polis* lo eran todos y no podían por tanto formar una parte *per se,* mientras que, tanto en la monarquía absolutista española como en los estados americanos (el azteca y el inca, fundamentalmente) sí existía como parte distinta y asociada con los jueces.

Qué tan importante sea para Las Casas esta división de las sociedades lo muestra el uso que de ella hace, pues consagra 203 capítulos (de 267) de su *Apologética* a aplicarlas a las sociedades americanas.

Como última muestra de la índole y profundidad del clasicismo lascasiano, examinaré con mayor detalle la exposición sobre el sacerdocio en la *Apologética*, la sección más larga, pues abarca del capítulo LXXI al CXCIV.

Las Casas empieza por explicar la concepción aristotélica respectiva y cita literalmente la *Política* en traducción al latín (369), luego hace una exposición general del asunto (LXXI-LXXIII), pasa a definir la idolatría y divide el tema en cuatro rubros: los dioses, los templos, los ministros y el culto (LXXIV) y entra por fin al tema, pero no con los dioses indígenas, sino con los egipcios (LXXV) y sólo en

el capítulo LXXVII aborda a los griegos, de la siguiente manera (I. 400):

Los griegos, entre quienes tanto las artes y las ciencias humanas resplandecieron y que tanta jactancia por esta causa los ofuscó… de los primeros fueron que aprendieron de los egipcios adorar muchos dioses, ciegos del error que aquéllos tuvieron […]

El pasaje está acompañado con referencias a Platón, Teodoreto de Cirro y San Agustín. Sigue Las Casas en la misma vena, exponiendo la multitud de dioses griegos (hasta el capítulo LXXVIII), pasa a la adivinación (LXXX a LXXXIV) y a la magia (LXXXVII a CI) y regresa a los dioses (CIII-CXIX). Sólo después de 49 capítulos llega a los "dioses de la gentilidad americana" (en palabras de O'Gorman), y lo hace con la introducción siguiente (I. 632):

Referidos ya bien prolijamente los dioses de los gentiles antiguos y de tantos siglos pasados, en lo cual su grosísima ceguedad y engaño se ha bien mostrado, tiempo es de aquí adelante dar noticia de los dioses que aquestas nuestras indianas gentes, o que de aquéllos antiguos idólatras recibieron y heredaron, según es verisímile al menos en mucha parte, o ellos añadieron e inventaron, para después en esto, como se hará en lo demás, cotejallos.

Entonces refiere Las Casas de los dioses de La Española, la Nueva España (fundamentalmente de los aztecas), de los mayas, de América Central y de Perú, en sólo siete capítulos (CXX-CXXVI).

51

De acuerdo con lo anunciado, concluye con la comparación entre los del "Viejo" y los del "Nuevo Mundo" (I. 663):

—todas estas universas naciones no carecen de aquella lumbre y cognoscimiento y apetito natural que la divina bondad y suma providencia, en todos los hombres, para que le cognosciesen y buscasen, imprimió en su creación, y por consiguiente no ser menos racional que todas las otras cualesquiera que sean en todo el orbe, como no menos criadas y formadas a la imagen y semejanza del mismo Criador, que cualesquiera otras.

—aquestas gentes, o la mayor parte de ellas, tuvieron muchas menos fealdades que otras afamadas y políticas naciones de las antiguas, y con menos heces de errores en su idolatría.

—en la elección de los dioses tuvieron más razón y discreción y honestidad que las más de cuantas naciones idólatras antiguamente hobo, bárbaros, griegos y romanos […]

—infinitos pueblos de estas grandes regiones de este orbe tuvieron, y tienen hoy los que duran, muncha menos dificultad para ser traídos y convertidos a nuestra santa fe, que munchos de los idólatras gentiles pasados y ninguno de estos la ternán mayor, probablemente hablando, cuanto se puede por vía humana y de parte de los hombres juzgar o conjecturar que la tuvieron algunos de aquéllos.

Me parece que, si ampliara el análisis, no añadiría algo nuevo porque este pasaje muestra el tenor de la obra toda y de la posición de Las Casas en su confrontación de las culturas clásica e indígenas. De Aristóteles extrae las características generales de lo que está a discusión —si los indígenas tenían todos los elementos de una sociedad—, pero es el cristianismo el que provee la escala de valores que sirve para juzgar y medir la calidad de los dioses grecorromanos en confrontación con los americanos; lo que me parece verdaderamente novedoso y antietnocéntrico *avant la lettre* es que en esa confrontación lo único que ha salvado a los europeos es "la luz de la fe", pues la comparación hace evidente que, sin ella, ellos estarían más alejados de la salvación que los propios indígenas.

A Las Casas le inspiraba cierta visión del cristianismo y su fin primordial, repito, era la salvación de las almas de los pueblos americanos; esa inspiración lo lleva a desarrollar una visión de la historia de la humanidad —en términos de historia comparativa de la cultura— que rompió el eurocentrismo. No interesa juzgar en este ámbito hasta qué punto alcanzó el fraile sevillano sus propósitos más amplios, lo que, en cambio, es necesario discutir, es la pertinencia de una visión totalizadora y universal de la historia.

A 500 años del inicio del genocidio, vivimos una realidad de injusticias rampante con nuevos protagonistas, entre los cuales, los ladinos y los indígenas (para usar términos guatemaltecos que en este contexto son muy claros y precisos) son de considerable importancia y tiene su génesis en la conquista española. No se puede negar que una de las armas más útiles para nosotros, los nuevos victimarios en esta relación inicua, son los prejuicios culturales que conllevan cierta visión de la historia y que consisten en importar las ideas generales y limitar nuestro quehacer intelectual a "la patria". Nosotros, los criollos y los mestizos, sentimos que participamos de los frutos de la civilización al imitar servilmente el modo de vida "americano" y, por lo general, no concebimos la necesidad de desentrañar los secretos y las características de la cultura europea o de la visión 52

eurocéntrica de la historia que, por ello mismo, quedan como mitos. Esta actitud nos convierte en dignos sucesores, no de los indígenas, como nos quiere hacer creer la ideología oficial, sino de los conquistadores españoles.

Es entonces mucho lo que tenemos que aprender de Las Casas y de su cruzada iconoclasta.

BIBLIOGRAFÍA

Anglería, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo,* traducción de A. Millares C., 2 vols., México, Porrúa, 1964.

Casas, Bartolomé de las, *Historia de las Indias,* edición de A. Millares C., estudio preliminar de L. Hanke, 3 vols., 2ª. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1965 (reimpreso).

———, *Apologética historia sumaria cuanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, manera de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales cuyo imperio soberano pertenece a los reyes de Castilla,* 2 vols., edición de E.

O'Gorman, México, UNAM, 1967.

CDIU = Real Academia de Historia, *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar,* 25 vols., Madrid, 1885-1932 (reimpreso en Nendeln por Kraus Reprint, 1967).

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* introducción y notas de J.

Ramírez Cabañas, 8ª. ed., México, Editorial Porrúa, 1970.

Hanke, Lewis, *Aristotle and the American Indians. A Study in Race Prejudice in the Modern World,* Bloomington, Indiana University Press, 1959 (reimpreso y traducido al español).

Hernández, Francisco, *Obras completas,* edición de G. Somolinos d'Ardois, 8 vols., México, UNAM, 1960-1984.

López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias,* "Hispania victrix", modernización del texto de P.

Guibelalde, prólogo de E. M. Aguilera, 2 vols., Barcelona, Editorial Iberia, 1966.

PF = Pérez Fernández, Isacio, *Cronología documentada de los viajes, estancias y actuaciones de fray Bartolomé de Las Casas,* Bayamón, Universidad Central, 1984.

Rech, Bruno, "Bartolomé de Las Casas und die Antike" en W. Reinhard (ed.), *Humanismus und Neue Welt,* Weinheim, 1987.

Sepúlveda, Juan Ginés y fray Bartolomé de las Casas, *Apología,* traducción, introducción, notas e índices de A.

Lozada, Madrid, Editora Nacional, 1975.

53

SEGUNDA PARTE

LOS MÉTODOS
DE LOS HISTORIADORES
CONTEMPORÁNEOS
DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA
(GRECIA Y ROMA)

54

I. INTRODUCCIÓN

NO CABE DUDA de que una de las ramas más complejas de la historia es la historiografía moderna y contemporánea. Ello se debe en parte a la apabullante abundancia de obras y autores que la conforman y que la hacen prácticamente inabarcable en su totalidad. Así, la obra que se acerca más a ese ideal es la de E. Fueter, *Historia de la historiografía moderna,* cuya segunda edición data ya de 1936: hace más de 60 años.

Como consecuencia de esta dificultad, los manuales o tratados generales de historiografía se concentran en las líneas más generales o en las creencias más extendidas entre los historiadores. Por ejemplo, Georges Lefèbvre, en su *Nacimiento de la historiografía moderna,* que abarca prácticamente el mismo periodo que Fueter, ordena la materia de su obra en corrientes y periodos y, al tratar el siglo XVIII, divide a sus historiadores en racionalistas y antirracionalistas. Obviamente tales estructuras son no sólo convenientes, sino necesarias, pero inevitablemente tienden a simplificar un panorama complejo. Para seguir con el ejemplo, Vico es catalogado entre los antirracionalistas como un caso aislado. Podemos estar de acuerdo en lo segundo, pero

¿realmente se puede decir que Vico se oponía *sans façon* al racionalismo? De plano, no se puede responder tajantemente, sino hay que matizar y, para ello, profundizar. Pero tal tratamiento lleva a otra deformación tal vez mayor. Es claro que se necesita introducir a Vico en un tratado historiográfico ya que, aunque tardía y oblicua, su influencia en la historiografía ha sido profunda. Sin embargo, esto no debe ocultarnos el hecho de que Vico no era ni se consideraba historiador, así como tampoco que los historiadores contemporáneos o posteriores a él han tenido poco o nada en común con el filósofo napolitano.

¿Es posible resolver este problema? Creo que sí, siempre y cuando se deje de considerar a la historiografía una producción indivi-

dual y aislada de la historia, es decir, cuando se establezcan los nexos entre la historiografía y el resto de la evolución histórica y cuando se definan las relaciones de los historiadores entre sí y las de ellos con los otros intelectuales.

Ahora bien, cambiar el panorama de la historiografía no se puede hacer de un plumazo ni por voluntad individual. Es necesario emprender estudios parciales que vayan rompiendo los moldes actuales de investigación al tiempo que muestren lo que se puede hacer. Aunque tiene como tema la historiografía antigua, es ése el caso del artículo "Los 55

historiadores del mundo clásico y su público: algunas indicaciones". Como se ha dicho en la sección anterior, este artículo fue hecho por Arnaldo Momigliano, tal vez el historiógrafo más importante después de Fueter. La obra sirvió como presentación y marco de referencia de un seminario que se dio en la Universidad de Chicago. Aunque no tengo noticia de los frutos del seminario, lo importante aquí son los planteamientos de Momigliano, ya que este historiador postula precisamente el carácter social de los historiadores antiguos y de su obra. Otra manera de contribuir a replantear la investigación historiográfica puede ser el estudio del modo en que los historiadores han visto un periodo dado de la historia. Un ejemplo magistral de este punto de partida es *La investigación en la Unión Soviética y la historia económica y social del mundo helenístico y romano* de Mouza Raskolnikoff. La naturaleza de la obra está perfectamente definida por su título.

Es obvio que si nosotros tratamos de incidir en estos desarrollos debemos partir de nuestras posibilidades. En primer lugar, debemos tomar en cuenta lo que ya tenemos: el conocimiento de una serie de autores y obras individuales. Para empezar a explorar las nuevas posibilidades antes discutidas propongo analizar una serie de obras de historia centradas todas en un periodo: la antigüedad clásica. Tal análisis se enfocaría en su método. A continuación paso a explicar mi propuesta.

Prefiero el análisis de obras de historia porque son la base misma de la historiografía.

Obras filosóficas como la de Vico o Hegel, o como la de Marx y Engels, quienes aspiraban a romper las divisiones entre las distintas ciencias sociales, han sin duda modificado o modelado la obra de los historiadores, pero es ésta la que expresa la visión propiamente histórica de una época, una sociedad, una clase, etc. Naturalmente, sería una grosera ilusión pensar que todos los ingleses de fines del siglo XVIII compartían las opiniones de Gibbon sobre el fin del mundo antiguo, pero ciertamente la obra de este autor contribuyó a conformar la visión de la historia de su tiempo más que la filosofía de la historia de sus contemporáneos Herder y Kant.

Me parece que vale la pena ocuparse de la antigüedad clásica, además de por una serie de razones subjetivas obvias que no tiene caso plantear, porque a partir del Renacimiento este periodo histórico ha asumido un lugar privilegiado que la ha convertido en una especie de edad de oro que, por esa misma razón, ha atraído la atención de un gran número de historiadores de primera magnitud, cosa que la convierte a su vez en un tema ideal para el análisis que propongo. En todo caso, hay que advertir que, dado que se trata de una primera aproximación, es conveniente limitarse a los grandes temas y a los historiadores que más han cambiado el desarrollo del estudio de esta época histórica. Reconozco que este enfoque se aleja de tomar en cuenta al historiador típico o la visión histórica más extendida, pero no deja de ser un progreso en relación con estudios más generales y, sobre todo, la calidad de las obras analizadas hace más provechoso el estudio; no sin razón observaba Momigliano que uno de los mejores métodos para el desarrollo profesional del historiador es la lectura de las grandes obras históricas.

56

Finalmente, ¿por qué el método? No soy ni aspiro a ser un metodólogo. De hecho, no creo que sea aconsejable, y ni siquiera posible en última instancia, estudiar el método aislado de la obra histórica.

Las obras y los cursos de método no son, bien mirados, sino esquemas o esqueletos o un repertorio de recetas, pero, para seguir con la analogía, así como la buena cocinera no es la que aplica las recetas sino la que las inventa, el buen historiador no es el que aplica mejor los métodos sino el que sirve de paradigma para ellos. Entonces pues, ¿por qué el método? Simplemente, porque me parece que lo más provechoso para un estudio como el que propongo es concentrarse no tanto en la narración de las obras puestas a consideración, sino en la explicación histórica que ellas proponen. El conocimiento de los hechos históricos de la antigüedad no ha cambiado fundamentalmente en los últimos doscientos años (sin querer negar con ello las grandes aportaciones de la epigrafía y la papirología) y ésta es otra de las características del periodo que permite concentrarse mejor en la explicación y que es además un incentivo y una exigencia para la calidad en la investigación: en este campo es mucho más difícil descubrir hechos desconocidos hasta el momento.

Para finalizar, ¿cuál puede ser el provecho de un estudio como el aquí propuesto?

Desde luego no se puede saber de antemano el sentido que las palabras y las ideas que uno trate de transmitir lleguen a adquirir para los demás, pero, en cambio, sí es posible y necesario explicar el propósito que uno aspira a alcanzar al plantear un estudio como éste. Creo que ello ya debe estar claro por lo expuesto hasta ahora. Me parece que es posible empezar a depurar de distorsiones simplificativas a la historiografía, analizando con cierta profundidad una serie de obras que han tratado con gran fruto un tema fundamental para nuestra idea de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

En cuanto a la historiografía, *Historia de la historiografía* de Josefina Vázquez Vera (México, Secretaría de Educación Pública, 1973 y otras ediciones anteriores y posteriores) es una lista de historiadores y sus obras. *Las grandes interpretaciones de la historia* de Luis Suárez (2ª ed., Bilbao, Moretón, 1977) es una exposición un poco más desa-

rrollada y un ejemplo muy claro de cómo los árboles de las grandes interpretaciones no dejan ver el bosque del trabajo cotidiano del historiador. *El nacimiento de la historiografía moderna* de G. Lefèbvre es una buena introducción a su tema (México, Ediciones de Cultura Popular, 1974). La obra fundamental es E. Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie,* 2ª. ed., Munich, 1936 (hay traducción al español: *Historia de la historiografía moderna,* 2 vols., Buenos Aires, 1953). Véase también *Historia e historiadores en el siglo* XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 1942 (hay reimpresiones; ésta es la traducción de la segunda edición en inglés, de 1920).

Sobre la influencia de Vico, véase el capítulo VII, "Tre tappe del vichismo ed una conclusione", en la introducción a las *Opere filosofiche* de G. B. Vico escrita por Nicola Badaloni (Florencia, Sansoni Editore, 1971, pp. XI-LVIII, de las que las pp. LI a LVIII corresponden al capítulo citado).

La obra de M. Raskolnikoff se titula originalmente *La recherche en Union Soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain,* y fue publicada en Estrasburgo en 1975.

Sobre la historiografía de la antigüedad clásica, lo único que conozco en español es la sección "La historia antigua y los historiadores de la antigüedad" de la *Introducción a la historia antigua* de José M. Roldán Hervás (Madrid, Ediciones Istmo, 1975, pp. 29-47). Pueden consultarse también "La historia de la investigación en historia antigua desde el Renacimiento hasta el presente ("Die Geschichte der alt-historischen Forschung von der 57

Renaissance bis zur Gegenwart"), capítulo ii de la *Introducción a la historia antigua* (*Einführung in die alte Geschichte,* 8ª. ed., Munich, Beck, 1979; hay traducción al inglés publicada en Berkeley por la California University Press; el capítulo en cuestión abarca de la p. 7 a la p. 22 de la edición alemana citada). Véase también la sección B del capítulo primero de la *Guide de l'étudiant en histoire ancienne (antiquité classique),* pp. 18-29, 3ª ed., París, Presses Universitaires de France, 1969. Pero la mejor obra sobre este tema es *Von Gibbon zu*

Rostovtzeff. Leben und Werk führender Althistoriker der Neuzeit (*De Gibbon a Rostovtzeff. Vida y obra de los principales historiadores antiguos de la época moderna),* 2ª. ed., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979, 384 páginas, de Karl Christ. De este mismo autor, véase *Neue Profile der alten Geschichte* (*Nuevos perfiles de la historia antigua),* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1990.

Sobre el clasicismo, véase *La tradición clásica* de Gilbert Highet (2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1954, reimpreso), R. R. Bolgar (ed.), *Classical Influences in European Culture 500-1500,* Cambridge, University Press, 1971, y *1500-1700,* Cambridge, University Press, 1976; "Historia de la repercusión de la antigüedad" ("Geschichte des Nachwirkens der Antike") en Johannes Irmscher (ed.), *Introducción a las ciencias de la antigüedad* (*Einleitung in die klassischen Altertumswissenschaften,* Berlín, VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1986), pp. 335-355, y J. Tapia Zúñiga (ed.), *Cultura clásica y cultura mexicana.*

Conferencias, México, UNAM, 1983.

La observación de Momigliano sobre el estudio de grandes obras de historia se encuentra en "Le regole del giuoco nello studio della storia antica" en *Introduzione bibliografica alla storia greca fino a Socrate,* Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1975, pp. 1-12.

58

II. EDWARD GIBBON (1737-1794)

CHRIST EMPIEZA SU OBRA historiográfica por este autor y es tradicional considerarlo el primer historiador moderno de la antigüedad clásica. Es por ello necesario comenzar por una explicación de esto.

Como se recordará, los historiadores clásicos, dada la importancia que se atribuía a la palabra hablada, tendían a concentrarse en los periodos contemporáneos a ellos. Junto a esta tradición surgió pronto la tendencia a hacer compendios y resúmenes que, por su propia naturaleza, podían remontarse tanto como se lo permitieran

las obras que les servían de base. Tal tendencia continuó en la época bizantina.

El renacimiento consistió —entre otras cosas— en una revaloración de la cultura de la antigüedad clásica y también de su historiografía, pero esta nueva apreciación se daba como una visión idealizada que erigía en modelo a las obras griegas y romanas, actitud favorable al desarrollo de la filología e incluso al de la historia contemporánea, pero que en cambio inhibía el estudio de una época que se consideraba que había sido ya tratada de manera paradigmática. Ejemplo de esta nueva visión es el *Discurso sobre la primera década de Tito Livio,* de Nicolás Maquiavelo.

En el siglo XVII se elaboraron grandes obras anticuarias de recopilación de fuentes y datos, pero no cambió la tendencia a considerar la historiografía antigua como un modelo.

Lo que vino a cambiar la situación fue el movimiento ilustrado, no porque produjera un rechazo al clasicismo (de hecho es entonces cuando surge el neoclasicismo), sino porque propició una actitud crítica ante las fuentes que hizo necesaria la elaboración de obras históricas que respondieran a las nuevas exigencias intelectuales.

Ahora bien, ¿por qué la obra fundadora de la historiografía moderna de la antigüedad clásica versa precisamente sobre la decadencia y caída del Imperio romano? Para responder hay que tomar en cuenta la perspectiva histórica de los ilustrados. Hasta la revolución industrial, que entonces empezaba, nunca había existido en Europa una civilización tan desarrollada ni un Estado tan poderoso como el romano; además, como expresa Voltaire en su introducción a *El siglo de Luis XIV,* los ilustrados tendían a equiparar el progreso de la cultura con el imperio de la razón y veían a la historia como una sucesión alternada de cultura y de barbarie. De hecho, Voltaire mismo, en el lugar citado, considera periodos de cultura al "siglo de Luis XIV" y a la época de los Antoninos 59

(sc. Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio y Cómodo: 98-212 d. C.).

Que ésta no era una visión exclusiva suya lo prueba el hecho de que ante el problema de explicar la transición de este periodo de cultura (la romana) al subsiguiente de barbarie (la Edad Media), Montesquieu escribió sus *Consideraciones sobre la grandeza de los romanos y sobre su decadencia* (1734) que, incidentalmente, no se puede considerar obra histórica puesto que se trata más bien de reflexiones filosóficas. Pera recapitular, la idea ilustrada del progreso cultural hacía necesario explicar cómo cayó una sociedad gobernada por la razón para ser sustituida por otra inferior, puesto que era gobernada por la superstición.

Dadas las precedentes consideraciones generales, no debe extrañarnos cómo describe Gibbon la manera en que concibió escribir su *Decadencia y caída del Imperio romano* (*Memoirs,* 16):

Fue en Roma el 15 de octubre de 1764 cuando meditaba sentado entre las ruinas del Capitolio, mientras unos frailes descalzos cantaban vísperas en el templo de Júpiter, que la idea de escribir sobre la decadencia y caída de la ciudad entró en mi mente por vez primera.

La imagen no podría ser más clara: en las ruinas del centro del poder más grande hasta entonces conocido, sus indignos herederos celebraban sus propios ritos.

De hecho, el ascenso del cristianismo ocupa un lugar privilegiado entre las causas de la caída de Roma, y en la digresión sin duda más importante de la obra titulada

"Observaciones generales sobre la caída del Imperio romano en el Occidente" (IV. 103-112). En efecto, en este pasaje Gibbon empieza por observar que "la decadencia de Roma fue el efecto natural e inevitable de una grandeza inmoderada", y ya más concretamente argumenta que la división del poder gubernamental entre Occidente y Oriente deterioró la fuerza y fomentó los vicios de un reino "doble". A continuación considera el papel del cristianismo en ese proceso (106):

Puesto que la felicidad en una vida futura es el gran objeto de la religión, podemos escuchar sin sorpresa ni escándalo que la intro-

ducción, o por lo menos el mal uso del cristianismo, tuvo alguna influencia sobre la decadencia y caída del Imperio romano. El clero predicó con éxito las doctrinas de paciencia y pusilanimidad; las virtudes activas de la sociedad fueron desalentadas; y los últimos restos del espíritu militar fueron enterrados en el claustro: una gran porción de riqueza pública y privada fue consagrada a las demandas especiosas de la caridad y la devoción; y la paga de los soldados fue prodigada en las multitudes inútiles de ambos sexos que sólo podían alegar en su descargo los méritos de la abstinencia y la castidad.

Antes de analizar el contenido de este pasaje quisiera hacer una consideración sobre el estilo en que está hecho. Bien visto, se trata de una acusación directa y enérgica al cristianismo, pero la *forma* en que está hecha es irreprochable puesto que ningún cristiano puede negar que es más importante la vida futura que la presente, que la paciencia y la pusilanimidad corresponden más cabalmente a su visión del mundo que el ardor y la valentía, que es mejor gastar dinero en obras de caridad y devoción que en empresas militares. Además, el autor concede la posibilidad de que todo esto puede no 60

ser más que un exceso o un abuso del cristianismo, o sea que no la considera una actitud inevitable, y califica este factor como "alguna influencia". Estas características no podían hacer de esta obra más que una bomba ideológica, y no debe sorprendernos que la Inquisición rápidamente la incluyera en su Índice.

Pasando a la explicación histórica propiamente dicha, vemos que ella se puede dividir en dos vertientes: la religión cristiana entra como factor de decadencia, pero no en sí misma ni directamente, sino por sus efectos disolventes en la práctica, ya que su introducción tuvo como consecuencia, por una parte, que los jóvenes en vez de soldados se hicieran monjes y que posibles madres se volvieran monjas; por la otra, que la economía, en lugar de alimentar la reproducción y la protección de la sociedad, se volcara a la manutención de esa gente. La actitud de Gibbon es una que ha tenido un papel muy importante también en la historia de México desde que se decretó la

consolidación de vales reales en 1804; me refiero a la ideología secularizadora, implícitamente defendida por Gibbon en 1788 (fecha de la publicación de este volumen), punta de toque en la disputa entre conservadores y liberales mexicanos de 1804 a 1867 y nuevamente de 1917 a 1929. Ésta es pues una preocupación y una idea que de ninguna manera es privativa de Gibbon, sino que ha estado en la base del pensamiento ilustrado primero y del positivista después. No cabe duda que esto constituye una de las causas principales del interés y de la importancia de esta obra.

Una vez definido el papel fundamental que la religión cristiana tiene en la explicación que Gibbon hace de la decadencia y caída de Roma, es conveniente concentrar el análisis en los dos capítulos consagrados a explicar el triunfo del cristianismo y su persecución: el XV (I. 430-500, publicado originalmente en 1776) y el XVI (II. 1-69, publicado originalmente en 1781). Hay que advertir que la importancia de ambos capítulos fue notada desde su aparición y que ya en 1788 fueron publicados por aparte en traducción alemana (en Hamburgo).

La obra de Gibbon es fundamentalmente narrativa y la narración versa principalmente sobre política. Hay sin embargo capítulos que interrumpen el flujo del relato para tratar algún aspecto importante que nosotros llamaríamos estructural. Éste es el caso de los capítulos en cuestión, insertados entre la muerte de Diocleciano y la fundación de Constantinopla.

El título del capítulo XV es "El progreso de la religión cristiana: sentimientos, costumbres, números y condiciones de los cristianos primitivos".

Lo primero que hace Gibbon es explicar la razón de ser del capítulo (430): Una investigación sincera pero racional del progreso y el establecimiento del cristianismo puede considerarse una parte muy esencial de la historia del Imperio romano. Mientras ese gran cuerpo era invadido por la violencia abierta, o socavado por una decadencia lenta, una religión pura y humilde se insinuó poco a poco en

las mentes de los hombres, creció en el silencio y la oscuridad, sacó nuevo vigor de la oposición y finalmente erigió la insignia triunfante de la cruz sobre las ruinas del Capitolio.

61

De nuevo aparece la poderosa imagen de los símbolos cristianos que se yerguen sobre las ruinas romanas, otra vez se ve, ahora expresamente, la atribución de un papel fundamental a la razón por encima de la fe y ahora se percibe que la religión ya no es sólo un factor que tuvo "alguna influencia" en la decadencia de Roma, sino "una parte muy esencial de su [...] historia [...]" Todo esto lleva a una declaración muy enérgica y clara que contrasta, por una parte, la violencia abierta y la decadencia ínsita y, por la otra, cómo la pureza y la humildad cristiana van penetrando poco a poco en las mentes de los romanos. Gibbon nunca dice que el imperio se arruinó porque el cristianismo triunfó, pero todo lo que dice en este pasaje transmite esta idea.

No menos importantes son los dos párrafos siguientes que se refieren a las fuentes, el primero, y a las causas del progreso del cristianismo, el segundo.

Vale la pena citarlos *in extenso* para analizarlos:

Esta investigación, no obstante su utilidad o interés, está acompañada de dos dificultades peculiares. Los materiales escasos y sospechosos de la historia eclesiástica rara vez nos permiten disipar la nube oscura que pende sobre la primera edad de la Iglesia. La gran ley de la imparcialidad nos obliga con demasiada frecuencia a revelar las imperfecciones de los maestros no inspirados y creyentes en el *Evangelio* y a un observador descuidado le puede parecer que sus faltas arrojan una sombra sobre la fe que profesaban. Pero el escándalo del cristiano devoto y el triunfo falaz del infiel cesarían tan pronto como recordaran no tan sólo por quién, sino igualmente a quién fue dada la revelación divina.

Esta observación de método va más allá de la crítica textual y testimonial de la *Biblia* preconizada ya por la Reforma. Parte de un su-

puesto que, como Gibbon mismo dice, no necesariamente mina la fe en la revelación cristiana, y es el hecho de que los historiadores eclesiásticos de la antigüedad eran, en tanto humanos, imperfectos y faltos de inspiración. La consecuencia es inevitable:

El teólogo puede permitirse la agradable tarea de descubrir a la Religión tal y como salió del Cielo, adornada por su pureza nativa. Un deber más melancólico se impone al historiador. Él tiene que descubrir la mezcla inevitable de error y corrupción que ella contrajo en una larga residencia sobre la tierra, entre una raza de seres débiles y degenerados.

Aquí se puede notar el sarcasmo que caracteriza la obra de Gibbon. Volviendo a los argumentos de nuestro autor, en consecuencia con la diferenciación que hace entre los estudios de un teólogo y los de un historiador, la enunciación de las causas es como sigue (p. 431):

Nuestra curiosidad es impulsada naturalmente a investigar por qué medios la fe cristiana obtuvo una victoria tan notable sobre las religiones establecidas de la tierra. A esta pregunta se puede dar una respuesta obvia, pero insatisfactoria: que fue debido a la evidencia convincente de la doctrina misma y a la providencia gobernante de su gran autor. Pero dado que la razón y la verdad rara vez encuentran una recepción tan favorable en el mundo, y puesto que la sabiduría de la Providencia frecuentemente condesciende a usar las pasiones del corazón humano y las circunstancias generales de la humanidad para ejecutar su propósito, se 62

nos debe de todos modos permitir, aunque con la sumisión conveniente, preguntar ciertamente cuáles fueron las causas primarias y cuáles las secundarias del rápido crecimiento de la Iglesia cristiana.

Se nota de nuevo la habilidad polémica de Gibbon para hacer los planteamientos más atrevidos de la manera más hábil y más irreprochable posible. Como se ve, este historiador principia por reconocer la verdad y la razón del cristianismo y en ningún momento pone en duda que ésta fue la causa más importante de su crecimiento, nin-

gún cristiano puede negar que la razón le asiste cuando afirma, en una aparente paradoja, que esa verdad y esa razón no son las que generalmente triunfan en la historia, o sea, insinúa que éstas no pueden haber sido razones suficientes para el triunfo del cristianismo.

Tampoco el cristianismo niega el libre albedrío del hombre ni sus imperfecciones. Una vez superado este obstáculo, Gibbon propone cinco causas secundarias del ascenso del cristianismo:

1. "El celo inflexible y, si podemos usar la expresión, intolerante de los cristianos."

2. "La doctrina de una vida futura."

3. "Los poderes milagrosos atribuidos a la Iglesia primitiva."

4. "La moral pura y austera de los cristianos."

5. "La unión y disciplina de la república cristiana."

Las restantes 69 páginas del capítulo están consagradas a exponer estos factores.

Gibbon termina reconociendo la insignificancia de los cristianos convertidos antes del reinado de Constantino y afirma (p. 497): "En lugar de emplear en nuestra defensa las ficciones de épocas posteriores, será más prudente convertir la ocasión de escándalo en tema de edificación" y entonces enumera a todos los filósofos y hombres de letras famosos por sus virtudes y notorios por su curiosidad y precisión que, sin embargo, nunca mencionaron ni tomaron en cuenta la doctrina cristiana.

Las limitaciones de espacio y de tiempo me obligan a hacer sólo un examen somero del capítulo XVI, cuyo título es "La conducta del gobierno romano hacia los romanos desde el reinado de Nerón hasta el de Constantino".

Una de las principales reivindicaciones de los ilustrados era la tolerancia. Gran parte de sus argumentos y de sus combates intelectuales iban dirigidos en contra del dogmatismo de la Iglesia católica y, sobre todo, en contra de las consecuencias prácticas

—la persecución— de esa actitud espiritual.

La persecución de los cristianos por parte de un gobierno considerado racional, como lo era el Imperio romano, constituía pues un problema.

Gibbon lo enfrenta de tres maneras.

En primer lugar, lo explica por la posición social e ideológica de los cristianos, quienes se negaban a rendir culto al emperador aunque no conformaban una minoría nacional como los judíos.

En segundo lugar, trata de discernir la verdadera dimensión de la persecución (esporádica, ineficaz, local) e incluso de minimizarla.

63

Finalmente, explica el punto de vista del gobierno romano, o sea, cómo desde su propio punto de vista, los gobernantes romanos eran tolerantes, ya que el ofrecer sacrificios al emperador o renegar de la fe cristiana, que a un pagano no podía menos que parecerle natural, para un cristiano, en cambio, significaba poner en peligro su vida eterna.

El surgimiento del cristianismo es un aspecto fundamental en la obra de Gibbon, pero no es el único. Las ya mencionadas limitaciones me han constreñido a ocuparme de éste con exclusión de los otros. En todo caso, esto permite observar cómo incidió el cristianismo en la explicación de la caída del Imperio (apoderándose de las conciencias), de qué manera explica nuestro autor el crecimiento de esta religión (nótese que su génesis, tema demasiado escabroso, no forma parte del relato) y cómo presenta la persecución de los cristianos. He tratado, aunque sea superficialmente, el modo en que ideas tan audaces son presentadas y desarrolladas.

Para terminar, sólo quiero recordar que la *Decadencia y caída del Imperio romano* no es una obra que aporte datos nuevos, toda ella está basada en fuentes por todos conocidas en aquella época y que habían sido enlistadas y editadas por los humanistas del siglo XVI y los anticuarios del XVII.

Lo que distingue la obra de Gibbon es la actitud del autor. Él ya no se contenta con editar, traducir o comentar a los autores anti-

guos ni tampoco se limita a averiguar qué fue lo que ocurrió. Su preocupación fundamental consiste en plantearse un problema acucioso para su tiempo —cómo es posible que se haya pasado de la civilización a la barbarie— y tratar de resolverlo valiéndose de ideas que en esa época predominaban: el papel nefasto de la religión.

Cabe hacer notar que, convertido al catolicismo en su juventud, Gibbon había tenido que dejar la Universidad de Oxford, de donde pasó a Lausana a continuar sus estudios bajo tutores particulares y siguiendo el azar de sus intereses cambiantes y que, en consecuencia, a su aparición, la obra que nos ocupa distaba de ser académica y en cambio tuvo una gran aceptación, como consecuencia de las características apenas mencionadas.

No parece necesario probar que las preocupaciones de Gibbon siguen vigentes. Baste para ello tomar en cuenta toda la propaganda del gobierno que actualmente padecemos y que se obstina en hablar de modernización como si ella pudiera ser un fin en sí mismo, claro y deseable para todos, además. Por otra parte, es conveniente recordar que no todos los materialistas son jacobinos o mecanicistas, sino que hay quienes aspiran a una visión estructural y dialéctica y siguen pensando que la religión es una forma de enajenación por más que en determinadas circunstancias históricas o geográficas pueda convertirse en un medio de liberación.

Todo esto sugiere que precisamente porque expresa con tanta fidelidad su propio tiempo, Gibbon es también un historiador para el nuestro.

BIBLIOGRAFÍA

64

Sobre la historiografía bizantina: L. Brehier, *Le monde byzantin. La civilization byzantine,* París, Editions Albin Michel, 1950, pp. 296-306 (traducción al español publicada en México por UTEHA).

Sobre la cultura del Renacimiento, ver P. O. Kristeller, *Renaissance Thought. The Classic, Scholastic and Humanist Strains,* Nueva York, Harper and Row Publishers, 1961.

Sobre la historiografía a partir del Renacimiento, consúltese la ya citada obra de Fueter. *El discurso sobre la primera década de Tito Livio,* de Maquiavelo, fue incluido en las *Obras políticas* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971). Una traducción al español de *El siglo de Luis XIV* fue publicada en México por el Fondo de Cultura Económica (1978). Su introducción está incluida en *El pensamiento histórico: ayer y hoy* (3

vols., México, UNAM, 1991, II, pp. 87-90). Las "Consideraciones sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence" pueden ser consultadas en las *Oeuvres complètes* de Montesquieu, 2 vols., París, Gallimard, 1949-1951, pp. 69-209.

Acerca de la visión histórica de la ilustración: E. Cassirer, *El pensamiento de la ilustración,* México, Fondo de Cultura Económica, 1972. El pasaje citado sobre la génesis de la obra de Gibbon se encuentra en sus diarios.

Sobre las memorias de este autor, *cf.* B. Radice, "Editor 's introduction" a E. Gibbon, *Memoirs of My Life,* Harmondsworth, Penguin Books, 1984, pp. 9-27. La *Decline and Fall of the Roman Empire* fue publicada en Londres de 1776 a 1788 (seis volúmenes). Ahora se puede consultar en una edición de Dent (Londres, 1910, numerosas reimpresiones). Hay traducción al español.

La decadencia y caída del Imperio romano ha sido tratada recientemente por Perry Anderson, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo* (México, Siglo XXI Editores, 1979: *Passages from Antiquity to Feudalism,* Londres, New Left Books, 1974).

Sobre el ascenso del cristianismo: M. Chadwick, *The Early Church,* Harmondsworth, Penguin Books, 1967

(numerosas reimpresiones) y M. Eliade, *Historia de las creencias y las ideas religiosas,* Madrid, Ediciones Cristiandad, 1978, II, pp. 323-402 (la edición original en francés fue publicada a partir de 1976 en París, por Payot).

La literatura cristiana primitiva es tratada por M. Simonetti, *Letteratura cristiana antica greca e latina,* Florencia, G. C. Sansoni, 1969.

Sobre la persecución de Roma contra los cristianos: G. E. M. de Ste. Croix, "¿Por qué fueron perseguidos los primeros cristianos? Una réplica", en M. I. Finley (ed.), *Estudios sobre historia antigua,* Madrid, Akal Editor, 1981, pp. 233-273 (la edición original es de 1974).

65

III. JOHANN GUSTAV DROYSEN

(1808-1884)

DROYSEN, aunque poco conocido, fue indudablemente uno de los historiadores más importantes e influyentes del siglo pasado.

En el tratamiento de su obra polemizaré con el libro *"Helenismo". Historia y problemática de un concepto de época* (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1983) de Reinhold Bichler.

Pero antes de entrar en materia debo presentar algunos datos.

Droysen publicó su obra sobre la época helenística en dos ediciones. Por primera vez, cuando él tenía 25 años, apareció la *Historia de Alejandro Magno* al año siguiente, la *Historia del helenismo. Primera parte. Historia de los sucesores de Alejandro,* y en 1843 la segunda parte, *Historia de la formación del sistema estatal helenístico con un apéndice sobre la fundación de ciudades helenísticas.* La terminación de la obra fue impedida por el nombramiento conferido a Droysen como profesor de historia en la Universidad de Kiel, cosa que lo obligó a dedicarse a la historia moderna. Muchos años después salió una nueva edición de la obra mencionada con algunas correcciones y, más importante aún, una restructuración radical: la historia de Alejandro Magno apareció como *Historia del helenismo, primera parte* (1877), el volumen siguiente se llamó *Historia del helenismo, segunda parte. Historia de los diádocos* (1878) y el restante se convirtió en la *Tercera parte. Historia de los epígonos* (1878).

Como es natural, las ideas de Droysen habían cambiado en los 44 años que mediaron entre una edición y la otra y, en parte, los argumentos de Bichler se basan en esa divergencia. Debo aclarar que no pretendo, ni me es posible, poner en cuestión los datos de Bichler y que mi crítica se ocupa solamente de su interpretación de tales he-

chos, que se refieren a un problema que enfrentan todas las ramas de la historia: la periodización.

En su prólogo a la primera parte de la edición original de la *Historia del helenismo* (1836, 5 *apud* Bichler, 33), Droysen declara su intención de tratar los "notables desarrollos que alcanzaron las conquistas de Alejandro Magno" y que "pueden ser designados con el nombre de helenismo", refiriéndose con ello "a la mezcla de la vida occidental y oriental" ya que éste era el nombre que se usaba en la antigüedad para designar el lenguaje de esos mestizos.

66

Bichler demuestra que la palabra *hellenistés* aparece por primera vez en las *Actas de los apóstoles* (siglo I d. C.) y que designa simplemente a los hablantes del griego, pudiéndose aplicar tanto a los judíos como a gentiles (22-32). En otras palabras, Droysen se equivoca y en la antigüedad no hubo una palabra para designar la mezcla de las culturas oriental y occidental.

Acto seguido, el historiógrafo austriaco prueba que la expresión no fue introducida por Droysen, pues a principios del siglo XVII J. van der Driesche (Drusisus) hablaba ya de un dialecto helenístico; en 1606 Joseph Scaliger (*Animadversiones in chronologia Eusebii,* Leiden) define *hellenistés* como el judío que usaba la *Biblia* griega en la sinagoga (*apud* Bichler, 35); en la generación siguiente, D. Heinse (Heinsius) y C. de Saumaise (Salmasius) discutieron sobre la naturaleza de una *lingua hellenistica,* el *Grand dictionnaire historique* (París, 1674) consignó que los helenistas eran judíos de la diáspora que hablaban griego, y esta definición se hizo corriente en los diccionarios del siglo XVII y aparece en la *Enciclopedia.* Este uso pasó también a la historia, y J. B.

Bossuet (1681) dijo que los judíos de Egipto "se hicieron un griego mezclado de hebraísmos, que se llama la lengua helenística" (*Discours sur l'histoire universelle,* I. 8

apud Bichler, 38). Finalmente, en sus *Explicaciones sobre el Nuevo Testamento por medio de una fuente oriental recién publicada* (1775), J.

G. Herder dijo que las conquistas de Alejandro produjeron una mezcla de ideas griegas y orientales, en la cual el griego se volvió "el ropaje de ideas asiáticas", es decir, "la sabiduría caldea y persa llegó en forma del helenismo a la filosofía platónica, a muchas otras sectas y, finalmente, a la gnosis", formándose un "mar de ideas y lenguas mezcladas" en el que se sumergió el espíritu del propio Cristo. Esta idea es repetida en las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791). En consecuencia, el concepto de helenismo era ya corriente cuando Droysen escribió su obra y lo encontramos usado por B. G. Niebuhr (*Conferencias históricas y filológicas: Historische und philologische Vorträge,* Berlín, 1848-1851; Niebuhr había muerto en 1831).

Todo esto significa algo que no debe sorprender: las ideas y la obra de Droysen se enmarcan en la secuencia de gestación y desarrollo de un concepto. ¿En qué consiste pues la aportación droyseniana?

Recapitulando lo planteado en este capítulo hasta ahora, se puede decir que, en tiempos de Droysen, *helenista* se usaba para designar a los hablantes antiguos del griego y se aplicaba en particular a los judíos, mientras que con *helenismo* se designaba la mezcla de las culturas griega y oriental. Lo que hace Droysen es postular que esa mezcla cultural es el fenómeno fundamental que caracteriza una época que empezó a raíz de las conquistas de Alejandro, aplicarle el nombre de *helenística* y emprender una síntesis histórica sobre ella. Ni más ni menos.

Desde luego, la helenización de los orientales ha sido discutida, el uso de la palabra *helenístico* se ha criticado, pero lo que no es discutible es que la obra y la orientación de Droysen dieron la pauta para esas discusiones, así como a las investigaciones de las que han sido fruto.

67

Sin embargo, en 1925 Richard Laqueur hizo notar que ni siquiera Droysen tenía una idea clara de en qué consistía la helenización,

pues unas veces era representada como la mera extensión de la cultura griega en el Oriente y otras era vista como una mezcla cultural (*apud* Bichler, 59). En consecuencia, Laqueur deploró el uso de la palabra *helenístico*, pero se abstuvo de proponer otra porque "este concepto… se ha convertido entre tanto en una definición casi cronológica" (*Hellenismus. Akademische Rede um Jahresfeier der hessischen Ludwig Universität am 1. Juli 1924,* Giessen, 1925, 5 *apud* Bichler, *ibidem).*

Por su parte, Bichler muestra que, en efecto, Droysen no es consistente en el uso de términos y conceptos, ya que unas veces habla de factores helénicos y otras se refiere a ellos como helenísticos, mientras que en alemán *Hellenismus* es el sustantivo que ha servido para designar tanto al helenismo como a la época helenística.

Todo esto no deja de ser interesante, pero me parece que lo fundamental es discernir en qué sentido se puede decir que las conquistas de Alejandro abren una nueva época y si ella se define por la mezcla cultural, pues son éstos los elementos que permitirán apreciar la obra de Droysen.

Antes de considerar en qué sentido se puede pensar que la historia de Grecia entró en un periodo nuevo en 323 a. C. hay que explicar algunas cosas sobre la periodización.

Es claro que los periodos históricos no están delimitados en la historia en cuanto *rerum gestarum.* No es el caso, por ejemplo, de que a las 0:00 horas del 27 de septiembre de 1821 México se volvió independiente, mientras que la Edad Media no pudo ser tal antes de que se iniciara el Renacimiento y la emparedara entre él y la antigüedad clásica, etc. En otras palabras, la periodización es un juicio que los historiadores hacemos y no difiere cualitativamente de ningún otro juicio. Esto quiere decir, no sobra aclarar, que nunca se encontrará que la historia se delimita sola, sino tan sólo se podrá detectar una armonía (o una discordancia) entre nuestras propuestas de interpretación y los testimonios. Es esta armonía la que hace pertinente una periodización cualquiera.

En consecuencia, lo decisivo en la evaluación de la propuesta de Droysen no es su originalidad ni su coherencia en el uso del vocabulario, como implica Bichler, sino la armonía entre ella y los hechos históricos, y esta armonía redunda obviamente en una mejor comprensión por parte de nosotros, los lectores o sucesores (o epígonos, como él diría) de Droysen. El hecho de que a Bichler ni por asomo se le ocurra intentar un juicio de esta naturaleza no es una muestra de generosidad intelectual ni de grandeza de espíritu.

Ahora bien, para juzgar la periodización de Droysen debe hacerse referencia a la historia y a la manera como la cesura de 323 da forma a los hechos históricos.

Me parece que lo más indicado es remontarse a 404, que es la ruptura anterior más aceptada, sobre todo a partir de la obra de Claude Mossé, *El fin de la democracia ateniense,* publicada en 1962.

Así, 404 corresponde al final de la guerra del Peloponeso, fin que se dio con la derrota de Atenas y el triunfo de Esparta. Este triunfo ocurrió en condiciones muy 68

especiales, ya que fue consecuencia del subsidio persa que permitió a los espartanos construir una flota. Más importante aún, el éxito de Esparta la redujo a agente persa, ya que esta *polis* carecía de posibilidades propias de establecer su hegemonía sobre Grecia y había basado su predominio en el Peloponeso en el mantenimiento conservador del *statu quo.* Debido a ello, el arreglo de 404 que se empezó a romper ese mismo año —con la restauración de la democracia en Atenas—, fue muy inestable y ocasionó, paradójicamente, la decadencia laconia.

El primer momento en que se puede romper este periodo es en 387. Fecha en que Antálcidas, estadista ateniense, firma un tratado de paz directamente con el rey de Persia, rompiendo con el papel de intermediario de Esparta.

Sin embargo, el hecho de que esta *polis* siguiera ejerciendo una hegemonía sobre Grecia, aunque de manera cada vez más precaria, hace que la fijación de una ruptura aquí borre esta continuidad y haga en cambio hincapié en arreglos entre griegos y persas que, como se verá, serían frágiles y de corta vigencia.

Otra coyuntura propicia para fijar una ruptura histórica es 371, año en que los espartanos fueron derrotados en Leuctra por Beocia (bajo el mando de Epaminondas), rompiéndose así definitivamente la primacía espartana en Grecia. Aunque este corte fue favorecido por los historiadores contemporáneos que escribieron antes de las conquistas de Alejandro (*sc.* Jenofonte y Teopompo) no me parece muy conveniente, porque lo que se puede llamar la hegemonía beocia sólo duró nueve años y porque esta derrota, que fue tan importante para Esparta, para Grecia significó sólo la sustitución de una hegemonía débil por otra que lo era un poco menos.

La batalla de Mantinea, en la que terminó el predominio beocio, en 362, dio como resultado la quiebra de todo intento hegemónico y la emergencia de potencias regionales, pero esa situación también duró poco, puesto que Filipo de Macedonia, después de conquistar Grecia septentrional y occidental, derrotó en 338 a una coalición de griegos en Queronea y, mediante la liga de los griegos, con sede en Corinto, impuso muy enérgicamente su propia supremacía. Ahora bien, no tendría sentido fijar un cambio de época en 359, fecha de ascensión al trono por Filipo, porque este hecho tuvo en ese momento una importancia meramente local, mientras que 338 representa el fin, por lo menos por 160 años, de la independencia efectiva de los griegos metropolitanos (en contraposición con los del mundo colonial). Si pusiéramos pues en este momento un cambio de época, estaríamos menospreciando las conquistas de Alejandro y los Estados helenísticos y esto implicaría definir como central un área (Grecia) que, precisamente por la derrota mencionada, empieza a sufrir un proceso de marginación del que ya nunca se recuperaría, así que no parece aconsejable fijar aquí la cesura histórica.

En la segunda edición de su obra, Droysen fijó el principio de la época helenística en 336, cuando Alejandro III Magno subió al trono. Esto implica restar importancia al hecho de que este rey no hizo más que continuar la obra y la tarea fijados ya por su padre y en cambio realza la conquista del Imperio persa como parte de lo que vendría después y no como un antecedente.

69

La primera fecha que Droysen propuso como inicio de la época helenística es 323, y resultó la más popular. Ésta hace énfasis en que el origen de los reinos helenísticos se encuentra en

el problema de la sucesión de Alejandro y separa la conquista de Persia de la historia de los reinos helenísticos.

Otra fecha posible para fijar un cambio de la época podría ser 306, cuando los diádocos adoptaron el título de rey. Tal posición estaría basada en aspectos formales y desestimaría la irrealidad del gobierno de Filipo III Arrideo y Alejandro IV.

También se podría fijar el principio de una nueva época en 279, año de la invasión gala a Grecia y Anatolia, invasión que acabó de definir los reinos (Macedonia, Siria y Egipto) y las dinastías (Antigónidas, Seléucidas y Lágidas) que dominarían el mundo helenístico y que con una división en este momento quedarían resaltados, negligiéndose en cambio los procesos que les dieron origen.

Así, 272 es la última fecha posible para fijar el principio de un periodo y es el año hasta el cual Jerónimo de Cardia llega en sus *Historias.* Fue entonces cuando murió el rey Pirro de Epiro. El problema con esta fecha es que da importancia a un rey muy activo pero cuyas obras no tuvieron efecto, y a una ocasión no memorable: su muerte en Argos en una campaña inútil y sin consecuencias para dominar el Peloponeso.

Como se ha dicho, Droysen dejó inconclusa su obra y es inútil especular hasta cuándo concebía él que duró la época helenística. En todo caso, es un hecho que la interacción entre la cultura griega y la oriental se siguió dando por más de mil años, pero un cambio fundamental fue la desaparición de los reinos helenísticos, que implicó a su vez el desplazamiento de los griegos como clase o casta dominante.

Para recapitular, se puede decir que 323 es el límite que considera un hecho decisivo la génesis de los estados helenísticos y que toma en cuenta el desplazamiento de Grecia, mientras otros límites son expresión de puntos de vista distintos, que

pueden ser mejores o peores. Para aclarar esto, hay que considerar ahora en qué consistió esa mezcla de culturas.

Apenas parece necesario hacer notar que la historia del intercambio cultural entre Grecia y el Oriente se remonta al origen de la cultura griega misma (*ca.* 1000 a. C.) y tiene antecedentes a partir del neolítico. ¿Cómo se puede diferenciar esa interacción en función de la idea de una época helenística?

Como se ha recordado, en el siglo IV se perdió lo alcanzado en las guerras médicas, y aunque Grecia como tal no fue sometida al pago de tributos a los persas ni convertida en una satrapía, Persia encontró mecanismos (pago de subsidios, tratados) para controlar las *póleis* de la Grecia metropolitana. El ascenso de Macedonia, su sometimiento de Grecia sustrayéndola de la esfera del poder persa y, sobre todo, la guerra contra Persia, resultaron ser un fenómeno de transición hacia la nueva relación, transición que consistió en la destrucción del Imperio persa, la aniquilación de sus gobernantes y la formación de un nuevo imperio que se dividió casi inmediatamente después de haber sido fundado. A raíz de esto surgen estados que preservan solamente los niveles más bajos de la burocracia anterior (con excepción de los sacerdotes) pero que en sus esferas más altas se caracterizan por el control exclusivo de griegos y macedonios. Aunque una visión 70

eurocéntrica y colonialista se impuso en la visión de la helenización, a partir del fin de la segunda Guerra Mundial (y su germen se nota ya en Droysen), se ha aclarado que las culturas orientales siguieron vivas y sobrevivieron la helenización, que la estructura económica y social de aquellas sociedades no se alteró fundamentalmente, pues los griegos y macedonios constituían tan sólo un enclave, que la "fundación" de *póleis* constituyó en la mayoría de los casos una reorganización administra-

tiva y que las relaciones de producción esclavistas, que eran la base económica de las *póleis* metropolitanas, nunca estuvieron en posibilidad de sustituir a las asiáticas (en el sentido marxista). También se ha esclarecido que la política cultural de los reyes helenísticos no tuvo repercusiones en las masas asiáticas. Sin embargo, habiendo aceptado todo esto, se debe reconocer, por otra parte, que la existencia de los estados helenísticos cambió radicalmente las relaciones entre la nueva élite grecomacedonia y los súbditos asiáticos.

Se debe recordar también que la fundación del museo de Alejandría permitió la edición de toda la literatura griega escrita hasta entonces, empresa cuyos efectos se sienten aún ahora (por ejemplo, la división de las *Historias* de Heródoto en nueve libros es uno de ellos) y fomentó el desarrollo de una nueva corriente poética, la poesía alejandrina, a la que pertenecieron, entre otros, Calímaco, Apolonio de Rodas y Teofrasto, y cuyos efectos en la poesía lírica y bucólica aún persisten. Además hay que tomar en cuenta que entre los conquistados surgieron movimientos culturales que tendían a la asimilación de aspectos de la cultura de la nueva élite y de los que hay ejemplos como el de Manetón entre los egipcios, Beroso entre los babilonios y la traducción al griego de la *Biblia,* llamada de los setenta o *Septuaginta* y hecha por judíos alejandrinos.

Pero me parece que lo fundamental es lo que pensaba el propio Droysen: que el cristianismo no se puede explicar sin una época helenística. Claro que se puede objetar que Cristo, si existió, predicó más de cincuenta años después de que el último reino helenístico había sido incorporado al Imperio romano, y que el cristianismo sólo se empezó a convertir en una religión con características propias más de treinta años después de la muerte de Jesús, si es que murió en la cuarta década del siglo I.

También se podría alegar que esta religión no fue más que un fenómeno marginal antes del edicto de tolerancia de Constantino, a principios del siglo IV, casi cuatrocientos años después del suicidio de Cleopatra. A todas estas objeciones se podría responder con la simple consideración de que precisamente a partir de ese momento el cristianismo se convirtió en uno de los elementos definitorios de la cultura europea y, a partir de su expansión, de la cultura mundial, y que es precisamente esto lo que ha propiciado el éxito de este concepto de época.

Ahora bien, para aquilatar el mérito y la calidad del esfuerzo droyseniano, es conveniente analizar la manera en que, en términos muy generales, fue concebida esta época a partir del momento en que ocurrió, es decir, desde la muerte de Alejandro.

Hay que advertir, sin embargo, que como en tantos otros casos, la conveniencia intelectual de determinada tarea no siempre va aparejada con la posibilidad de su realización y pocos temas historiográficos son tan difíciles como el periodo helenístico ya que, como se recordará, de su crecida producción historiográfica sólo nos quedan cinco 71

libros completos y fragmentos entresacados de citas de la época del Imperio romano o del bizantino.

Pero no hay que dejarse arredrar por esta dificultad, sino congratularse de que a mediados de este siglo Felix Jacoby emprendiera la labor hercúlea de recopilar, editar y comentar la mayor parte de estos miserables restos de lo que fue grandioso monumento.

Los primeros historiadores que se ocuparon de lo que para nosotros es la época helenística fueron Jerónimo de Cardia y Duris de Samos. Aunque Droysen propuso que la obra de aquél fue una reacción a la de éste, en realidad no se sabe cuál fue hecha primero. En todo caso, la comparación entre ambas obras

es muy reveladora. Al parecer, Duris de Samos (que murió después de 281) escribió una obra que se llamó *Historias* o *Historias macedónicas,* que abarcaban de 370 a 280. La diferencia en el título no es fundamental, ya que, por el contenido de los fragmentos, es claro que se ocupaba no sólo de Macedonia sino también de Grecia y de las regiones conquistadas por Filipo y Alejandro. Sin embargo, como señala Jacoby, esto sugiere que la obra estaba enfocada a este reino en su periodo de mayor desarrollo. Muy significativo es el hecho (T 5) de que la obra comenzara con la muerte de Amintas, padre de Filipo, ya que Jenofonte y Anaxímenes de Lámpsaco habían hecho llegar sus propias *Helénicas* (título también significativo) a la batalla de Mantinea en 371, hecho que marcó el fin de la hegemonía que Esparta había adquirido al derrotar a Atenas en la guerra del Peloponeso y que dio lugar a una hegemonía tebana de nueve años. Al hacer resaltar la muerte de Amintas, un suceso marginal entonces, y al menospreciar los asuntos de Grecia a favor de los de Macedonia, Duris estaba reinterpretando la historia. Jacoby supone que el libro IX (de los tal vez 26) de las *Historias* de Duris terminaba con la muerte de Alejandro, pero, como él mismo advierte (FGrHis II C, p. 117): "La estructura de las *Historias* no se puede fijar con seguridad debido a la escasez de los fragmentos con la indicación del número del libro… del que provienen".

Sea de ello lo que fuere, el fragmento 55 indica que la obra de Duris incluía la guerra entre Lisímaco y Seleuco que resultó en la muerte de aquél en 281, cosa que significó, estrictamente, el fin del periodo de los sucesores o diádocos. Lo importante aquí es el hecho de que Duris no ve una ruptura en 323, sino que más bien periodiza por hegemonías (espartana-macedonia) y llega hasta el último sucesor, tomando como tema central el desarrollo de Macedonia.

Jerónimo de Cardia (360-256) presenta un panorama distinto. Su obra se tituló *Historias, Historias de los diádocos* o *Historias de los epígonos* y, según Jacoby, abarcó de 323 a 272. Este mismo estudioso dijo que Jerónimo fue "un hombre cuya significación está en proporción inversa a nuestro conocimiento sobre él".

Para entender lo que Jacoby quería decir basta con mencionar que de su obra se conservan sólo 19 fragmentos, uno de ellos dudoso.

Para pasar a lo que aquí interesa, hay que decir que no se conserva indicio objetivo alguno que indique cuándo empezaban las historias de Jerónimo, pero no se puede concebir otra fecha que la de la muerte de Alejandro.

72

En cuanto al título, es imposible que éste fuera *Historia de los epígonos,* puesto que por epígono sólo se puede entender "los que han nacido posteriormente" y estos epígonos son tales en relación con los sucesores directos de Alejandro, los diádocos.

Como se ha dicho, este título es imposible porque se sabe (F 15) que la obra abarcaba hasta la muerte de Pirro en 272, cuando la época de los epígonos apenas comenzaba (terminó hacia 220). El título *Historias de los diádocos* es casi tan probable como *Historias* porque puede simplemente tratarse no de una referencia precisa al título, sino al contenido de la obra.

Por lo que llevo dicho sobre Jerónimo, debe ser claro que él fue el primero en concebir una cesura histórica a la muerte de Alejandro, cosa que muy probablemente se debe a su experiencia personal, ya que mientras Duris fue tirano de su isla y, como tal, no experimentó grandemente los efectos de las conquistas y de la muerte de Alejandro, Jerónimo fue secretario de hombres íntimamente ligados a las guerras que tanto conformaron el carácter de esta época: primero, de Eumenes de Cardia, sátrapa

de Capadocia a la muerte de Alejandro, y luego de Antígono Monoftalmo y Demetrio Poliorcetes.

A la siguiente generación perteneció Filarco, quien escribió unas *Historias* en 28

libros que abarcaban el periodo de los epígonos, es decir, de la muerte de Pirro a la de Cleómenes (219). Esto indica que aunque se le ha ligado a Duris, al menos por su elección del principio de la obra, él se concebía como continuador de Jerónimo, consagrando así la división de 323.

Esta visión se consolidó en las dos generaciones siguientes, pues Polibio, aunque no lo reconoce, continúa la obra de Filarco y lleva sus *Historias* hasta 145, mientras que Posidonio escribió unas *Historias después de Polibio* que abarcaban tal vez hasta tiempos de Sila.

Al parecer es a partir de Posidonio cuando, rotas las bases del mundo helenístico con la anexión de Macedonia, "Asia", Capadocia y Siria al Imperio romano, y cuando sólo quedaban Egipto y reinos helenísticos menores (como el de Ponto), se rompe también la tradición histórica helenística.

Ya antes había surgido la historiografía romana, pero ella se basaba en una concepción romanocéntrica y, en consecuencia, toda la historia extrarromana era considerada sólo en cuanto tenía algo que ver con la historia de Roma, así que no se le presentaba el problema de periodizar otras historias. Esta visión, que se acabó por imponer, está en la base del eclipse de la época helenística como tema historiográfico.

Por otra parte, en la segunda mitad del siglo I a. C., la última generación helenística, se encuentran obras consagradas a algún personaje histórico, como la de Teófanes de Mitilene sobre Pompeyo, o a una *polis,* como la de Memnón de Heraclea sobre la suya y finalmente grandes síntesis, como las de Timágenes de

Alejandría, Diodoro Sículo y Nicolás de Damasco. Es claro que estas últimas obras debían incluir e interpretar la época helenística, cosa que hace necesario tomarlas en cuenta para entender cómo cambió la visión de esta época. Por desgracia, esto sólo se puede hacer con la *Biblioteca histórica* de Diodoro, pues las otras dos obras se han perdido.

73

Antes de proceder al análisis es, sin embargo, aconsejable recordar que estas síntesis no eran consideradas obras propiamente históricas por los antiguos. Tal actitud se basaba en que no estaban hechas con base en testimonios orales sometidos a la crítica, sino que se trataba precisamente de resúmenes de varias obras, resúmenes que además eran hechos, si no acríticamente, ciertamente sin pretensión hermenéutica alguna; se trataba más que nada de resumir y, mediante ello, facilitar la transmisión de la información histórica.

La obra de Diodoro comprendía cuarenta libros; empezaba con la historia de Egipto y terminaba hacia el año 60 a. C. Se trataba de una historia universal que ha moldeado la visión de esta historia, ya que luego de tratar el Cercano Oriente (I-III) se ocupaba de Grecia (IV-XXVII) y finalmente de ésta y de Roma (XXVIII-XL).

Es importante hacer notar que Diodoro termina el libro XVII con la muerte de Alejandro y empieza el XVIII con los diádocos (en su obra se encuentra la primera mención de ellos con ese nombre: XVIII. 42). Este corte implica también la concepción de un corte histórico. Para determinar cómo lo concebía Diodoro se puede recurrir a la introducción del libro XVII (1.2), donde Diodoro declara:

El libro anterior, que es el decimosexto del tratado completo, tuvo principio en el reinado de Filipo, hijo de Amintas. En él se

incluyeron cuantas cosas ocurrieron, tanto todas las de Filipo hasta su muerte, como las de los otros reyes, pueblos y *póleis* en los tiempos de este reinado, que fueron veinticuatro años. En éste, al contar los hechos sucesivos, comenzaremos por el reinado de Alejandro e, incluyendo los hechos de este rey hasta su muerte, contaremos también los sucesos simultáneos en las partes conocidas del mundo habitado.

Pues así, más que nada, suponemos que los hechos se vuelven memorables: puestos por materia y con los principios y el final continuos.

El pasaje citado implica que Diodoro está organizando su narración en torno a los hechos macedonios, completándolos con los de otros reinos, pueblos y *póleis* y dividiéndolos por reinado. Ésta es la causa de la separación de la materia entre los libros XVII y XVIII, aquél dedicado a Alejandro y éste concentrado en los diádocos por detentar ellos efectivamente el poder. En otras palabras, la época helenística no es concebida como tal y a la muerte de Alejandro se le atribuye tanta importancia como a la de Filipo.

Al imperio de Augusto corresponde una figura curiosa: Pompeyo Trogo, un galo que escribió las *Historias filípicas,* obra que por su mismo título se diferencia de las historias romanas a las que Trogo tenía sin duda más fácil acceso, puesto que escribía en latín; se trataba, en efecto, de una historia universal análoga a la de Diodoro. Desgraciadamente, esta obra sólo se conoce por el resumen que, en fecha desconocida, hizo Justino, así como por el prólogo, que contiene un resumen aún más sumario del contenido. Las *Filípicas* estaban formadas por 44 libros, de los que la parte medular eran los libros VII a IX, sobre Filipo.

I Asiria

II-VI Escitas, medos, persas y griegos

VII-IX Filipo

74

X-XII Alejandro

XIII-XL Macedonia y los diádocos

XLI-XLII Partia

XLIII-XLIV Europa occidental

Es notorio que no había libros propiamente dedicados a Roma. Sólo en el libro XLIII se trata su historia hasta Tarquinio Prisco, el quinto rey romano; por lo demás, sólo se le trata como conquistadora en las guerras correspondientes.

Pero la obra de Trogo quedó sin continuador y la historiografía consagró su atención a Roma, mientras que los reinos helenísticos iban perdiendo consideración.

Así, en el siglo II d. C. floreció el movimiento cultural llamado "segunda sofística", que trató de revivir lo que se consideraba como los valores de la Grecia clásica y, en cambio, despreciaba toda la cultura griega helenística y la del siglo I d. C. Probablemente quien expresa mejor esta visión es Arístides, en un discurso dedicado (en los dos sentidos de la palabra) a Roma, en el que afirma que los reinos helenísticos se asemejan "más bien al latrocinio que al reino" (24).

En ese mismo siglo, Plutarco había incluido en sus *Vidas paralelas* biografías de Eumenes, Filopemen, Demetrio, Pirro, Arato, Agis y Cleómenes, pero hay que notar que la de Demetrio es el único ejemplar griego de exponente no de una virtud, sino de un vicio (hace pareja con Antonio); que, aunque Eumenes fue tesorero de Alejandro y sátrapa de Capadocia, no fue macedonio sino griego, mientras que las otras biografías están consagradas a políticos griegos que tuvieron su campo de ac-

ción en la Grecia metropolitana, mientras que no hay una sola *Vida* positiva sobre algún rey o político macedonio u oriental. No debe por ello ignorarse el hecho de que Plutarco llama "el último griego" a Filopemen (253-183) ya que se trata de un estratego de la Confederación Aquea que trató de llevar a cabo una política independiente de Roma, aunque no en su contra. Esto implica, en efecto, que los reinos helenísticos no eran vistos como un desarrollo o una continuación de la historia de Grecia, sino precisamente como su negación.

A pesar de todo ello, la historiografía helenística subsistió hasta el Imperio bizantino y Constantino VII Porfirogénito recogió una gran cantidad de pasajes, lo mismo que Focio.

Esta continuidad aletargada sólo se rompió en la tercera cruzada, cuando los latinos tomaron Constantinopla y establecieron un reino católico. Y aunque en el renacimiento las obras de Diodoro y Polibio fueron impresas y leídas, no se tenía una idea de la época helenística como entidad cronológica separada.

Hegel debe verse entonces como el continuador de esta tendencia historiográfica al ver la época que Droysen inventaría como el periodo del "ocaso del espíritu griego".

No se debe, en consecuencia, estar de acuerdo con Bichler, quien, siguiendo a Beloch y reconociendo la imposibilidad de sustituir el término de época helenística, propone un expediente intelectualmente empobrecedor y que consiste en considerar este periodo una especie de cajón vacío conceptual que abarcaría lo que ocurrió en la cuenca del Mediterráneo, Irán y Bactria entre 323 y 30 a. C.

A tal posición se puede contraponer un pronunciamiento del propio Droysen que 75

critica puntos de vista empíricos: los historiadores "deben saber lo que quieren buscar; sólo entonces encontrarán algo. Uno debe interrogar las cosas correctamente. Entonces ellas darán una respuesta".

BIBLIOGRAFÍA

La segunda edición de la *Historia del helenismo, primera parte,* fue traducida por Wenceslao Roces y publicada con el título de *Alejandro Magno* (México, Fondo de Cultura Económica, 1946, con reimpresiones).

La segunda edición de la *Historia del helenismo* fue reeditada por Erich Bayer y ha sido publicada (1980) en rústica en Munich por la Deutsche Taschenbuch Verlag (3 vols.).

La periodización de la historia de Grecia es tratada por Roldán (*op. cit.,* pp. 80-91), pero —que yo sepa—

nunca ha recibido un tratamiento amplio y de conjunto.

El uso de la palabra *hellenistés* en las *Actas de los apóstoles* es tratado por M. Hengel, "Zwischen Jesus und Paulus. Die 'Hellenisten', die 'Sieben' und Stephanus", *Zeitschrift für Theologie und Kirche,* LXXII, 1975, pp.

151-206.

Sobre el concepto de helenista en Drusius, Scaliger, Heinsius y Salmasius, *cf.* Bichler, *op. cit.,* pp. 35-37.

Las *Erläuterungen zum Neuen Testament aus einer neueröffentlichten morgenländischen Quellen,* de J. G.

Herder, están incluidas en sus *Sämtliche Werke,* editadas por B. Suphan, Berlín, 1884, VII, pp. 335-470. *Las ideas para una filosofía de la historia de la humanidad,* del propio Herder, fueron publicadas en Buenos Aires por Losada (1959) en traducción de J. Rovira Armengol.

La fin de la démocratie athénienne de Claude Mossé fue reimpresa, junto con "La vie économique d'Athènes au IVe siècle" en Nueva York, por Arno Press (1979). Ella ha escrito también la que es, en mi opinión, la mejor síntesis sobre el siglo IV: "Le IVe siècle (403-336)", en E. Will (ed.), *Le monde grec et l'Orient,* 2 vols., 2ª. ed., París, Presses Universitaires de France, 1972-1975, II, pp. 9-244.

Sobre el mundo helenístico, *cf. ibidem,* II, pp. 337-645; H. Kreissig (ed.), *Griechische Geschichte bis 146*

v.u.Z. (Historia de Grecia hasta 146 A. N. E.), 3ª ed., Berlín VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1985, pp. 225-267; Claire Préaux, *Le monde hellénistique. La Grèce et l'Orient (323-146 av. J.-C.),* 2 vols., París, Presses Universitaires de France, 1978 (hay traducción al español, en dos volúmenes, publicada en Barcelona por Labor); F. W. Walbank, *The Hellenistic World,* Glasgow, Fontana, 1981 (hay traducción al español publicada en Madrid por Tusquets) y F. Chamoux, *La civilisation hellénistique,* París, Art-haud, 1981.

Dos fechas son las favoritas para dar por concluida esta época: 146 (la toma y destrucción de Corinto) y 30

a. C. (la derrota final de Cleopatra). A mi parecer, es más conveniente la segunda, pues la primera marca un episodio más en la conquista romana de Grecia (que no fue organizada como provincia en ese momento), mientras que la muerte de la reina egipcia acabó con el último reino helenístico y llevó a la erección de Egipto en provincia romana.

M. Bernal (*Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. I. The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985,* Londres, Free Association Books, 1987) hace una recapitulación y una reevaluación de la influencia oriental —sobre todo egipcia — en la cultura griega, llegando al extremo de considerar a ésta

una mera transmisora (*cf.* la reseña de Jasper Griffin, en *New York Review of Books,* junio de 1989).

Sobre el reinado de Alejandro: Siegfried Lauffer, *Alexander der Groβe,* Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1978.

A. Kuhrt y S. Sherwin–White han editado un libro heterodoxo y renovador sobre la helenización: *Hellenism in the East: Greek and non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander,* Berkeley, California University Press, 1987.

P. M. Fraser, en su obra *Ptolemaic Alexandria* (3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1972) dedica una parte a la cultura helenística alejandrina (I, pp. 305-793; II, pp. 462-1102).

Sobre la historiografía helenística: A. Díaz Tejera, "Tendencias de la historiografía helenística", en J. Alsina C.

et al., Estudios sobre el mundo helenístico, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1971, pp. 33-55; L. Canfora,

"Storiografia", en R. Bianchi-Bandinelli (ed.), *Storia e civiltà dei greci,* 10 vols., Milán, Bompiani, 1977-1978, IX, 76

pp. 315-340 (hay traducción al español publicada en Barcelona por Icaria, 1979-1980); J. Lens Tuero,

"Historiografía helenística", en A. Díaz Tejera *et al., Unidad y pluralidad en el mundo antiguo. Actas del V*

Congreso Español de Estudios Clásicos, 2 vols., Madrid, 1983, I, pp. 305-350; W. R. Connor, "Historical Writing in the Fourth Century B. C. and in the Hellenistic period", en P. E. Easterling y B. M. W. Knox (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature: I Greek Literature,* Cambridge, University Press, 1985, pp. 458-471 y R. Martínez Lacy, "Hacia la historiografía helenística", *Nova Tellus,* V, 1987, pp. 103-113.

La obra de Jacoby es *Fragmente der griechischen Historiker,* Berlín 1923. Jerónimo de Cardia ha sido estudiado por Jane

Hornblower (*Hieronymus of Cardia,* Oxford, University Press, 1981) y Duris, por R. B.

Kebric (*In the Shadow of Macedon: Duris of Samos,* Wiesbaden, Steiner, 1977).

La obra de Diodoro está siendo de nuevo estudiada por Catherine Rubincam. Véanse su "The organization and Composition of Diodorus' *Bibliotheke",* EMC, XXXI, 1987, pp. 313-328 y "Cross-references in the *Bibliotheke historike* of Diodorus", *Phoenix*, XLIII, 1989, pp. 39-51.

E. L. Bowie se ocupa brillantemente de la segunda sofística en "Los griegos y su pasado en la segunda sofística", en M. I. Finley (ed.), *Estudios sobre historia antigua,* traducción de R. López, Madrid, Akal Editor, 1981, pp. 185-231.

Sobre Trogo: L. Santi Amantini y E. Salomone, *Fonti e valore storico di Pompeo Trogo,* 2 vols., Génova, Università, 1972-1973.

Sobre Hegel y el Oriente (incluida su desestimación de la época helenística), E. Schulin, *Die weltgeschichtliche Erfassung des Orients bei Hegel und Ranke (La concepción histórica universal del Oriente en Hegel y Ranke),* Gotinga, 1958.

La crítica de Droysen al empirismo se encuentra en su *Historica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia,* traducción de E. Garzón V. y R. Gutiérrez G., Barcelona, Editorial Alfa, 1983.

77

IV. THEODOR MOMMSEN (1817-1903)

ALGUNA VEZ dijo Mommsen: "Los que, como yo, han vivido momentos históricos, empiezan a ver que la historia no se escribe ni se hace sin odio ni amor" (*apud* Roces, p.

X).

Parece conveniente empezar esta exposición por un comentario de este pronunciamiento. ¿Cuáles fueron pues los momentos históricos vividos por Mommsen?

En 1848, cuando enseñaba en una escuela de Hamburgo, participó en la revolución de aquel año y fue herido en las barricadas levantadas por los rebeldes hamburgueses.

Tres años más tarde fue expulsado de su cátedra en Leipzig por oponerse, en los periódicos y en las filas del partido liberal que pugnaba por la unidad alemana, a la política del rey de Sajonia, reino del que Leipzig formaba parte.

Hay que advertir que esta expulsión, que lo obligó a trabajar en el exilio en Zürich, le dio también la oportunidad de escribir los primeros tres volúmenes de la *Historia de Roma* en tan sólo seis años. El éxito de la obra —escrita con gran amor y con gran odio

— fue inmediato y permitió el regreso de Mommsen, esta vez a Berlín y, eventualmente, su entrada a la Academia de Ciencias (una especie de Colegio Nacional).

Las pasiones mommsenianas eran tan fuertes que el apabullante éxito académico no logró apaciguarlas ni moderarlas y Mommsen siguió militando políticamente, llegando a ser por muchos años diputado y senador por un partido liberal. Su vida política fue de gran actividad y su posición lo llevó a atacar al gobierno conservador de Bismarck, quien le levantó un proceso judicial y le reprochó que su perspectiva histórica de tres mil años le impedía entender el presente. Ya veremos que la situación era precisamente la opuesta y que su apasionada participación política le daba un punto de vista específico sobre la historia de Roma.

En todo caso, hay que hacer notar que fue la *Historia de Roma* la que le ha permitido llegar a ser el único historiador en reci-

bir el Premio Nobel de Literatura, lo cual indica que su caso no era el de un "grillo" cualquiera, sino que Mommsen fue un "grillo"

historiador, es decir, una persona para quien historia y política estaban íntimamente unidas, de tal modo que no se podía hacer la una sin la otra; prueba de ello es que su bibliografía consiste en más de mil quinientos títulos.

El número es impresionante, pero la calidad no lo es menos. Habiendo empezado como jurista, Mommsen escribió un manual enorme (de cinco volúmenes en tres tomos) 78

de *Derecho público romano* (1871-1881) y otro de *Fundamentos del derecho penal romano* (1899), obras básicas aun en nuestros días. Además, aprovechando un viaje de estudios, emprendió la publicación de las inscripciones latinas, que dieron lugar al *Corpus inscriptionum latinarum,* que empezó a editar en 1863 y del que participó en la edición de otros siete volúmenes (hasta 1902). Esta obra, habiendo dado difusión a cientos de miles de ejemplares epigráficos, está todavía en curso de publicación.

¿Cuál es entonces el lugar de la *Historia de Roma* en este conjunto de obras? Los tres primeros volúmenes fueron publicados entre 1854 y 1856 y el quinto en 1885; el cuarto nunca fue terminado.

La separación de treinta años entre el tercer y el quinto volúmenes indica una diferencia esencial, ya que los primeros tres conforman una síntesis cronológica de la historia de Roma desde su fundación hasta el asesinato de Julio César, mientras que el último volumen, subtitulado *El Imperio romano de los Césares,* es propiamente una historia de la civilización en las provincias del imperio. Puesto que es imposible y nada aconsejable presentar aquí un estudio completo de esta obra, centraré el análisis en un concepto —la unificación nacional— y en un periodo

específico: la monarquía. Debo advertir además que he limitado mi discusión a los primeros diez capítulos.

Para empezar, será pues necesario definir qué parte estoy analizando y cuál es su lugar en el conjunto de la obra.

Como he dicho, los primeros tres volúmenes de la obra en cuestión son una exposición de la historia de Roma desde el principio hasta César. El primer libro abarca desde los orígenes hasta la expulsión de los reyes de Roma y contiene los siguientes capítulos:

I. Introducción.

II. Las más antiguas inmigraciones a Italia.

III. Las colonias de los latinos.

IV. Los orígenes de Roma.

V. La constitución primitiva de Roma.

VI. Los no ciudadanos y la constitución reformada.

VII. La hegemonía de Roma en el Lacio.

VIII. Las estirpes umbro-sabélicas. Los comienzos de los samnitas.

IX. Los etruscos.

X. Los griegos en Italia: dominio de los mares por los etruscos y los cartagineses (termina en la p. 188).

XI. Derecho y tribunal.

XII. Religión.

XIII. Agricultura, industria y comercio.

XIV. Medidas y escritura.

XV. El arte (termina en la p. 253).

Dado que los pasajes por analizar corresponden a los primeros diez capítulos y, en términos gruesos, a las dos terceras partes del libro, y dado que estos capítulos corresponden a los pro-

blemas políticos, mientras que los otros cinco están consagrados a temas más bien culturales (el derecho, la religión, la economía, el sistema de medidas y la 79

escritura y el arte), esta parte es la más adecuada para analizar el papel que en ella juega el concepto de la unificación nacional. Además, el hecho de concentrarse en el principio de la historia romana permitirá discernir el papel que Mommsen atribuía a ese proceso en la génesis de Roma. Esto se verá precisamente en el análisis, que haré en el mismo orden en el que Mommsen presenta sus comentarios.

El primer pasaje proviene del capítulo II.

En el anterior, Mommsen había definido la historia antigua y explicado el lugar que la historia de Italia tenía en aquélla.

El segundo capítulo se titula "Las inmigraciones más antiguas a Italia" y comienza por enumerar y explicar las características de "las estirpes indígenas de Italia", para pasar a los itálicos, a sus relaciones con los griegos y luego a las de los latinos y las de los umbro-sabélicos (pueblo itálico que ocupaba la cordillera de los Apeninos, la columna vertebral de Italia). De ahí pasa a "la cultura indoeuropea" y se concentra en "la cultura greco-itálica", siguiendo un método histórico-lingüístico. Es al empezar a tratar este tema de "la cultura greco-itálica", cuando dice Mommsen (34):

Si la tarea de establecer el grado de cultura que los europeos alcanzaron antes de la separación de las estirpes pertenece más bien a la historia general del mundo, es sin embargo tarea especial de la historia itálica establecer, en cuanto es posible, en qué estado se encontraba la nación greco-itálica cuando los itálicos se separaron. Esto no es ya un trabajo superfluo porque, a través de él, nosotros determinamos el punto de partida de la civilización itálica: el origen de la historia nacional.

Las ideas aquí expuestas eran bastante corrientes y siguen teniendo cierta vigencia (véase la importancia del concepto de mestizaje en la explicación de la génesis de la nacionalidad mexicana). De todos modos, el que estas ideas hayan sido corrientes no exime de su análisis.

En primer lugar, es notorio que aquí se presenta la historia como una historia de naciones, es decir, sus protagonistas son las nacionalidades, por lo que la tarea fundamental del historiador consistiría en reseñar la génesis y la evolución de estos entes.

Esto implica, además, que estos protagonistas no están por fuera o por encima de este proceso, sino que las naciones surgen, crecen y decaen y su estudio es la tarea del historiador.

Otra idea importante consiste en suponer o, más bien, en presuponer que las naciones están conformadas por una estirpe, es decir, hay una sucesión genético-demográfica que las conforma.

En consecuencia, Mommsen expone las características de la nación indoeuropea, luego de la greco-itálica, para llegar al principio del tema propiamente dicho de la obra: la historia itálica. Esto debe sorprender en una *Historia de Roma;* para reponerse de esta sorpresa hay que romper la regla definida al principio del análisis y remontarse al capítulo I, donde, al enunciar el lugar de la historia de Italia en el campo más amplio de la historia antigua, Mommsen había aclarado (22):

80

Narraremos aquí la historia de Italia y no la historia de Roma […] Lo que se suele definir como la dominación romana sobre Italia se nos aparece más bien como la unión de todas las estirpes itálicas en un solo Estado, y, de todas estas estirpes, los romanos fueron la más potente, pero sólo una rama de ellas.

Lo primero que salta a la vista es el inicio —"narraremos"— que simple y claramente coloca la obra de Mommsen en el vasto campo de la historia narrativa.

Pero, más en concordia con lo que trajo a este pasaje, es la definición de la historia de Italia con la exclusión de la de Roma, y su explicación: Roma representó tan sólo la estirpe dominante dentro de Italia.

Esto es bastante problemático y hasta antihistórico, ya que Roma fue una ciudad (*civitas* en cuanto Estado) que, desde una posición geográfica y estratégica favorable, empezó a dominar el Lacio, Italia meridional, Etruria y así toda Italia, al tiempo que iba cooptando a sus élites, los grandes terratenientes. No es exacto pues decir que los romanos fueron una estirpe, ya que, precisamente, su expansión está marcada por esa integración de los gobernantes de las otras ciudades así como de sus familias, para no hablar del no menos importante caso de los libertos, que también eran incorporados a la ciudadanía romana.

Todas estas desviaciones cobran, sin embargo, sentido si se les conecta con la perspectiva histórica de Mommsen, haciendo una analogía con la Alemania del siglo pasado, cuando Prusia logra desplazar a Austria (1866) y unificar la nación (menos Austria) bajo su hegemonía. Obviamente, esto aún no sucedía cuando Mommsen escribió este volumen, pero era una tarea histórica que se había planteado a la burguesía alemana por lo menos a partir de la revolución de 1848, tarea que alcanzó aliándose al Estado y a los junkers prusianos, evitando a la vez el peligro de ser desbordada por el proletariado, cuya participación en una revolución ya había sido prevista y fomentada por Marx y Engels, la Liga de los Comunistas y otros socialistas desde antes de 1848. Fue precisamente por no renunciar a los ideales liberales burgueses que Mommsen se enfrentaría a Bis-

marck y a los conservadores, que defendían los intereses de la nobleza no desplazada.

Como es natural, esta perspectiva de la historia como el registro de procesos de unidad nacional planteaba la necesidad de ubicar el proceso de unificación italiana por Roma en el contexto de la historia antigua y hacía particularmente necesaria la comparación con Grecia, por lo que, después de hablar de la incapacidad de los griegos de alcanzar la unidad nacional, dice Mommsen (45):

En cambio, el itálico renunciaba resueltamente al libre arbitrio por amor a la libertad y aprendía a obedecer al padre para saber obedecer al Estado. Incluso si el individuo perecía por esta sujeción y secaba el más bello germen, él adquiría así una patria y un sentimiento patriótico que el griego no conoció jamás, y él solo entre todos los pueblos civiles *(Kulturvölker)* de la antigüedad conquistó la unidad nacional con una constitución fundada sobre el control de sí mismo y alcanzó la unidad nacional, que finalmente le consintió el dominio sobre la disgregada estirpe helénica y sobre el mundo entero.

81

Es necesario tratar de definir lo que para Mommsen era un pueblo civil, pues sólo eso nos puede dar la clave de este pasaje. Hay que tomar en cuenta, de todos modos, una ausencia fundamental: la de una definición de nación (véase la p. 84). A pesar de esta ausencia, es evidente que, bajo cualquier concepto, Egipto era una nación y nadie ha puesto en duda que ella alcanzó su unidad política bajo la primera dinastía, así que lo más probable es que nuestro autor no la considerara una sociedad civil.

Ahora bien, lo que la diferencia de Roma es su estructura despótica, lo que sugiere que para este autor las sociedades ci-

viles antiguas serían las autónomas, tales como la fenicia y la griega.

En cuanto a la concepción de los mecanismos de la unificación italiana, ésta es típicamente liberal: el individuo renuncia a una parte de su libertad para acceder a un nivel más alto de esa misma libertad y la gran cualidad de los romanos consiste en haber entendido esto, cosa que, en cambio, los griegos nunca lograron.

Para terminar con este pasaje, hay que notar que el dominio sobre otros pueblos es considerado un bien tan evidente que simplemente se da por sabido.

El siguiente pasaje (p. 56) permite analizar la visión mommseniana de la unidad nacional en términos más concretos y en dimensiones nuevas:

Las varias experiencias por las cuales los átomos políticos más antiguos, los distritos, se buscaron o se eludieron en el Lacio, pasaron sin dejar testimonios atendibles, y conviene limitarse a fijar un hecho único y permanente, es decir, estas partículas políticas no abdicaron a su individualidad a favor del centro común, sino que nutrieron y acrecentaron el sentimiento de la unidad nacional, y así prepararon el progreso y el tránsito de este particularismo local, con el cual comienza y debe comenzar toda historia de un pueblo, a aquella unidad nacional, con la cual toda historia de un pueblo se concluye o, por lo menos, debería concluirse.

Este pasaje tiene dos implicaciones: una manera de tratar las fuentes y una concepción histórica.

En efecto, Mommsen desestima las leyendas sobre la expansión de Roma en el Lacio e Italia central y se limita a lo que parece "un hecho único y permanente", pero ese supuesto hecho

es en realidad un desarrollo de la concepción liberal de la libertad ya detectada.

Si, en el pasaje anteriormente analizado, el individuo alcanzó un grado mayor de libertad al subordinarse al padre y aprender así a obedecer al Estado, en este momento del proceso son los "átomos políticos", o sea, las entidades políticas que ya no se pueden dividir, los que al unirse no sólo perdieron su identidad, sino que ésta fue el alimento de una unidad superior.

Pero lo que más llama la atención es la visión teleológica enunciada al final: el particularismo local es el principio de toda la historia y la unidad nacional su fin, por lo que los pueblos que no la alcanzan deben ser considerados, en términos históricos, frustrados.

El siguiente pasaje es sólo un corolario del anterior:

82

La valerosa y tenaz estirpe de los itálicos ciertamente tuvo hostilidades internas y con las naciones vecinas; con el florecer del país y con el crecer de la cultura, la hostilidad se habrá transformado gradualmente en guerra, la rapiña en conquista, y las potencias políticas habrán comenzado a formarse [p. 111].

En otras palabras, conforme fue creciendo el Estado romano fueron creciendo también sus empresas y alcances.

Mommsen explica (p. 114) por qué fue precisamente Roma la que unificó Italia y no cualquier otra ciudad:

De la fusión misma de varios distritos en una ciudad surgieron Roma en el Lacio y Atenas en Ática, y fue la misma fusión que el sabio Tales aconsejaba a la amenazada liga de las ciudades jonias como único medio de salvación de su nacionalidad. Roma, sin embargo, mejor que cualquier otro distrito itálico, se mantuvo fiel, de modo más consecuente, más fiel y más afortu-

nado, a este principio de unidad, y precisamente como la posición eminente de Atenas en la Hélade es la consecuencia de su centralización precoz, así Roma debe su grandeza únicamente al mismo sistema seguido más enérgicamente.

En este pasaje se detecta una explicación o una aplicación concreta a la idea enunciada anteriormente, según la cual los distritos tienden a extenderse.

Hay que notar, sin embargo, que esta aplicación lleva a abusos, puesto que Jonia de ninguna manera puede considerarse un distrito como lo son el Lacio y Ática, ya que se trata de una serie de valles comparable a Italia central o a Grecia central.

Además, no queda claro si Mommsen pensaba que estas *póleis* constituían una nacionalidad jonia o si su unidad hubiera contribuido a la unidad nacional griega, cuya frustración no sería entonces consecuencia del solo fracaso de Atenas, sino que en determinado momento fue una posibilidad compartida por varios distritos.

Es, por lo demás, interesante la idea de que su temprana unificación permitió, tanto a Atenas como a Roma, alcanzar preeminencia en sus respectivos países.

Mommsen saca conclusiones de estas observaciones en la p. 115:

Ya desde […] [la conquista de Alba Longa] Roma podía sostenerse como potencia marítima frente a todo el país, como ciudad frente a las comunidades rurales, como Estado constituido en fuerte unidad frente a la confederación: y ya desde entonces, sólo con la ayuda de los romanos, los latinos pudieron defender sus costas contra los cartagineses, los helenos y los etruscos y mantener y extender sus confines continentales contra los inquietos vecinos de origen sabélico.

Lo más impresionante de este pasaje es su vigencia. Aquí resalta el hecho de que la toma de posición del autor permite detectar el sentido y la importancia de una serie de relaciones entre Roma, los latinos y sus vecinos, relaciones innovadoras que resultaron, de hecho, en la superación de las barreras de la "ciudad-estado" y la forma de un imperio territorial a escala mediterránea.

La clarividencia de Mommsen se vuelve a mostrar, en un plano distinto, en la página siguiente, donde habla de la Liga Latina:

83

La convenida paridad de tratamiento en todos los asuntos, ya sea comerciales, de crédito o de herencia, ató cada vez más los intereses de las comunidades, ya conjuntados por la igualdad de lengua o de costumbres, por medio de innumerables relaciones de intercambio de negocios; así, de esta comunidad se obtuvieron las ventajas que en nuestros tiempos se tienen de la abolición de barreras aduanales.

A este respecto resulta esclarecedor lo que dice David Thomson (*Europe since Napoleon,* Harmondsworth, Penguin Books, 1966, p. 163) sobre Alemania: En 1818 el gobierno abolió las fronteras aduanales internas que dividían una provincia de Prusia de otra y estableció una tarifa uniforme frente al resto del mundo. Para 1826 varios de los estados alemanes menores rodeados por los desparramados territorios de Prusia se unieron al sistema, y por negociaciones con otros estados creció una gran área de comercio libre alemana septentrional y en el sur, y entre Hannover y Sajonia en el norte. Para 1834 las tres uniones se mezclaron en la *Zollverein* o liga aduanal, que comprendía 17

estados y unos 26 millones de personas.

Como se puede apreciar, Mommsen está equiparando, en cierto modo, a la Prusia decimonónica en Alemania con la Roma antigua en Italia, y a la liga aduanal alemana con la paridad comercial, crediticia y de herencia existente entre los miembros de la Liga Latina.

Las opiniones de Mommsen sobre la unificación alemana vuelven a salir a la superficie en la página 128, donde, al hablar de los samnitas, dice: La política de esta confederación nunca fue —como la de los romanos— agresiva, sino que se limitó a la defensa de las fronteras, porque sólo en un Estado unitario la fuerza está tan concentrada, la pasión política es tan potente, que el engrandecimiento del territorio puede desarrollarse y concluirse según un proyecto previamente establecido.

El aspecto racial de la concepción mommseniana, que identifica a pueblos con estirpes, se hace evidente en la página 130:

El pueblo de los etruscos formó una neta antítesis con los itálicos latinos y con los sabélicos […] Ya la constitución física distinguía a las dos naciones […] Lo que nosotros conocemos de los usos y de las costumbres de esta nación nos prueba también una diferencia profunda y originaria con las estirpes greco-itálicas […]

y luego afirma que la lengua es el "más importante documento de la nacionalidad".

Aquí sólo cabe señalar que, a partir de la obra de Pallottino, de mediados de este siglo, la corriente se ha invertido y que a pesar de que se reconoce que el etrusco no es un idioma indoeuropeo, hay una continuidad cultural que fue conformando la cultura etrusca en Italia a partir del neolítico (cultura protovillanoviana —villanoviana— etrusca) y se piensa que la extensión etrusca por el sur hasta Campania y por el norte hasta el

valle del Po (Emilia) fue un factor crucial en el desarrollo cultural de toda la península.

Este contraste étnico es, sin embargo, matizado por el propio Mommsen (p. 135): 84

A pesar de que los romanos tenían vivo el sentimiento de que los etruscos eran extranjeros y los latinos compatriotas, parece sin embargo que ellos temieron mucho menos a los pueblos de la ribera derecha del Tíber que a sus afines de estirpe, como los gabinos y los de Alba.

De donde se concluye que la estirpe no es concebida como factor determinante en la visión mommseniana de la historia.

Se puede concluir con otra cita, tomada de la introducción a la segunda edición de la *Historia de Roma* e incluida por Roces en su traducción del quinto volumen (pp. IX y 23):

La historia es una ciencia adoctrinadora exclusivamente en el sentido de que la observación de las culturas antiguas nos revela las condiciones orgánicas de toda civilización, las fuerzas fundamentales, que son en todas partes las mismas, y la combinación y entrelazamiento de estas fuerzas, que difieren en todas partes, con lo cual nos estimula y nos anima, no para imitar servilmente el pasado, sino para inspirarnos en él, en nuestra propia obra creadora.

Casi se puede decir que aquí Mommsen explica la índole de las observaciones recién analizadas, pues en ellas se ve cómo este historiador saca inspiración de los romanos para contribuir a la unificación alemana, pero esta inspiración no es una imitación servil, sino que Mommsen creyó encontrar en la historia de Roma las fuerzas fundamentales que dieron como resultado la unificación de Italia, pero combinadas y entrelazadas de otra manera.

Fácil sería ahora señalar el antihistoricismo al que esa manera de ver la historia llevó a Mommsen. Mejor sería notar cómo la pasión dominante de su vida le servía para definir toda una problemática que, originándose en la situación de su tiempo, le hizo posible elaborar un punto de vista sobre la historia, se convirtió así en poderoso medio hermenéutico y le abrió paso al público más amplio que puede esperar cualquier historiador.

BIBLIOGRAFÍA

La traducción, con prólogo de Wenceslao Roces, es Teodoro Mommsen, *El mundo de los Césares,* México, Fondo de Cultura Económica, 1945 (y numerosas reimpresiones). Esta obra abarca sólo el volumen V, mientras que los primeros tres volúmenes fueron traducidos por A. García Moreno y publicados originalmente en 1876 y 1877. Hay numerosas ediciones de esta traducción (por ejemplo: Buenos Aires, Joaquín Gil, 1953). El texto original ha sido publicado, con un posfacio de K. Christ, en 8 vols., en Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1976.

Sobre la historia de Alemania en el siglo pasado: Antonio Ramos Oliveira, *Historia social y política de Alemania,* 2 vols., 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1964 (Breviarios, 71) y J. Streisand, *Deutsche Geschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart. Eine Einführung,* 4ª ed., Colonia, Pahl-Rugenstein, 1983.

Mommsen es tratado en las páginas 84 a 118 y 363 a 365 de la obra *Von Gibbon zu Rostovtzeff* de K. Christ, *cit. supra.*

La historia de Roma ha sido tratada recientemente por José Manuel Roldán Hervás y otros (*Historia de Roma,* 2 vols., Madrid, Cátedra, 1987-1988). Karl Christ escribió un ensayo bibliográfico sobre el tema: *Römische* 85

Geschichte. Einführung, Quellenkunde, Bibliographie (3ª ed., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1980).

Sobre los indoeuropeos, véase Pedro Bosch-Gimpera, *El problema indoeuropeo,* México, UNAM, 1960 y F.

Villar, *Lenguas y pueblos indoeuropeos,* Madrid, Ediciones Istmo, 1971.

B. Borojov se ocupa del *Nacionalismo y lucha de clases* (México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979), mientras que V. Zamora ("Il liberalismo moderno", en L. Firpo [ed.], *Storia delle idee politiche economiche e sociali,* 6 vols., Turín, UTET, 1972, VI) trata del liberalismo.

Las relaciones entre Roma e Italia son el tema de *The Making of Roman Italy* (Ithaca, Cornell University Press, 1982) de E. T. Salmon.

F. W. Walbank se ha ocupado del problema de Grecia antigua como nación en "The Problem of Greek Nationality", *Selected Papers. Studies in Greek and Roman History and Historiography,* Cambridge, University Press, 1985, pp. 1-19.

El absolutismo es tratado por Perry Anderson en *Lineages of the Absolutist State* (Londres, New Left Books, 1975), del que hay una traducción al español (*El Estado absoluto,* México, Siglo XXI Editores, 1979). Sobre la constitución romana: F. di Martino, *Storia della costituzione romana,* 5 vols., 2ª ed., Nápoles, Jovene, 1972-1975.

La relación entre Atenas y Ática es el tema de *Demos: The Discovery of Classical Attika,* Cambridge, University Press, 1985. Sobre Tales y la Jonia arcaica: A. Snodgrass, *Archaic Greece. The Age of Experiment,* Londres, J. M. Dent and Sons, 1980, pp. 162-167.

A. Alföldi se ocupa de la Liga Latina en *Das frühe Rom und die Latiner,* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1977, así como también A. Bernardi, *Nomen Latinum,* Pavia, Tipografía del Libro, 1973.

E. T. Salmon también estudió a los samnitas en *Samnium and the Samnites,* Cambridge, University Press, 1967.

La etruscología es la obra fundamental de Massimo Pallottino (6ª ed., Milán, Hoepli, 1968, hay ediciones posteriores, traducción al español publicada en Buenos Aires por Eudeba).

86

V. JUSTO SIERRA MÉNDEZ (1848-1912)

EN ESTE CAPÍTULO me limito a explorar dos aspectos relacionados con el *Compendio de historia antigua* de Sierra: las circunstancias históricas en las que fue escrito y en las que pudo haber incidido, y las fuentes de la obra y el uso que Sierra les dio. No pretendo pues hacer un juicio global ni de Sierra ni del compendio en cuestión y planteo, más que conclusiones, ideas que pudieran servir para una investigación más profunda o sugerir algo a quien comparta el interés por la trayectoria y el destino de la tradición clásica en países como los nuestros llamados, significativa aunque tal vez inadecuadamente por muchos, latinoamericanos.

Como es bien sabido, a partir de la independencia de México (1821) hubo un periodo de cincuenta años marcados por ensayos constitucionales, golpes de Estado e invasiones extranjeras.

A raíz de la derrota de los franceses, en 1867, se pudo establecer finalmente un gobierno estable que, siguiendo la política y la ideología liberales, propugnaba la secularización de la sociedad y en particular de la educación.

El pilar de la educación fue la Escuela Nacional Preparatoria fundada en 1867 por Benito Juárez y bajo la dirección de Gabino Barreda. Ésta era una escuela secundaria donde, siguiendo un espíritu moderno, se enseñaba un plan de estudios enciclopédico que incluía ciencias y humanidades y duraba cinco años, después de los cuales el graduado podía pasar a una escuela

profesional de las que habían sustituido a la universidad, clausurada en 1865 por Maximiliano de Habsburgo.

Barreda adoptó el positivismo como la filosofía rectora de la nueva escuela y ello contribuyó poderosamente a hacer de esa tendencia la ideología del régimen, hasta más allá de la caída del gobierno de Porfirio Díaz, en 1911.

Aunque, como se sabe, Auguste Comte, el fundador del positivismo, aspiraba a sustituir la historia por la sociología, el plan de estudios de la nueva escuela incluía la enseñanza de la historia. Dada la importancia de la nueva institución y el carácter no académico que entonces tenía el estudio de esta disciplina, no debe extrañar la calidad de los tres primeros profesores de "Cronología, historia general y nacional" de la escuela. El primero fue Manuel Payno (1810-1897), antiguo ministro de Hacienda y futuro autor de *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891), una de las novelas mexicanas más importantes del siglo pasado. A Payno le sucedió Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), de quien 87

se puede decir que fue uno de los fundadores de la literatura nacional. Luego de pocos meses, a Altamirano siguió Sierra, quien, como autor del *Compendio de historia antigua,* es el personaje central de este capítulo.

Sierra había nacido en Campeche en 1848, durante la guerra contra los Estados Unidos, cuando los "gringos" ocupaban la ciudad de México y la "casta divina", es decir, la oligarquía criolla de Yucatán, ofrecía la anexión de su estado a España o al invasor con tal de que la librara de la amenaza de los mayas, que son calificados por el propio Sierra de salvajes (*OC* III, 105). Para bien o para mal, ni España ni Estados Unidos aceptaron el ofrecimiento yucateco (fue el propio padre de Sierra, Justo Sierra O'Reilly [1814-1861]

el enviado a Washington); en cambio, el gobierno federal mexicano, desembarazado de la invasión que tuvo como principal consecuencia la pérdida de más de la mitad del territorio nacional, estuvo en condiciones de ayudar a los blancos a combatir a los mayas y Yucatán permaneció unido a México.

Sierra creció y se educó hasta los trece años en Mérida, donde aprendió el francés, y a la muerte de su padre llegó a la ciudad de México, donde cursó estudios en el Liceo Franco-Mexicano, el Colegio de San Ildefonso, antecedente directo de la Escuela Nacional Preparatoria, y la Escuela de Jurisprudencia.

Todavía era estudiante de derecho cuando Sierra fue descubierto por Altamirano, quien lo introdujo a unas famosas veladas literarias que prácticamente marcaron la génesis de la cultura mexicana como tal.

En 1876 y 1877 se produjo una crisis política en la que la actitud de Sierra fue significativa.

Al principio de esa coyuntura era presidente Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889), liberal, sucesor de Juárez, que había insertado las leyes secularizadoras llamadas "de reforma" a la constitución y que, a pesar de no haber incorporado a sus allegados a los más altos cargos, quería hacer uso del aparato estatal para reelegirse.

Frente a él estaba Porfirio Díaz Mori (1830-1916), el general que más se había distinguido en la guerra de intervención y que en ese momento representaba los intereses de los liberales jóvenes. Díaz, so pretexto de las arbitrariedades de Lerdo, proclamó un plan subversivo, el Plan de Tuxtepec, y emprendió el derrocamiento del gobierno por las armas.

Como un tercero en la discordia surgió José María Iglesias (1823-1889), presidente de la Suprema Corte de Justicia y vicepresidente *ex officio.* Iglesias había defendido la causa de la pa-

tria invadida con sus *Revistas históricas de la guerra de intervención.*

Este jurista denunció las maniobras ilegales de Lerdo para reelegirse y declaró que, a partir del 1º. de diciembre de 1876, fecha de inicio del siguiente periodo presidencial, él se convertiría en el único presidente legal.

Lerdo se reeligió pero, derrotado su ejército en Tecoac, al oriente de la capital, salió al exilio, mientras que Iglesias, refugiado en Querétaro, al norte de la ciudad de México, trató por casi todos los medios, pero inútilmente, de llegar a un acuerdo con Díaz y tuvo que retirarse de la contienda por la derrota de sus seguidores en Unión de Adobes, al occidente de la ciudad de México.

88

A consecuencia de esta crisis, Díaz se hizo con el poder y le dio un barniz de legalidad con nuevas elecciones. Cabe recordar que, triunfante, declaró: "Que nadie se eternice en el ejercicio del poder y ésta será la última revolución", pero posteriormente se llegó a reelegir siete veces y gobernó más de treinta años, hasta que él mismo fue derrocado por una verdadera revolución.

Como dije, la actitud de Sierra ante estos acontecimientos fue significativa. En efecto, al principio de la crisis, Sierra, entonces abogado y periodista, se declaró "decembrista", es decir, partidario de Iglesias. El presidente legalista le encargó entonces la elaboración del boletín de su gobierno, pero luego de la derrota, Sierra, como la mayoría de los seguidores del legalismo, cambió de bando. Esta actitud se explica por el hecho de que, como se ha dicho, la fuerza social que impulsaba a Díaz eran las jóvenes generaciones de políticos liberales que aspiraban a ascender en la administración. Así en su *Historia moderna*

de México, Cosío Villegas deja claro que el principal obstáculo para que Díaz e Iglesias llegaran a un acuerdo fue la presión de los seguidores del general, quienes esperaban acaparar todos los puestos gubernamentales a raíz de la expulsión violenta de las otras facciones (juaristas, lerdistas e iglesistas).

Después de la caída de Lerdo y del fracaso de Iglesias, se desató una campaña periodística que tomó la forma de un debate entre lerdistas *(El Federal* y *La República)* y porfiristas (sobre todo *El Combate).* Mientras los primeros defendían cada vez de forma más abstracta el régimen pasado y los derechos de su presidente, los segundos trataban de atraer la atención de Díaz, ganarse su simpatía y, por ese medio, conseguir

"chamba". El método consistía en denostar al pasado gobierno y compararlo desfavorablemente con el de su sucesor.

En ese momento, el periódico más interesante fue *La Libertad,* que, según Cosío, era el más moderno e inteligente de todos. Uno de sus redactores era ni más ni menos Justo Sierra. La línea de este periódico era proponer que el triunfo de la revuelta tuxtepecana y la consiguiente derrota de Lerdo e Iglesias tenían dos significados: en primer lugar, que los viejos liberales dogmáticos y extremistas habían sido sustituidos por una nueva generación pragmática y, además, que el ansia de paz de los mexicanos había prevalecido sobre cualquier consideración legal. El propio Sierra llegó a escribir un artículo en el que, con argumentos especiosos, impugnó la legitimidad del proceder de Iglesias.

Fue en este momento histórico cuando Sierra escribió su *Compendio.*

En efecto, Altamirano asumió la cátedra de historia el 28 de diciembre de 1876, menos de dos meses después de la toma de la ciudad de México por Díaz (20 de noviembre de 1876) y la

cedió a su discípulo predilecto cinco meses después, que era el mismo tiempo que tenía Sierra de haber regresado de su desafortunada aventura legalista.

Esta cronología no es casual, ya que Payno había sido destituido de la cátedra por no simpatizar con el régimen golpista, mientras que Altamirano había sido siempre porfirista.

Sierra atribuye la cesión de la clase a "la amistad tan noble siempre y tan desinteresada para conmigo del Maestro Altamirano" (*OC v* III. 61). Además, hay que tomar en cuenta que mientras Iglesias estaba exiliado en Nueva York esperando a que el país reaccionara 89

contra el usurpador, su partido se encontraba en desbandada y muchos de sus miembros, como Sierra, se rendían al general victorioso.

Claude Dumas, biógrafo de nuestro personaje, señala que para ocupar la cátedra, el nuevo maestro de historia tuvo que jurar fidelidad no sólo a la Constitución, sino también al Plan de Tuxtepec.

Según el propio Sierra (*ibidem),* él quedó de acuerdo con Barreda e Ignacio Ramírez, ministro de Justicia e Instrucción Pública del nuevo régimen, en enseñar sólo historia antigua y no completar el programa, que incluía toda la historia universal y la mexicana.

Sierra explica esto aduciendo la gran extensión de la materia y lo cargado del plan de estudios.

La primera tarea del nuevo catedrático fue escribir el *Compendio* (que sería publicado por primera vez en 1879), pues, como él mismo explicaría: No había textos. Era preciso emprender un trabajo de rectificación, de transformación de los textos clásicos, que absorbía todo nuestro tiempo y al que yo no podía resignarme a ciencia cierta, dando mentiras y fábulas a mis

alumnos. A pesar de la laboriosidad, del talento, del ardiente entusiasmo por los estudios históricos de mis jóvenes compañeros de trabajo, a duras penas pudimos llegar al fin de la historia de los romanos.

Por eso me resolví a confeccionar un compendio, en donde estuviesen condensados todos los trabajos principales que han renovado la historia antigua y las conclusiones de la historia científica. Hoy que está publicado ese texto, que ahorra al profesor mucho tiempo, ha llegado en mi sentir el momento de hacer la tentativa de partir de estudios particularizados sobre la historia antigua… y preparar así un estudio… de la historia del país *[ibidem,* pp. 61-62].

Expliquemos esto por partes.

Al parecer, Payno se concentraba en la historia de México, ya que escribió un *Compendio para la historia de México, para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana* y nada sobre historia general. En su propia obra, Sierra cita (29n., 31n. y 514) a Max Duncker (1811-1886), historiador alemán, autor de una *Historia de la antigüedad,* cuya traducción al español —en tres volúmenes por lo menos— fue publicada en Madrid en 1875. Su tamaño sugiere que no era manejable en un curso propedéutico como el de Sierra. Por otra parte, en una carta de Guillermo Prieto a Sierra (1890) aquél menciona una historia antigua de Víctor Duruy (1811-1894), de la que le dice: "quitaron tu texto para poner a Duruy". Se sabe que este autor escribió una *Historia del pueblo romano* y una *Historia griega* (1887-1889) y tal vez Prieto se refiera a ambas. La primera obra estaba ya publicada en 1880, puesto que Sierra mismo la cita en su *Compendio,* pero el historiador mexicano abarcaba no sólo la historia de Roma, sino también la prehistoria, el Cercano Oriente antiguo y la Grecia clásica, por lo que el libro de Duruy

resultaba insuficiente. No se sabe cómo, por qué y ni siquiera en qué escuela (no parece creíble que al propio Sierra le hubieran impuesto un texto ajeno al suyo para su propia clase) quitaron el texto de Sierra para poner el de Duruy.

Por otra parte, Moisés González Navarro (*Historia moderna de México,* IV, p. 631) afirma, refiriéndose a todo el periodo del gobierno de Díaz: "Para la historia universal, se 90

estudiaba a Lévy Álvarez, Vicente González y con el tiempo cada vez más a Justo Sierra".

Dado que González Navarro habla de la historia universal en general, lo más probable es que aquí se refiera al *Compendio de historia general* (1891), del propio Sierra, pero éste hace una observación interesante sobre la obra de Álvarez en el *Compendio de historia antigua* (p. 13):

La experiencia nos ha demostrado que el método de riguroso sincronismo por periodos seculares seguido por el profesor Lévy Álvarez, tiene la desventaja de interrumpir, contra toda lógica, la serie de los acontecimientos, y de hacer demasiado fragmentaria la narración.

De aquí se desprende que la obra de Álvarez había sido publicada antes de 1880 y versaba, al menos en parte, sobre la historia de la antigüedad. De la obra de Vicente González no he podido averiguar nada más.

Para recapitular sobre los textos, hay que decir que Payno no escribió un compendio sobre historia general, que las obras de Duncker y de Duruy no eran completamente adecuadas y que la de Álvarez tenía serios defectos en su método de exposición. Esto indica que Sierra mentía al decir simple y llanamente "no había textos".

Tal vez valga la pena señalar que después del *Compendio* de Sierra aparecieron otros dos libros sobre historia universal, la

Breve introducción al estudio de la historia universal (1884) de Guillermo Prieto, que enseñaba en el Colegio Militar, y *La evolución de la cultura helénica* (1894) de Manuel Torres Torija.

En cuanto a los textos clásicos a los que Sierra alude, la expresión no nos permite discernir si se refiere a autores antiguos (como Diodoro o Livio) o a clásicos modernos, como pudieran ser Niebuhr o Gibbon, cuyas obras también son citadas por Sierra en su *Compendio.*

En todo caso, ésta es la explicación que el autor da de la confección de su obra. Se sabe que el nuevo profesor de historia obtuvo una licencia de cincuenta días a partir del 12 de marzo de 1878 y Dumas conjetura que esta licencia fue solicitada para terminar la obra en cuestión, para lo que además el mes anterior había recibido un subsidio de $200

(*OC* XIV, 587-589) por parte del gobierno.

Por una polémica con el periódico conservador *La Voz de México,* parece que la obra había empezado a publicarse por entregas en enero, pero no tengo noticia de algún ejemplar de ellas. De hecho, la primera edición apareció publicada por la imprenta de José María Sandoval en 1879 y la segunda, el año siguiente, por la imprenta de "La Libertad". El hecho de que en 1891 apareciera su *Historia general,* que incluye más sintéticamente la historia antigua y abarca hasta el siglo XIX, sugiere que Sierra fue ampliando su curso hasta cubrir toda la historia general.

En el momento en que escribió el *Compendio,* su autor tenía treinta años y, aunque era escritor prolífico, no había hecho sino poemas, artículos periodísticos y una obra de teatro. Éste fue su primer libro y el primero de una serie de obras históricas que lo convertirían en el historiador mexicano más importante de su generación. Estas obras 91

fueron la ya mencionada *Historia general* (México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1891), los capítulos "Historia política" y la "Era actual" de *México, su evolución social* (3 vols., México, J. Ballescá, 1900-1902), capítulos que ahora se conocen como *La evolución política del pueblo mexicano* y, finalmente, *Juárez, su obra y su tiempo* (México, J. Ballescá, 1905-1906).

Edmundo O'Gorman afirma que, a pesar de su título, la obra que nos ocupa no es un compendio (*OC* X, 8). Si por compendio entendemos lo que el diccionario define como una "breve y sumaria exposición, oral o escrita, de lo más sustancial de una materia ya expuesta latamente", tiene razón O'Gorman, pero por otra parte hay que tomar en cuenta que el propio Sierra, consciente de las características de su propia obra, le dejó ese título y siempre se refirió a ella como "compendio" (*cf. OC* VIII, 60-64). En realidad se trata de un término relativo, pues, en primer lugar, siempre habrá relaciones menos breves y sumarias y, además, qué es "lo más sustancial de una materia" está sujeto a discusión.

El tema que más me interesa desarrollar en el resto del capítulo es precisamente la relación entre las narraciones más largas y extensas de la historia de la antigüedad clásica y su compendio hecho por Sierra, es decir, las fuentes de las partes correspondientes a Grecia y Roma (pp. 131-288 y 311-535). Por comodidad, me concentraré en la época helenística (pp. 266-288, 373-381, 400-404 y 430-437).

Lo primero que hay que hacer notar al respecto es que Sierra no concibe la época helenística como tal ni cita a Droysen, el difusor del término, cuya *Historia del helenismo* sólo en 1883 fue traducida al francés, que era el idioma que Sierra usaba para estar al tanto del desarrollo cultural europeo (*cf. OC* XIC, 498-

500). En cambio, doce años más tarde, en la *Historia general* aparece una sección dedicada a esa época y titulada "el helenismo" (*OC* XI, 98-104) y donde cita precisamente la traducción francesa de Droysen.

Esto no quiere decir que Sierra no apreciara la importancia de este periodo, pues él mismo afirma (*OC* X, 266):

Con [las conquistas de Alejandro] […] se determina una reacción preponderante de la Grecia sobre el Oriente, hecho capital para el progreso humano no sólo porque tuvo por resultado la iniciación de una inmensa fracción del mundo antiguo en una civilización superior, sino porque realizando en parte la unidad de la Grecia y el Oriente y compenetrándolos, preparó el camino a la unificación del Imperio romano, el hecho más importante quizá de la historia de la humanidad.

Hay que señalar aquí la influencia de Herbert Spencer, cofundador de la sociología, científico y filósofo que desarrolló, al mismo tiempo que Darwin, el concepto de evolución biológica y además trató de aplicarlo al estudio de la sociedad. Los conceptos actuales de evolución y progreso le deben algo a este estudioso, aunque es claro que no es el único en haber concebido estas categorías. Esta influencia se ve reflejada también en el título de la obra citada, *México, su evolución social.*

92

Para analizar el pasaje recién citado empezaré por el final. Ahí afirma Sierra que la unificación del Imperio romano fue tal vez el hecho más importante de la historia de la humanidad, lo cual está en perfecta consonancia con las ideas de Spencer, quien sostenía que todo en la realidad va de lo homogéneo a lo heterogéneo y las sociedades, de lo simple a lo complejo, por lo que éstas tienden a crecer o, en palabras de Timasheff (p.

56): "Una pequeña comunidad se convierte en una gran ciudad, un pequeño Estado se convierte en un imperio".

Así, las sociedades simples están formadas por familias, a ellas les suceden sociedades compuestas formadas por familias unidas en clanes y, posteriormente, surgen sociedades doblemente compuestas "de clanes unidos en tribus" y triplemente compuestas, de tribus que forman naciones o estados (*ibidem,* pp. 58-59).

Es entonces interesante notar que Sierra cita a una *Sociología* de Spencer refiriéndose tal vez a *El estudio de la sociología,* de la que se dice (*ibidem,* p. 51) que es "el más legible de los trabajos de Spencer". Esta influencia se hace notoria, por ejemplo, cuando Sierra dice: "La celdilla, compleja ya, del organismo social es la familia"

(p. 179).

Volviendo al pasaje helenístico, se notará la importancia que Sierra atribuye a la formación de un gran imperio como Roma, que está en total acuerdo con las ideas de Spencer. No debe extrañar, entonces, que el autor campechano sugiera que este hecho haya sido el más importante de la historia, pues debe recordarse que hasta hacía poco no había existido otro estado europeo más poderoso ni extenso.

Relacionado con ello, tampoco debe extrañar que, de acuerdo con Mommsen *(Historia romana),* Sierra vea en Grecia a una civilización frustrada por su falta de unidad nacional y, aunque posteriormente (en 1900) y en carta a su esposa nuestro autor declararía su preferencia por el arte griego sobre el romano, la desunión de Grecia es lo que, para Sierra, explicaría su sumisión e incorporación a Roma, pues llega a decir (p.

375): "Filipo [V de Macedonia] […] no supo […] prepararse, formando un solo Estado compacto de la Grecia, a resistir el

choque de las legiones romanas [...] ”

Otra vertiente intelectual que se puede detectar en nuestro pasaje helenístico es el eurocentrismo, que se refleja en la idea de la superioridad de la cultura griega (europea) que con la conquista de Alejandro se logra imponer a una inferior (la oriental). Hay que mencionar aquí que en una carta a Segismundo Moret, entonces líder del Partido Liberal español, Sierra se declara español, y que en una carta a su esposa, cuando viajaba a Europa, dice que por fin se acercaría a la fuente de la civilización. Esto se relaciona con la calificación de salvajes que el maestro hizo de los mayas insurrectos. Desde luego, también es cierto que, siendo secretario de Instrucción Pública, Sierra impulsó la restauración de Teotihuacán y el transporte de la cruz maya de Palenque al Museo Nacional. Ésta es una actitud contradictoria característica de todos los positivistas y ya hecha notar por Zea, aunque es claro que el eurocentrismo no ha sido privativo de los positivistas ni tampoco de la burguesía mexicana, sino que era un prejuicio dominante en aquella época y que aún pervive.

93

Finalmente, me limito a señalar que el término “reacción preponderante” no me parece ser mera fraseología o expresión puramente retórica en un autor notorio por su lenguaje preciso, por lo que me parece que hay que buscar su origen en la sociología de Spencer, quien por su parte se caracterizaba por la acuñación de sonoras expresiones técnicas.

Trataré ahora sobre las fuentes antiguas del *Compendio.*

Éstas son difíciles de detectar en una obra de síntesis como la de Sierra. Se puede poner como ejemplo de ello el siguiente pasaje que describe la situación en la corte macedonia en Babilonia a la muerte de Alejandro (p. 267):

A la muerte de Alejandro, los generales de la infantería y de la caballería de su ejército formaron dos bandos distintos para disputarse el poder; por fin se llegó a una combinación en virtud de la que Filipo Arridaos, un hermano de Alejandro, casi un idiota, fue reconocido como rey. Pérdicas fue nombrado su tutor y su primer ministro […]

Sierra pasa a enumerar la repartición de cargos entre los amigos y cortesanos de Alejandro y concluye: "Seleuco mandaba las guardias a caballo, el puesto más importante quizá después del de Pérdicas cerca del monarca".

Las fuentes antiguas sobre estos hechos son las *Historias de los diádocos* de Arriano (fr. 1, 1-8), la *Crónica* de Dexipo (fr. 1.1-7), la *Biblioteca histórica* de Diodoro (XVIII.

2-4), el *Epítome de Trogo* de Justino (XIII. 2-4), la *Vida de Eumenes* de Plutarco (3.1-2), la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio Rufo (X. 19-31) y la *Historia siria* de Apiano (52). Dado que Sierra mismo declara tener casi nulo conocimiento del griego y muy limitado del latín, se debe descartar de entrada a Arriano, Dexipo y Justino. Habría que averiguar si había traducciones disponibles (al francés o al español) de las obras de Diodoro y Curcio. De Plutarco se sabe que había una traducción al español de Antonio Ranz Romanillos, publicada entre 1820 y 1830.

Sin embargo, hay que notar que este pasaje no sigue estrictamente ninguna de las fuentes citadas, lo cual abre dos posibilidades: que ésta sea una síntesis de varias fuentes antiguas o que haya que buscar la fuente o las fuentes en una obra moderna. En todo caso, no debe extrañar en un compendio la ausencia de referencias puntuales.

A pesar de las dificultades por rastrear las fuentes en cada caso, la cosa cambia si se le contempla desde una perspectiva

más general. Por ejemplo, si se analizan las cinco páginas en las que Sierra se ocupa de Grecia entre la muerte de Alejandro y la batalla de Salasía (que él escribe Selasia), de entrada se hace sospechosa la influencia de Plutarco, quien dedica una de sus *Vidas* al derrotado en aquel paraje, Cleómenes III de Esparta.

Además, Sierra empieza el relato mencionando la actuación de otros personajes plutarqueos: Foción y Demóstenes (p. 268).

Las luchas de los diádocos (pp. 268-271) pueden provenir con facilidad de las *Vidas* de Foción, Eumenes y Demetrio.

La invasión de los galos (p. 271) no es tratada por Plutarco. Sus fuentes son Just.

XXIV. 4-8; XXV.1-2; D. S. XXII. 3-4; 9, la *Guía de Grecia* de Pausanias (I. 4; 16.2 y X.

94

19.5-23), la crónica de Heraclea Póntica de Memnón (frs. 8.8 y 11), la Crónica de Eusebio (I [Schoene] 235-236) y las *Historias* de Polibio (IV. 46). Dado que esta última obra presenta datos radicalmente distintos y que las otras son bastante recónditas, lo más probable es que Sierra hubiera extraído estos datos de una obra moderna.

Por lo que toca al crecimiento de la Confederación Aquea (p. 271) se nota una fuerte influencia de la *Vida de Arato,* aunque la cita final de Polibio (que no he podido localizar) puede indicar que Sierra también usó sus *Historias.*

El punto de vista sobre la Confederación Etolia y la molicie tebana provienen sin duda de Polibio, pero este influjo puede ser indirecto (pp. 271-272).

Finalmente, el relato sobre las reformas de Agis y Cleómenes en Esparta (pp. 272-273) depende evidentemente de Plutarco, cuya obra sigue fielmente Sierra, para comentar al final: "La

Macedonia había recobrado su ascendiente en la Grecia, cuya agonía terminaba ya".

En lo que se refiere a las fuentes modernas, lo que más llama la atención es su actualidad, cosa ya notada por O'Gorman. No es raro que Sierra haga referencia a obras publicadas el año mismo en que fue escrito el *Compendio.*

En el apéndice presento la lista de las obras modernas citadas por Sierra en la parte consagrada a la antigüedad clásica de su tratado de historia antigua. De ella se desprende que Grote fue el autor más usado para la parte de Grecia, y Mommsen para la de Roma.

El *Compendio de historia antigua* de Justo Sierra, elaborado como libro de texto para la preparatoria, fue como dice O'Gorman, una obra capital en la historiografía mexicana no sólo, como afirma aquel autor, por su enfoque científico evolucionista, sino también como libro único por su tema y por la calidad de la investigación que subyace a la obra.

Sierra confiaba en que el estudio de la historia general daría pie a investigaciones particulares que contribuirían a entender el decurso de la historia mexicana en su contexto general, pero la sensata división de la materia de "Cronología, historia general y nacional" en "Historia universal" e "Historia de México" en la preparatoria, así como el empeño de los historiadores mexicanos en estudiar tan sólo la historia de su propio país han frustrado esa esperanza.

El *Compendio* de Sierra aparece pues como un ejemplo a seguir.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre el periodo histórico: D. Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna de México,* 10 vols., México, Hermes, 1955-1972, t. IV-

VIII. En particular sobre la cultura, véase el tomo IV de esta obra, o José Luis Martínez,

"México en busca de su expresión", en D. Cosío Villegas (ed.), *Historia general de México,* 4 vols., 2ª. ed., México, El Colegio de México, 1977, III, pp. 283-337, 313-337.

Las obras de Sierra están consignadas en la *Bibliografía general de don Justo Sierra,* por José Ignacio Mantecón y otros (México, UNAM, 1969). Sus *Obras completas (OC)* fueron publicadas en catorce volúmenes por la UNAM de 1948 a 1950 y reeditadas en 1977 y 1984. La *Bibliografía* ha hecho evidentes sus omisiones.

El *Compendio de historia antigua* fue incluido como volumen X de las *OC.* Su editor fue Edmundo O'Gorman, quien usó el texto de la segunda edición (ejemplares de la primera fueron localizados sólo 95

posteriormente, *cf. Bibliografía* núm. 580 y las fotos de las respectivas portadas de las ediciones en las pp. 56 y 57). Este editor lo retituló *Historia antigua.*

Sobre la vida de Sierra se han escrito las obras siguientes: Gabriel Ferrer de Mendiolea, *Justo Sierra, el maestro de América,* México, Editorial Xóchitl, 1947; Agustín Yáñez, "Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra. Estudio general" en *OC,* I, pp. 9-218, editada por separado en México, UNAM, 1950 (y reimpresa en 1962), y C. Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo,* edición de M. Pou M., traducción de C. Ortega, 2

vols., México, UNAM, 1986.

Acerca de la preparatoria, véase E. Lemoine V., *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda, 1867-1878,* México, UNAM, 1970, y C. Díaz y de Ovando y E. García Barragán, *La Escuela Nacional Preparatoria: los afanes y los días, 1867-1910,* 2 vols., México, UNAM, 1972.

Sobre la sociología positivista y la obra de Spencer: N. S. Timasheff, *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1961 (con reimpresiones), y J. Rumney, *Spencer,* México, Fondo de Cultura Económica, 1944 (reimpreso en 1978, contiene una bibliografía muy completa).

Sobre el positivismo en México, la obra fundamental es la de Leopoldo Zea, *El positivismo en México* (2

vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1943 y numerosas reimpresiones). En particular sobre el positivismo de Sierra: Daisy Rivero A. e Iliana Rojas R., *Justo Sierra y la filosofía positivista en México,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

El único estudio general sobre el *Compendio* de Sierra es la introducción de O'Gorman a su edición (*OC* X, 5-9).

96

APÉNDICE

A continuación se presenta la lista de autores citados por Sierra en la parte correspondiente a la antigüedad clásica (pp. 131-288 y 311-535) del *Compendio de historia antigua.* En el caso en que ha sido posible, se han incluido las fechas de nacimiento y muerte, el campo profesional y de investigación del autor y los títulos de sus obras significativas, sobre todo cuando se tiene la certeza o existe la posibilidad de que hayan sido consultadas por Sierra. También se registran el tema a propósito del cual el autor es mencionado, la página del *Compendio* en que se encuentra la mención y, en algunos casos, algún comentario. La información ha sido extraída de varias enciclopedias por mí y por el alumno Benito Gabino Flores. Los títulos de los libros no han sido uniformados. Las abreviaturas usadas para designar las enciclopedias se encuentran descifradas al final del apéndice. Los autores son presentados en orden alfabético.

ABREVIATURAS

DP A. M. Garibay K. (ed.), *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México. Suplemento,* México, Editorial Porrúa, 1966.

E-C Diccionario enciclopédico Espasa, 24 v., 8ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1979.

EI G. de Sanctis *et al.* (eds.), *Enciclopedia italiana di scienze, lettere ed arti,* 31 v., Roma, Instituto della Enciclopedia Italiana, 1949-1952.

El XXS P. Augé (ed.), *Encyclopédie Larousse du XXe. siècle,* 7 v., París, Librairie Larousse, 1928-1953.

EUI Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana, 108 v., Madrid, Espasa-Calpe, 1908-1985.

97

GE Der grosse Brockhaus, 18 v., 16ª ed., Wiesbaden, F. A. Brockhaus, 1952-1960.

GE M. Berthelot *et al.* (eds.), *La grande encyclopédie. Inventaire raisonné des sciences, des lettres et des arts,* 31 v., París, H. Lamirault (s. f.).

GR K. Christ, *Von Gibbon zu Rostovtzeff. Leben und Werk führender Althistoriker der Neuzeit,* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979.

MEL Meyers enzyclopädisches Lexicon.

Autor

Arbois de Jubainville, Henri d' (1827-1910)

Historiador, arqueólogo y filólogo. Profesor de idiomas célticos en el Colegio de Francia.

Obra

Artículos en la *Revue Celtique.* (con Dottin), *Cours de la littérature celtique; Les premiers habitants de l'Europe,* 1877.

Tema

p. 145n

origen de los nombres "heleno" y "jonio".

p. 312n

origen del nombre "Italia".

p. 313

poblamiento de Italia por los iberos.

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Aubé, Louis (1826-1887)

Profesor y erudito. Enseñó en el Liceo Condorcet.

Obra

Histoire des persécutions l'église, V. I, 1876, II, 1878, III-IV, 1881-1885.

98

Tema

p. 491

obra sobre el Imperio romano.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Beaufort, Louis de (-1795)

Cronólogo.

Obra

Dissertation sur l'incertitude des cinq premiers siècles de la république romaine, Utrecht, 1738.

Tema

p. 319

cronología de los orígenes de Roma.

Fuente

GE

Comentario

"El libro estaba casi olvidado cuando Michelet y Taine volvieron a atraer sobre él la atención pública" *(GE).*

Autor

Beulé, Charles-Ernest (1826-1874)

Arqueólogo y político. Ministro del Interior.

Obra

Artículos en la *Revue des deux mondes* (*cf.* "El taller de Fidias", *Revue des deux mondes,* 1861, citado por Sierra, *OC,* XIV, p. 226); *Fouilles et découvertes,* 1875.

Tema

p. 147

Príamo como rey oriental.

p. 226

el Zeus Olímpico de Fidias.

99

p. 474

"el drama del Vesubio".

Fuente

GE

Comentario

"Desde 1864 hasta su muerte no hay descubrimiento arqueológico importante del que no haya rendido cuenta… Escribía en la *Revue des deux mondes* artículos inspirados por el deseo de dar a conocer al público letrado los progresos de la ciencia arqueológica" *(GE).* Sierra escribió su obituario: "Beulé y Kaulbach", *El Federalista,* 29 de abril de 1874, p. 3 = *OC,* III, pp. 170-174.

Autor

Blanc, Auguste-Alexandre-Philippe-Charles (1813-1882)

Escritor y crítico de arte, hermano de Louis. Profesor en el Colegio de Francia.

Obra

Grammaire des arts du dessin, 1867.

Tema

p. 28

comparación de la proporción arquitectónica oriental y griega.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Bruzza

Sacerdote católico y arqueólogo.

Obra

Tema

p. 320

descubrimiento de inscripciones griegas en el muro serviano.

Fuente

Comentario

100

Autor

Bunsen, Christian Karl Josias Fr. von (1791-1860)

Diplomático y teólogo. Fundador de la Escuela Alemana en Roma y discípulo de Niebuhr.

Obra

Die Zeichen der Zeit, 2 vols., 1855; *Gott in der Geschichte oder der Fortschritt des Glaubens an eine sittliche Weltordnung,* 3 vols., Leipzig, 1857-1858 (hay una traducción, resumida, al francés).

Tema

p. 230n

impresión de la estatua del Zeus Olímpico de Fidias sobre un obispo renacentista alemán (con referencia explícita a *Dios en la historia).*

Fuente

GE

Comentario

"El autor se propone establecer, pero por una vía racional y sin recurrir a la autoridad de la Iglesia, que las diversas religiones antiguas contienen algunos puntos de vista religiosos, una especie de revelación de la divinidad, que convergen en y dan lugar al cristianismo, revelación suprema y definitiva" (*GE*).

Autor

Burnouf Emile-Louis (1821-1907)

Filólogo e historiador de la religión.

Obra

La *Il.* y la *Od.,* obras de historia de la literatura griega; *Estudio de mitología comparada; La ciencia de las religiones; La vida y el pensamiento; Orígenes de la poesía helénica.*

Tema

p. 150

la *Ilíada* y la *Odisea,* de distintos autores (con referencia explícita a *Orígenes de la poesía...).*

p. 189

la unidad de los poemas homéricos data de la época de Pisístrato.

p. 224

filiación sánscrita de los dioses helénicos (con referencia a la *op. cit.).*

101

Fuente

GE

Comentario

Autor

Calliaud

Obra

Tema

p. 203

Darío hizo construir un templo en "el gran oasis" egipcio "a donde habían enviado los reyes saítas colonias griegas".

Fuente

Comentario

Autor

Clinton, Henry Fynes (1781-1852)

Filólogo, miembro del parlamento británico.

Obra

Fasti Bellenici, a Civil and Literary Chronology of Greece, 1824-1834; *Fasti Romani, a Civil and Literary Chronology of Rome and Constantinople from the Death of Augustus to the Death of Heraclius,* 1845-1850.

Tema

p. 250n

cronología del siglo IV a. C.

p. 462

cronología del nacimiento de Cristo.

Fuente

EUI

Comentario

Autor

102

Corssen, Wilhelm (1820-1875)

Filólogo.

Obra

Über die Sprache der Etrusker, 1873-1875.

Tema

p. 314

filiación indoeuropea de la lengua etrusca.

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Curtius, Ernst (1814-1896)

Arqueólogo e historiador. Profesor de historia antigua en la Universidad de Berlín.

Obra

Die Ionier vor der ionischen Wanderung, 1855; Beiträge zur geographischen Onomatologie der griechischen Sprache, 1861; Griechische Geschichte, 1857-1861; *Atlas von Athen,* 1878.

Tema

p. 145

significado de la palabra "jonio".

p. 147

ortografía de la palabra "ilión".

p. 152

origen de los jonios.

p. 223

identidad de los pelasgos y los jonios.

p. 225

rasgos de Cibeles en Deméter y Atenea.

Fuente

GR, pp. 68-83 y 362-363

Comentario

Autor

103

Delbet, Ernest-Pierre-Julien (1831-1908)

Médico, político y publicista.

Obra

(Con Perrot y Guillaume), *Exploraciones del Asia Menor,* París, 1872.

Tema

p. 225n.

origen asiático de Heracles.

Fuente

EUI

Comentario

vide infra sub Perrot.

Autor

Desjardins, Ernest-Emile-Antoine (1832-1886)

Epigrafista e historiador. Catedrático de geografía en la Escuela Normal Superior.

Obra

Géographie de la Gaule romaine, París, Hachette

Tema

p. 367n.

ruta de Aníbal en Galia (con referencia explícita a la *Géographie de la Gaule).*

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Draper

Obra

Tema

p. 286

el museo de Alejandría como cuna de la ciencia.

Fuente

104

Comentario

Autor

Dubois-Reymond, Emil (1818-1896)

Fisiólogo. Profesor en Berlín. Especialista en electricidad biológica.

Obra

Über die Grenzen des Naturerkennens. Reden, 1912.

Tema

p. 509

(llamado Dubois-Raymond)

falta de desarrollo de la ciencia romana.

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Duncker, Maximilian Wolfgang (1811-1896)

Historiador.

Obra

Historia de la antigüedad, 3 vols., Madrid, 1875.

Tema

p. 514

falsedad de la victoria de M. Aurelio Claudio sobre los alemanes.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Duruy, Jean-Victor (1811-1894)

Historiador, ministro de Instrucción Pública.

Obra

Historia del pueblo romano, 7 vols., 1870-1879; *Histoire grecque,* 1887-1889.

105

Tema

p. 315n

adelantos de la cultura etrusca.

p. 415n

adelantos de la cultura gala.

p. 483

gobierno de Adriano (*cf.* Duruy "a quien constantemente seguimos en este periodo…").

p. 491

obra sobre el Imperio romano.

p. 500

el senado bajo Septimio Severo.

p. 509

los generales romanos y las invasiones bárbaras.

p. 510n

disminución de la población del Imperio romano durante el siglo III d. C.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Erasmo, Desiderio (1467-1536)

Escritor y filósofo.

Obra

Opera omnia emendatoria et auctoria, Leiden, 1703-1706.

Tema

p. 319

fuentes sobre los orígenes de Roma.

Fuente

EUI

Comentario

Lange se ocupa de él en su *Histoire du materialisme (vide infra),* I, pp. 200; 323 y 354.

Autor

106

Fick, August (1833-1916)

Indogermanista. Profesor de lingüística comparada en Berlín.

Obra

Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Sprache, 2 vols., 2ª ed., 1870; *Die griechische Personennamen nach ihrer Bildung erklärt,* 1874.

Tema

p. 132

filiación mongólica de los finlandeses

Fuente

MEL

Comentario

Autor

Fustel de Coulanges, Numa Denis (1830-1889)

Historiador. Profesor en París.

Obra

La cité antique, Estrasburgo, 1864; artículos en la *Revue des deux mondes,* 1870.

Tema

p. 180n

"en esto que puede llamarse la teoría de la ciudad primitiva, seguimos la excelente obra de… Fustel … *La ciudad antigua".*

p. 322n

origen de Roma (con referencia expresa).

p. 333n

lucha entre los reyes y la aristocracia romana (con referencia).

p. 335

(sin nombrarlo) suerte de los reyes romanos.

p. 422n

crítica a Guiraud *(vide infra).*

p. 510n

disminución de la población del Imperio Romano durante el siglo III d. C.

Fuente

EUI

Comentario

107

Autor

Gibbon, Edward (1737-1794)

Historiador. Miembro del parlamento británico.

Obra

History of the Decline and Fall of the Roman Empire, Londres, 1776-1788.

Tema

p. 518

cita sobre el carácter de Diocleciano.

p. 521

tolerancia del cristianismo por el imperio.

p. 525

legislación de Constantino.

Fuente

GR, pp. 8-25 y 356-357

Comentario

Autor

Grimm, Wilhelm (1786-1859)

Arqueólogo y literato. Profesor en Gotinga.

Obra

Irische Elfenmärchen, Leipzig, 1826; *Deutsches Wörterbuch,* 1852.

Tema

p. 132

los finlandeses como último resto de la población original de Europa.

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Grimm, Jakob, Ludwig Karl (1785-1863)

Filólogo, arqueólogo y literato.

Obra

108

Tema

Fuente

Comentario

Autor

Grote, George (1794-1871)

Historiador.

Obra

Historia de Grecia, 12 vols., Londres, 1846-1856.

Tema

p. 138

"el agregamiento helénico".

p. 149

toma de Troya.

p. 150n.

diferencias entre *Il.* y *Od.*

p.151

velocidad de la marcha de los dorios en su invasión de Grecia.

p. 153

Magnesia ad Sypilum, Magnesia ad Maeandrum.

p. 154

emigración del padre de Hesíodo.

p. 162

relaciones "interpolíticas" griegas.

p. 168

Licurgo y la moneda.

p. 173

modo de vida espartano.

p. 177

tiranías arcaicas.

p. 185n

sobre Solón.

p. 190

la *Od.,* obra de un solo autor.

Fuente

EUI

109

Comentario

cf. G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX,* traducción de E. de Champourcin y R. Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, pp. 315-321.

Autor

Grote, George (1794-1871)

Historiador.

Obra

Tema

p. 218

Pericles, "el primer ministro del pueblo ateniense".

p. 227n

ídolos fálicos.

p. 231

diversificación de metros poéticos.

p. 239

injusticia del recurso de Corcira a Esparta (431).

p. 255

Demóstenes como "el ornamento más bello de Grecia".

p. 264

ejecución de Filotas y Parmenión.

p. 280

Timoleón.

p. 283

error de "la opinión vulgar sobre los sofistas".

Fuente

Comentario

Autor

Guillaume, Edmond (1826-1894)

Arquitecto.

Obra

(Con Perrot y Delbet), *Exploraciones del Asia menor,* París, 1872; *Histoire de l'art et de l'ornement,* 1886.

110

Tema

p. 225n.

origen asiático de Heracles.

Fuente

EUI

Comentario

vide infra sub Perrot.

Autor

Guiraud, Paul (1850-1907)

Historiador. Profesor en París.

Obra

Le différend entre César et le Sénat, tesis, París, 1878 (París, Hachette, 1879).

Tema

p. 422n.

relaciones entre César y el senado (con referencia detallada).

Fuente

GE

Comentario

Autor

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1770-1831)

Filósofo. Profesor en Berlín.

Obra

Filosofía de la historia;

Filosofía de la religión;

Estética; Historia de la filosofía.

Tema

p. 266

juicio sobre Alejandro.

p. 283

error de "la opinión vulgar sobre los sofistas".

Fuente

111

E-C

Comentario

Autor

Helbig, Wolfgang (1839-1915)

Arqueólogo, segundo secretario del Instituto Arqueológico Alemán en Roma.

Obra

Wandgemälde der vom Vesuv verschüttete Städte Campaniens, Leipzig, 1868; *Das homerische Epos an den Denkmälern erläutert,* 2ª ed., 1887.

Tema

p. 312n

las *terramaras.*

Fuente

GE

Comentario

Autor

Hirschfeld, Otto (1843-1922)

Historiador y epigrafista. Profesor en Berlín. Discípulo y colaborador de Mommsen en el *Corpus Inscriptionum Latinarum.*

Obra

Die kaiserlichen Verwaltungsbeamten bis auf Diokletian, 1877.

Tema

p. 458

"evolucion de las instituciones" bajo Claudio.

p. 491

obra sobre el Imperio romano.

Fuente

EI

Comentario

Autor

112

Hoëk

Obra

Tema

p. 449n

admirador de Tiberio.

Fuente

Comentario

Autor

Humboldt, Karl Wilhelm Fr. von (1767-1835)

Crítico y filólogo.

Obra

Examen de las investigaciones sobre los primeros habitantes de España; Carta sobre la lengua china.

Tema

p. 133n

los vascos como resto de los iberos.

Fuente

E-C

Comentario

Karápanos, Konstantinos (Carapanos, Constantino) (1840-1914)

Político y arqueólogo. Ministro de Finanzas de Grecia.

Obra

Dodone et ses ruines, 1878.

Tema

p. 139n

sitio de Dodona.

Fuente

GE

113

Comentario

Autor

Kirchhoff, Adolf (1826-1908)

Filólogo. Profesor en Berlín.

Obra

Euripides, 3 vols., 1867-1868; *Die homerische Odysee und ihre Entstehung,* 1859; *Komposition der Odysee, 1869; Studien zur Geschichte des griechischen Alphabets,* 1863.

Tema

p. 321

origen de la escritura romana.

Fuente

GE

GB

Comentario

Autor

Kühn, Franz Felix Adalbert (1812-1881)

Erudito. Profesor en el *Gymnasium* de Koelln (Berlín).

Obra

Zur ältesten Geschichte der indo-germanischen Völker, Berlín, 1845; *Die Herabkunft des Feuers und des Göttertranks,* Berlín, 1859.

Tema

p. 224

filiación sánscrita de los dioses griegos.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Lachmann, Karl Konrad Friedrich Wilhelm (1793-1851)

Filólogo. Profesor en Berlín.

114

Obra

Betrachtungen über Homers Ilias, 3ª ed., 1874.

Tema

p. 189

unidad de los poemas homéricos.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Lange, Friedrich Albert (1828-1875)

Fundador del neokantismo.

Obra

Histoire du materialisme.

Tema

p. 283

error de "la opinión vulgar sobre los sofistas".

p. 284

Platón como "padre del espiritualismo".

p. 285n

los espiritualistas inhibieron el desarrollo de la ciencia en Grecia.

p. 286

el museo de Alejandría como "cuna de la ciencia".

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Laurent

Obra

Histoire de l'humanité, 2 vols. (s. d.)

Tema

115

p. 146

la época heroica (*sc.* la narrada por Homero) no fue una edad de oro.

Fuente

Comentario

Autor

Layard, Austen Henry (1817-1894)

Arqueólogo. Subsecretario de Asuntos Extranjeros de la Gran Bretaña.

Obra

Descubrimientos en las ruinas de Nínive y Babilonia; Los monumentos de Nínive.

Tema

p. 227

bajorrelieves de Pteria

(Capadocia) similares a los de Nínive.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Lenormant, François (1837-1883)

Historiador.

Obra

Manual de la historia antigua del Oriente; Historia de los pueblos orientales y de la India; Historia del pueblo judío.

Tema

p. 149

cronología del sitio de Troya.

Fuente

E-C

Comentario

116

Autor

Lepsius, Karl Richard (1810-1884)

Egiptólogo.

Obra

El libro de los reyes del antiguo Egipto; Cronología de los egipcios; La XII dinastía de los reyes egipcios.

Tema

p. 203

Darío hizo construir un templo en "el gran oasis" egipcio "a donde habían enviado los reyes saítas colonias griegas".

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Lewes, George Henry (1817-1878)

Literato y crítico.

Obra

Lope de Vega y Calderón; Vida de Goethe; Aristóteles.

Tema

p. 283

error de "la opinión vulgar sobre los sofistas".

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Littré, Emile (1801-1881)

Filósofo positivista

Obra

Aplicación de la filosofía positivista al gobierno de las sociedades.

Tema

117

p. 240

naturaleza de la peste en Atenas.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Marquardt, Joachim (1812-1882)

Historiador. Director de varias escuelas.

Obra

Manuel d'antiquités romaines, IV-VII (administración, vida privada), 1873-1882.

Tema

p. 491

obra sobre el Imperio romano.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Maspéro, Gaston (1846-1916)

Egiptólogo.

Obra

Historia antigua de los pueblos de Oriente.

Tema

p. 148

hegemonía de los teucros sobre Troya.

p. 247

la guerra, esencial para los imperios orientales.

Fuente

E-C

Comentario

118

Autor

Maury, Louis-Ferdinand-Alfred (1817-1892)

Arqueólogo y erudito.

Obra

Histoire de la réligion de Grèce antique, París, 1857-1858; *Croyances et légendes de l'antiquité,* París, 1863.

Tema

p. 132

Atlántida, región del Atlas.

p. 141

analogías entre Agni y Asclepios.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Mendoza, Gumersindo

Médico. Director del Museo de Arqueología, Historia y Etnografía de México (1876-1883).

Obra

Artículos en *La naturaleza;* edición del *Atlas* de Diego Durán; *Catálogo de las colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional de México,* México.

Tema

Fuente

DP

Comentario

Autor

Merivale, Charles (1808-1893)

Historiador.

Obra

Fall of the Roman Republic, 1853; *History of the Romans under the Empire,* 1859-1862; *General History of Rome,* 1874; *The Roman triumvirates,* 1876.

119

Tema

p. 449n

juicio general sobre Tiberio.

p. 455

juicio generla sobre Calígula.

p. 491

obra sobre el Imperio romano.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Michelet, Jules (1798-1874)

Historiador.

Obra

Histoire romaine, 1831; *Introduction à l'histoire universelle; Bible de l'humanité,* 1864 (traducción española, 1877).

Tema

p. 317

extensa cita de la *Histoire romaine* sobre los etruscos.

p. 318

la crisis de la república romana como "disolución de la ciudad".

p. 433

juicio sobre las palabras de Bruto al morir.

p. 467

cita sobre Nerón.

p. 475

delicadeza y virtud de Domiciano.

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Mommsen, Theodor (1817-1903)

Arqueólogo e historiador.

120

Obra

Römische Geschichte, 4 vols., 1854-1856 (traducción al español de García Moreno, 1876-1877).

Corpus inscriptionum latinarum.

Tema

p. 312

filiación de los yapigios.

p. 315

aversión de Mommsen hacia el arte etrusco.

p. 320

las primitivas instituciones de Roma.

p. 321

origen de la escritura romana.

p. 322

situación geográfica de Roma.

p. 323

"aspecto moral" de la Roma primitiva.

p. 335n

falta de participación popular en la fundación de la República.

p. 342n

envío de tres romanos a estudiar constituciones griegas, p. 34.

p. 343

apelaciones en materia capital en Roma.

p. 345

los galos, lansquenetes de la antigüedad.

p. 358

ciudades confederadas no latinas.

p. 366

sólo las ciudades españolas pueden resistir como Sagunto contra Aníbal.

p. 367

Aníbal pasó por el Pequeño San Bernardo.

p. 371

cita de Mommsen sobre un juicio general de Escipión Africano.

p. 383

la crisis de la República como revolución.
p. 406
Sila, el don Juan de la política.
p. 422
la actitud de César frente al senado fue legal.
p. 426
victoria moral de César sobre los sublevados en Campania.
121
p. 430
César como el mortal que más ha trabajado.
p. 440
Octavio fundó una "dyarquía".
p. 448
la dyarquía dependía de la voluntad del príncipe.
p. 458
reformas de Claudio.
p. 491
corpus de inscripciones.
Fuente
GR, pp. 84-118 y 363-365
Comentario
Autor
Montaigne, Michel Eyquem de (1533-1592)
Literato y moralista.
Obra
Essais, París, 1872.
Tema
p. 266
defensor de Alejandro.

Fuente

EUI

Comentraio

Autor

Montesquieu, Charles de Secondat, barón de la Brède et de (1689-1755) Publicista, filósofo, jurisconsulto e historiador.

Obra

L'esprit des lois, Génova, 1748 (en *Obras,* 1875-1879).

Tema

p. 266

defensor de Alejandro.

122

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Mounier

Obra

Vercingentorix et l'indépendance gauloise

Tema

p. 415n

deplora la conquista romana de Galia.

Fuente

Comentario

Autor

Müller, Friedrich Max (1823-1900)

Lingüista, orientalista y antropólogo. Profesor de Oxford.

Obra

Leçons sur la science du langage, traducción francesa, 1864; *Nouvelles leçons sur la science du langage,* traducción francesa, 1867; *Intro-*

duction à la science comparée des religions, 1874.

Tema

p. 224

filiación sánscrita de los dioses griegos.

Fuente

ELXXS

Comentario

Autor

Müller, Karl Ottfried (1797-1840)

Filólogo y arqueólogo. Profesor en Gotinga.

123

Obra

Handbuch der Archäologie der Kunst, Wroclaw, 1830; *Denkmäler der alten Kunst,* 1832; *History of the Literature of the Ancient Greece,* Londres, 1840; *Die Dorier,* 2ª edición, Wroclaw, 1844.

Tema

p. 223

la no autoctonía de la cultura griega (con referencia a *Die Dorier* y a la *Historia de la literatura...)*

p. 232

su superioridad ha salvado las obras conservadas de Píndaro.

p. 332

dominio de los etruscos sobre Roma.

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Niebuhr, Barthold Georg (1776-1831)

Historiador.

Obra

Römische Geschichte, 3 vols., 1811-1832; *Vorträge über alte Geschichte, an der Universität zu Bonn gehalten,* edición de M. Niebuhr, 3 vols., 1847-1851; *Vorträge über alte Länder- und Völkerkunde...,* edición de M. Isler, 1851.

Tema

p. 320

intento de reconstrucción de la historia primitiva de Roma.

p. 321

epopeyas y leyendas primitivas romanas.

Fuente

GR, pp. 26-49 y 357-359.

Comentario

Autor

Orelli, Johannes Kaspar (1787-1849)

124

Filólogo. Profesor en Zürich.

Obra

Cicero, 8 vols., 1826-1837.

Tema

p. 491

corpus de inscripciones.

Fuente

EI

Comentario

Autor

Paparrigópoulos, Konstantínos (Paparrigopoulo, Constantin) (1815-1891) Historiador. Profesor en Atenas.

Obra

Historía toû hellenikoû éthnous, 5 vols., 2ª ed., Atenas, 1887-1888 (traducción resumida al francés de la 1ª ed.: *Histoire de la Civilisation*

hellénique, París, Hachette, 1878).

Tema

p. 146n

los poemas homéricos, fuente de la cultura predoria (con referencia precisa).

p. 147

cita sobre la historicidad del sitio de Troya (con referencia).

p. 153

los dorios de las islas, en realidad aqueos.

p. 161

(sin nombrarlo) la colonización arcaica, buena para el mundo, mala para Grecia.

p. 230

inexistencia del arte dorio (con referencia).

p. 287

abundancia de griegos y helenizantes en el Oriente (con referencia).

Fuente

GE

Comentario

125

Autor

Perrot, Georges (1832-1914)

Arqueólogo. Profesor en París.

Obra

(Con E. Guillaume), *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bythinie,* 2

vols., 1862-1872; (con Ch. Chipiez), *Histoire de l'art dans l'antiquité,* 10 vols., 1881-1914.

Tema

p. 224

la diosa del amor, divinidad de la antigüedad griega y oriental.

p. 225n

origen asiático de Heracles (véase comentario).

p. 227n.

ídolos fálicos.

Fuente

MEL

Comentario

El *MEL* hace referencia al libro registrado en la columna bibliográfica, mientras que Sierra habla de unas *Exploraciones del Asia Menor,* París, 1872, cuyos autores serían, además de Perrot, Guillaume y Delbet *(vide supra).*

Autor

Preller, Ludwig (1809-1861)

Filólogo. Trabajó en Jena.

Obra

Metodología griega; Mitología romana; Historia philosophiae graecae et romanae ex fontium locis contexta; Dioses de la Antigua Roma, traducción al español de Dietz.

Tema

p. 323

el "aspecto moral" de la Roma primitiva.

p. 325n.

semones e *indigetas* (con referencia precisa a *Los dioses...).*

Fuente

E-C

126

Comentario

Autor

Renan, Ernest (1823-1892)

Historiador y filósofo. Profesor en el Colegio de Francia.

Obra

Histoire générale; Histoire du peuple d'Israël; Souvenirs d'enfance et de jeunesse.

Tema

p. 490n

legitimidad de Cómodo.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Renier, Charles-Alphonse-Léon (1809-1885)

Epigrafista. Director de la Escuela Práctica de Estudios Superiores.

Obra

Mélanges d'épigraphie, 1854; *Recueil des inscriptions romaines de l'Algérie,* París, 1855-1858.

Tema

p. 491

corpus de inscripciones

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Réville, Albert (1826-1906)

Teólogo.

Obra

127

Etudes historiques et dogmatiques, 1859; Theodore Parker, 1865; *Le mythe de Prométhée.*

Tema

p. 140

origen sánscrito del nombre de Prometeo (con referencia precisa a *Le mythe...).*

Tema

EUI

Comentario

Autor

Rougé, Olivier-Charles-Emmanuel (1811-1872)

Egiptólogo. Profesor en el Colegio de Francia.

Obra

Chrestomatie égyptienne, 4 vols., 1863-1876; *Recherches sur les monuments qu'on peut attribuer aux six premiers dynasties de Manéthon,* 1864-1865.

Tema

p. 203

política egipcia de Darío.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Schliemmann, Heinrich (1822-1890)

Arqueólogo.

Obra

Antigüedades troyanas; Tyrins; Ithaka, der Peloponnes und Troja, Leipzig, 1869.

Tema

p. 147

excavaciones en Hisalrik.

p. 148

excavaciones en Itaca.

p. 160

128

construcciones ciclópicas en Itaca.

Fuente

E-C

Comentario

cf. K. Zimmermann, "Heinrich Schliemann – ein Leben zwischen Traum und Wirklichkeit", *Klio,* LXIV, 1982, pp. 513-531.

Autor

Sismondi, Jean-Charles-Léonard Simonde de (1773-1842)

Economista e historiador.

Obra

Histoire des français, 31 vols.; *Histoire des républiques italiennes,* 16 vols.; *De la littérature du midi de l'Europe.*

Tema

p. 531

el Imperio romano de Occidente bajo Honorio.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Smith, Reginald Bosworth (1838-1908)

Historiador, enseñó en Harrow.

Obra

Mohamed and Mohamedanism, Carthage and the Carthaginians, Londres, 1878.

Tema

p. 360n

cultos cartagineses (con *referencia detallada).*

Fuente

EUI

Comentario

129

Autor

Soury, Jules-Auguste (1842-1915)

Filósofo. Sub-bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Francia.

Obra

Etudes historiques sur les réligions, les arts, les civilisations de l'Asie anterieure et de la Grèce, 1877; *Jesus et les Evangiles,* 1878.

Tema

p. 227

cita sobre el arte lidiofrigio.

Fuente

GE

ELXXS

Comentario

Autor

Spencer, Herbert (1820-1903)

Filósofo y sociólogo.

Obra

The Study of Sociology, 1873; *Essays: Moral, Political and Aesthetic,* Nueva York, D. Appleton, 1878; *Principes de sociologie,* París, G. Baillère, 1883-1890.

Tema

p. 139n

origen de la religión griega (con referencia a una *Sociología).*

p. 179n

cita para mostrar el enfoque de la escuela evolucionista sobre los mitos (con referencia a una *Sociology).*

p. 180n

el culto de los antepasados como origen de la religión (con referencia detallada).

Fuente

E-C

Comentario

cf. J. Rumney, *Spencer,* traducción de T. Muñoz Molina, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

130

Autor

Stark, Karl Bernhard (1824-1878)

Arqueólogo, profesor en Heidelberg.

Obra

Etudes archéologiques, Westlar, 1852; *Niobe et les Niobides,* Leipzig, 1863; *La gigantomachie et le temple de Jupiter Tonnat à Rome,* Heidelberg, 1869; *Handbuch der Archäologie der Kunst,* Leipzig, 1878.

Tema

p. 449n

juicio general sobre Tiberio.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Strauss, David Friedrich (1808-1874)

Teólogo y escritor.

Obra

Das Leben Jesu, 1835-1836; *Der alte und neue Glaube,* 1872.

Tema

p. 462

historicidad de Jesús.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Thierry, Amédée-Simon-Dominique (1797-1873)

Historiador y político. Hermano de Augustin.

Obra

"De la société romaine et de l'êtat du christianisme aux IVe. et Ve. siècles", *Revue des deux mondes,* 1861-1865.

131

Obra

p. 345

carácter de los galos.

p. 503

constitutio Antoniniana.

Fuente

GE

Comentario

Autor

Vico, Giambattista (1668-1743)

Filósofo. Profesor en Nápoles.

Obra

Principi di scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni..., 3ª ed., 1744.

Tema

p. 320

reconstrucción de la historia primitiva de Roma.

p. 342n

absurdo del viaje de legisladores romanos a *póleis* griegas.

Fuente

E-C

Comentario

Autor

Whitney, William Dwight (1827-1894)

Lingüista y orientalista. Profesor en Tubinga.

Obra

Language and its Study, 2ª ed., Londres, 1876; *The Life and Growth of Language,* Londres, 1875.

Tema

p. 132

semejanza entre el vasco y los idiomas americanos.

132

Fuente

EUI

Comentario

Autor

Zeller, Eduard (1814-1908)

Filósofo.

Obra

Die Philosophie der Griechen, in ihrer geschichtlicher Entwicklung dargestellt, 1869-1881.

Tema

p. 235

la filosofía surgió en un medio asiático.

Fuente

E-C

Comentario

133

VI. ROBERT VON PÖHLMANN

(1852-1914)

DE LOS HISTORIADORES cuya obra se analiza en el presente estudio, éste es uno de los menos conocidos. Su desconocimiento está en relación inversamente proporcional a su importancia, cosa que trataré de mostrar en este capítulo.

Pöhlmann fue un historiador muy prolífico desde muy joven: su primer libro, *La expedición romana del emperador Enrique VII y la política de la curia, de la casa de Anjou y de la liga güelfa,* fue publicado cuando tenía veintitrés años y escribió otros once libros. No se puede decir que haya sido ignorado, ya que fue profesor en la Universidad de Erlangen de 1884 a 1901, luego pasó a ser profesor en Munich, en 1907

fue nombrado secretario de la "clase histórica" de la Academia de Ciencias de Baviera y en 1909 el káiser Guillermo II lo ennobleció (de ahí el *von).*

A pesar de todo esto, su obra no ha tenido la resonancia que merece y no es casual que se hayan hecho pocos estudios sobre él y que se haga poco uso de su obra máxima, la *Historia de la cuestión social y del socialismo en el mundo antiguo,* que fue publicada por primera vez de 1893 a 1901 con el título *Historia del comunismo y del socialismo antiguos.* De ella analizaré la tercera edición, preparada por Friedrich Oertel y aparecida póstumamente en 1925.

El menosprecio mencionado se debe a varias causas. Una de ellas es que von Pöhlmann no era propiamente un clasicista, sino que originalmente estudió economía, de donde pasó a la historia medieval y sólo en 1879 a la historia antigua; pero siempre dedicado a problemas sociales y políticos.

No debe entonces sorprender que un historiador como Pöhlmann se haya interesado por la "cuestión social" y el socialismo.

Por "cuestión social" — *soziale Frage,* en alemán— se entendía en la Alemania recién unificada el conjunto de problemas causados y de asuntos relacionados con la desigualdad de clases y agudizados

por el desarrollo del capitalismo industrial. En la antología *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888),* Clara Lida incluye varios documentos que usan esta frase. El más antiguo está en una definición de socialismo hecha por Fernando Garrido en su libro *El socialismo y la democracia ante sus adversarios* (3ª. ed., Louches, 1862; Lida no aclara cuándo 134

apareció la primera edición; pp. 131-132). En esa misma antología se incluye un par de artículos con el título "Los pobres y el Ateneo de Madrid" aparecidos en la *Revista Social* el 14 y el 21 de diciembre de 1877. Ahí se consigna que en 1870 la Sociedad Económica Matritense y en 1877 el Ateneo de Madrid habían dedicado sendas sesiones a la discusión de la cuestión social y en ambas ocasiones habían excluido a los obreros (pp.

411-416). Finalmente, esa misma revista publicó el 14 de junio de 1883 un artículo sobre disturbios sociales en el campo andaluz con el título de "¡La pavorosa cuestión!" (pp.

439-441). Para 1894 se puede comprobar que el término se había vuelto banal con tan sólo escuchar la zarzuela *La verbena de la paloma,* representada por primera vez en Madrid el 17 de febrero de aquel año. En efecto, en esta obra hay un diálogo entre dos policías, gallegos por más señas, en el que se refieren al discurso del gobierno en relación con la cuestión social. El hecho de que se trate de un diálogo obviamente emprendido para matar el tiempo y el de que los dialogantes no demuestren tener mayor idea del asunto prueba que la expresión se había vuelto trivial y corriente. En México también se encuentra esta expresión, aunque bajo la forma de "el problema social", presentada por el introductor del socialismo en este país, Plotino Rhodakanaty, quien en su *Cartilla socialista,* publicada en 1861, la usa varias veces. Se trata pues de una expresión corriente entre socialistas utópicos y detractores del socialismo en la época del ascenso de la socialdemocracia, que se puede situar entre 1870 y 1914.

El concepto de socialismo sigue vigente, así que no necesita mayor explicación, pero sí se requiere averiguar cómo lo entendía Pöhlmann, en cuya opinión se trataba de un movimiento cuyos fines eran alcanzar "una etapa 'superior' del desarrollo humano"

mediante la socialización de la producción y "la victoria del principio comunal sobre las formas de vida individualistas de la sociedad de hoy" (pp. 3-4). Es claro que von Pöhlmann era antisocialista y de hecho su obra es un intento monumental (978 páginas en la tercera edición) por refutar esta doctrina.

Es obvio que si Pöhlmann habla de un socialismo antiguo, debe haber pensado también que habría un capitalismo antiguo y, de hecho, la sección del segundo capítulo de la obra se titula "El estado aristocrático y los principios del capitalismo y del socialismo". Se refiere al siglo VII a. C. (la Grecia arcaica) y empieza de la siguiente manera:

A pesar de las deficiencias de la tradición podemos considerar como sabido tanto: el socialismo como crítica del capital es el producto de una época ya muy temprana de la historia griega. Ya en el curso del siglo VII, la economía capitalista había alcanzado una proporción y una extensión tales en las regiones más desarrolladas social y económicamente del mundo helénico, que era experimentado como un pesado fardo por amplias capas del pueblo. Aquí nos encontramos por primera vez con una clase social que, como es el producto del principio económico capitalista, aparece también como la portadora de su negación socialista [pp. 128-129].

No debe pues sorprender que, para Pöhlmann, el primer crítico de este capitalismo haya sido Hesíodo.

Éste es pues un historiador de nuevo cuño (no son casuales sus numerosas críticas a Mommsen) que ya no se preocupa por hacer grandes síntesis sobre la caída del Imperio 135

romano o la época helenística, sino que se empeña en aplicar los conceptos de las ciencias sociales de su época para reinterpretar las sociedades antiguas. No debe entonces extrañar que su método sea

tan diferente del actual ni que sus conclusiones parezcan ahora disparatadas, sino más bien debe admirarse su audacia intelectual y, bajo esa óptica, emprender el análisis.

En esta empresa me limitaré al primer capítulo. Siguiendo el procedimiento empleado con Mommsen, empezaré por definir el lugar de esta parte en el contexto total de la obra.

La *Historia de la cuestión social y del socialismo en la antigüedad* consta de dos libros. El primero está consagrado a "Hellas", la Hélade, o sea Grecia, y el segundo se ocupa de "Roma y el Imperio romano". Según Christ, el primero es superior al segundo.

El primer libro contiene los siguientes capítulos:

1. "El comunismo de las etapas sociales más antiguas. Verdad y poesía" (pp. 3-114).

2. "La democracia social" (pp. 114-419).

3. "La reacción de la teoría estatal y social filosófica" (pp. 419-488).

4. "Planes organizativos para la erección de un nuevo orden estatal y social" (II, pp. 3-268).

5. "El estado social mundial del fundador de la Estoa" (II, pp. 268-274).

6. "La novela política" (pp. 274-324).

Mientras que el segundo libro está conformado de la manera siguiente: *1.* "Los principios del Estado y el comunismo agrario" (II, pp. 327-341).

2. "El desarrollo del orden económico capitalista" (II, pp. 341-348).

3. "El movimiento social a la luz de las concepciones partidistas dominantes" (II, pp. 248-389).

4. "El crecimiento de la pobreza y su transformación en conciencia social autónoma" (II, pp. 389-417).

5. "La crítica de la sociedad" (II, pp. 417-437).

6. "El socialismo democrático y el utopismo romántico" (II, pp. 437-463).

7. "El cristianismo" (II, pp. 464-508).

Aquí se analizará pues la primera décima parte de la obra, consagrada a la idea de un comunismo primitivo y sus bases reales, tema en el que Pöhlmann ejercerá sus dotes de crítico de la ideología socialista y de historiador y que abarca toda la historia de Grecia.

En efecto, el primer capítulo está subdividido en la forma siguiente: *I.* "El comunismo de la época primitiva" (pp. 3-12).

II. "La comunidad doméstica y la cuestión de la comunidad agraria en Homero" (pp. 12-36).

III. "El Estado comunista de Lípari" (pp. 36-41).

IV. "Presuntas huellas del comunismo en Magna Grecia" (pp. 41-45).

V. "La alimentación de los ciudadanos organizada estatalmente en Esparta y Creta y el socialismo del tipo de sociedad guerrera" (pp. 46-61).

VI. "La constitución agraria espartano-cretense" (pp. 61-80).

VII. "El estado social de la leyenda y el derecho natural socialista" (pp. 80-114).

En la primera sección, Pöhlmann critica la idea de Morgan (*Ancient Society,* 1877) y de Engels (*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,* 1888) de que la 136

primera forma de sociedad fue comunista. Algunas de sus críticas son justas; tal es el caso de su afirmación (p. 7) de que Morgan subestima la antigüedad del género humano o de que en sociedades primitivas se encuentran mezclados distintos regímenes de propiedad *(ibidem).*

En su introducción a las *Formas que precedieron la sociedad capitalista,* Hobsbawm señala cómo Marx y Engels, en un principio, concebían como progresista todo lo que ayudara al desarrollo capitalista (y por eso vieron con buenos ojos la conquista inglesa de la India,

y la del norte de México por los Estados Unidos), pero luego, conforme fueron desarrollando su visión del capitalismo, también fueron apreciando las formas comunales primitivas tales como el *mir* ruso o las organizaciones sociales y políticas de los indios americanos. La comparación entre grupos étnicos primitivos y su retroyección a la historia y a la prehistoria ha corrido con gran fortuna y no ha sido privativa del marxismo, pero el desarrollo de la arqueología ha tenido como resultado el descubrimiento de que el género humano surgió aún mucho antes de lo que pudiera imaginar Pöhlmann.

Actualmente, a pesar de los esfuerzos de Childe por equiparar el paleolítico y el neolítico con las etapas del desarrollo propuestas por Morgan y asumidas por Engels, hay que partir del hecho, me parece, de que aunque la historia de la humanidad antes del surgimiento de estados es mucho más compleja de lo que parecía hace un siglo, no se pueden detectar indicios de propiedad privada antes del surgimiento de la agricultura y de las ciudades en el neolítico y, en cambio, todo indica una comunidad de bienes, un comunismo primitivo prelegal. Otro problema es el caso de los restos de tal estructura social en la historia de Grecia.

Precisamente, Pöhlmann aborda esta cuestión en la segunda sección, titulada "La comunidad doméstica y la cuestión de la comunidad agrícola en Homero". Aquí nuestro autor empieza por advertir que los asertos homéricos no pueden situarse con precisión cronológica y, como el título indica, se ocupa de dos asuntos: el *oíkos* y la propiedad de la tierra.

Para analizar lo primero, Pöhlmann se basa en la descripción de la casa de Príamo en la *Ilíada* (VI. pp. 243-250) y, por desgracia, hace sólo una alusión a la de Néstor (*Od.* III.

p. 413) y tampoco toma en cuenta la mejor conocida, que es la de Odiseo.

En todo caso, Homero describe un edificio de 50 cuartos donde vivían Príamo y Hécuba con sus hijos y sus hijas. Aunque el poema no se ocupa de las relaciones sociales entre los miembros de esa fa-

milia, el historiador ve en esa descripción "una imagen inconfundible de las llamadas comunidades domésticas" (p. 13) en las que las familias extensas trabajaban juntas y se repartían el producto de ese trabajo, pero niega que su origen haya sido necesariamente primitivo, aduciendo el problema de Esparta, donde existían lotes sembrados por varios hermanos.

A continuación, Pöhlmann trata el pasaje de Aristóteles (*Pol.* I. 1. 8. 1252b) según el cual las aldeas son conjuntos de familias. Aunque reconoce, como Tucídides (I. 10), que la aldea era la unidad de colonización de la Grecia primitiva, afirma, con razón (p. 16), 137

que "las comunidades gentilicias de ninguna manera eran una asociación democrática, sino que estaban más o menos controladas por un jefe patriarcal".

En la actualidad existe el consenso de que "el mundo de Odiseo" no corresponde estrictamente a época histórica alguna y, según Finley, se puede decir que corresponde a la edad oscura, aunque su testimonio sólo se puede usar en una perspectiva general y con un método comparativo.

En ese mundo, el *oíkos* juega un papel fundamental, ya que los poemas muestran una comunidad débil donde las unidades domésticas constituyen el pilar. Desde luego, no todos los *oíkoi* eran iguales pues, habiendo propiedad privada, se daban también diferencias en el tamaño de los *oíkoi.* Naturalmente, los *oíkoi* de reyes como Príamo y Néstor eran de los más grandes y aparecen como excepcionales, pero cada uno era una unidad de producción y consumo. En todo caso, su existencia no puede usarse para abonar o descartar la existencia anterior de un comunismo primitivo y no se puede decir que sea una supervivencia de esa forma de organización social.

En su discusión de la comunidad de la tierra, Pöhlmann tiene más éxito en demostrar la importancia de la agricultura que en cualquier otra empresa. Hay que admitir, sin embargo, que la visión es la correcta y que todo indica que la propiedad sobre la tierra era dada

por sabida en los poemas homéricos, y por ello Finley dijo (*WO,* p. 60): "La base del *oíkos* era su tierra".

Pöhlmann prueba que la visión sobre la existencia de residuos de propiedad comunal se basa en prejuicios, pero va demasiado lejos cuando afirma (p. 35) que el cultivo de la vid y el olivo son un "síntoma del desarrollo *original* de la propiedad privada sobre la tierra" (cursivas mías) y es consecuente cuando afirma que si desde la época homérica se da la propiedad, debe haber habido también una cuestión social, pero es sorprendente que no aluda al episodio de Tersites, el soldado que osó tomar la palabra en una asamblea de los aqueos para criticar a Agamemnón (*Il.* II. 211-271).

Sobre el comunismo de las Lípari, Pöhlmann tiene razón al señalar que se trataba del caso particular de una sociedad guerrera (pp. 36-41) y ésa es la interpretación que sigue privando.

En lo que toca a las "supuestas huellas del comunismo en la Magna Grecia" (pp. 41-45) nuestro autor subraya, con razón, la falta de claridad de las fuentes.

Las secciones sobre "la alimentación de los ciudadanos organizada estatalmente en Esparta y Creta y el socialismo del tipo de sociedad guerrera" (pp. 46-61) y "la constitución agraria espartano-cretense" (pp. 61-80) son tal vez las más lúcidas y completas. Pöhlmann abre la primera discutiendo la idea de una comunidad originaria en la propiedad de la tierra, basada en la leyenda (Plu., *Lyk.)* según la cual Licurgo dividió equitativamente la tierra y asignó nueve mil lotes a otros tantos espartanos, y basada también en la expresión "campo político" *(politiké khôra)* usada para designar parte de la tierra espartana según el testimonio de Polibio (VI. 45. 3).

Es cierto que la tradición sobre Licurgo no tiene bases históricas y que la leyenda sobre la invasión de los dorios no muestra trazas de comunismo. Tiene razón Pöhlmann 138

también cuando señala que la *politiké khôra* sólo puede entenderse en contraposición con la tierra propiedad de los periecos.

Su posición frente a los límites de la propiedad por su función social trasciende al liberalismo y, con ello, los propios límites ideológicos de su época.

Finalmente, Pöhlmann acierta cuando resalta la contradicción entre una supuesta igualdad licúrgica (testimoniada primero por Platón) y la desigualdad social de la que se encuentran signos a partir de la *Odisea.* Una comparación de los testimonios sobre la propiedad de la tierra en Esparta da la razón a nuestro historiador, pues indica que su distribución nunca fue igualitaria.

La última sección, consagrada al estado social legendario y al derecho natural socialista, es la más extensa. En ella, Pöhlmann se ocupa de la visión idealizada de un estado natural *(Naturzustand)* así como la de algunas constituciones, en especial la espartana.

Nuestro autor muestra, en efecto, cómo algunos pensadores griegos, y Eforo sobre todo, habían propuesto la idea de que, en su estado natural, el hombre había vivido sin propiedad privada y que sólo un alejamiento de ella había dado pie a la propiedad y provocado una desigualdad social aberrante por antinatural.

Por otra parte, Eforo mismo planteó que, en un principio, la constitución espartana había garantizado la igualdad en la propiedad entre los espartanos; Pöhlmann dice que esta idea le había sido sugerida por su maestro Isócrates, quien idealizó la *pátrios politeía* ateniense.

Nuestro historiador piensa que estas ideas, surgidas en el siglo IV a. C., no tienen fundamento alguno en una tradición histórica, sino que son un producto meramente ideológico, por lo que concluye (p. 112):

En todas las épocas agitadas en las que las instituciones sociales y políticas existentes ya no responden a las necesidades ni a los deseos más profundamente sentidos y se empiezan a desmoronar, nos encontramos también con esta aspiración por salir de este proceso destructivo de la vida presente hacia el mundo del ideal.

Se trata pues de meras construcciones ideológicas sin fundamento.

Hay que admitir, desde luego, que nuestro autor tiene razón en afirmar que los pensadores griegos que elaboraron una visión de una sociedad primitiva sin propiedad no se basaron en una tradición histórica y que su idealización de Esparta los obligó a elaborar explicaciones sobre la decadente situación de esta *polis* cuando escribían, situación que no correspondía al modelo.

En lo que Pöhlmann yerra es en su punto de vista modernista. Es posible —y hasta necesario— estar de acuerdo con él en que, en épocas de crisis, los pensadores tienden a la idealización, pero también es cierto que tales procesos teóricos no son todos igualmente fantasiosos y que las circunstancias históricas específicas de la crisis determinan la validez como alternativa teórica de esas elaboraciones mentales. Por lo tanto, no se puede equiparar el pensamiento socialista del siglo pasado con las doctrinas 139

del estado natural y de una constitución igualitaria surgidas en la Grecia del siglo IV a. C.

sin vaciarlas de su especificidad histórica.

Marx y Engels plantearon precisamente que la humanidad se encontraba en la encrucijada más importante de su historia, pues por primera vez desde el surgimiento de la civilización se le planteaba la posibilidad de acceder al socialismo.

Este hecho histórico sin precedentes era el que —según ellos— confería un carácter científico a su propuesta y este hecho implicaba la presencia de una clase social, el proletariado, que no puede liberarse sin liberar con ello a la sociedad entera que, por el carácter del capitalismo, se ha vuelto una sociedad mundial. Marx y Engels nunca negaron tener predecesores y contemporáneos ni pusieron tampoco en duda que los primeros se remontaron a periodos históricos anteriores, pero aunque en la antigüedad se hubiera llegado a idealizar una sociedad sin propiedad, desde su punto de vista faltaba el

sustento histórico real que confiriera un carácter científico y una posibilidad de realización a estas ideas.

Pöhlmann no discute esto porque para él todas las sociedades son iguales. Las diferencias, por ejemplo, entre un esclavo y un proletario industrial se pueden subsumir (aunque nuestro autor no lo dice) en la categoría de los pobres o los explotados, y la manera en que una sociedad funciona es siempre la misma, por lo que la historia se reduce a ciclos de progreso y de estancamiento en un mismo plano.

Decir esto es tan sólo enunciar la diferencia entre una concepción historicista como el marxismo y el liberalismo que está en la base de la visión modernista de la historia.

Pero la caracterización de las ideas que Pöhlmann plantea en esta sección no se agota con lo dicho. Para completarla, es necesario añadir que, en su análisis de la concepción de una constitución primitiva y de la visión idealizada en Esparta, este autor saca a la luz toda una corriente del pensamiento político que, partiendo de Platón e Isócrates, incluye a Eforo, Zenón, Dicearco, Polibio y Plutarco. El hecho de que las obras de Eforo, Zenón y Dicearco sólo se conserven fragmentariamente (y la de Polibio parcialmente) hacen más valioso el tratamiento que de su obra hace nuestro autor, mientras que su punto de vista lo inclina a presentarlos desde una perspectiva que le permite recalcar ciertos aspectos con un énfasis tal, que hacen el análisis muy interesante y estimulante. Hasta ahora han sido pocos los historiadores que han tratado estos asuntos y ninguno con la maestría de Pöhlmann.

Mención especial merece la discusión sobre la idealización de Esparta, estudiada posteriormente por Ollier en *El espejismo espartano* y por Tigerstedt en *La leyenda de Esparta en la antigüedad clásica.* Efectivamente, como Pöhlmann afirma, en el siglo IV

a. C. una serie de pensadores griegos (principalmente Platón, Jenofonte —a quien Pöhlmann no incluye— y Eforo) presentaron la constitución espartana como modelo y el primero dijo que en un principio la propiedad sobre la tierra había sido equitativa.

Es cierto que fueron los problemas económicos, sociales y políticos del momento los que impulsaron a los autores citados a idealizar a Esparta, pero estos problemas tenían una serie de características que Pöhlmann no menciona. La crisis a la que se enfrentaban los griegos del siglo IV a. C. fue desatada por la derrota ateniense en la guerra del 140

Peloponeso. No por casualidad esa coyuntura ha sido el objeto de estudio de una obra importante, *El fin de la democracia ateniense* de Claude Mossé, en la que la autora expresa ideas que luego matizaría o revisaría en el segundo volumen de *El mundo griego y el Oriente.* En esta última obra, Mossé dice que en el siglo IV a. C. se dio un desarrollo económico, pero que éste tendía a entrar en un conflicto con las estructuras políticas, o sea, con la *polis.* Otra característica de la primera mitad de este siglo, que es cuando surgió el espejismo espartano, fue la hegemonía espartana de la que ya se habló al tratar a Droysen.

Además, en el momento de su formulación por Platón y Jenofonte, su *polis,* Atenas, había restaurado la democracia y reafirmado su independencia respecto al orden impuesto por Esparta y Persia a raíz de la derrota ateniense en la guerra del Peloponeso, así que la idealización de Esparta no podía dejar de tener un carácter de oposición militante en contra de la constitución democrática ateniense. Lo mismo puede decirse de la idealización de la constitución primitiva ateniense por parte de Isócrates.

Esparta y la Atenas primitiva se presentaban así como verdaderos proyectos anticonstitucionales y esto no puede ser sino la expresión y la consecuencia de perspectivas históricas y de clase alternativas o, en otras palabras, en ausencia de una clase que tuviera posibilidades o intereses de liberarse del sistema, se cerraban también los horizontes históricos en el plano ideológico, y cualquier cambio se podía concebir sólo como un regreso al pasado o a una condición idealizada.

Todo esto escapa a Pöhlmann por su posición liberal y modernizante que hacía abstracción de estas circunstancias históricas, así que se puede decir que, al mismo tiempo que su obra revela algunos aspectos de la historia, oculta otros.

Lo que revela es un mundo de contradicciones sociales y una cierta idealización del pasado por parte de los socialistas y en este proceso se ocupa de problemas que sólo entonces habían entrado en el campo visual de la historiografía de la antigüedad y que, en cambio, ahora están en el centro de las preocupaciones de los estudiosos.

Lo que oculta es el funcionamiento específico de lo que para los marxistas son formaciones sociales distintas, y al hacerlo, paradójicamente, hace del proceso complejo de la historia un desarrollo uniforme y repetitivo, prácticamente cíclico.

Esta contradicción hace de Pöhlmann un historiador peculiar. En sus tiempos se ocupó de temas que sus colegas consideraban sin importancia o de mal gusto para unirse en el estudio de problemas económicos y sociales con gente cuya ideología iba en contra de todos sus principios, mientras que su actitud crítica hacia ellos los separó del público que podría haber estado interesado en su obra. Sin embargo, la síntesis que alcanzó, a pesar de sus defectos y limitaciones, pocas veces ha encontrado rival, mientras que su posición crítica la ha conferido una autoridad de gran historiador. Esa talla y la ignorancia en la que se tiene a su obra hacen muy necesario conocerlo.

BIBLIOGRAFÍA

141

La expedición romana... fue publicada en Gotinga en 1875. *La historia de la cuestión social...* ha aparecido como *Geschichte der sozialen Fragen und des Sozialismus in der antiken Welt,* introducción de K. Christ, apéndice de F. Oertel, 2 vols., 4ª ed., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1984. La cuestión social es definida en la p. 234 del primer volumen.

La antología de Lidia fue publicada en Madrid por Siglo XXI Editores en 1975. La *Cartilla* de Rhodakanaty ha sido incluida por Carlos M. Rama en *Utopismo socialista (1830-1893),* con prólogo, selección, notas y cronología, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 189-206. Véase por ejemplo la p. 190, donde el título de la primera lección es "El problema social". Marx usa la frase polémicamente: *MEW,* IV, pp. 340-343.

El modernismo sigue vigente en la historiografía y una interpretación de esa índole sobre la Grecia arcaica es *The Economic and Social Growth of Early Greece 800-500 B.C.* de Chester G. Starr (Nueva York, Oxford University Press, 1977). En contra, véase M. M. Austin y P. Vidal-Naquet, *Economic and Social History of Ancient Greece. An introduction* (Londres, B. T. Batsford, 1977, pp. 49-77; hay una versión francesa publicada por Armand Colín y una traducción al español publicada por Paidós).

P. Millett ha escrito un artículo sobre los aspectos socioeconómicos de la obra de Hesíodo, "Hesiod and his World", *PCPhS,* 210, 1984, pp. 84-115.

Tan sólo en el primer capítulo de *La cuestión social...,* Mommsen es mencionado en las pp. 9 y 29.

La obra de Morgan ha sido traducida al español y publicada en Madrid por la editorial Akal. De *El origen de la familia...* hay numerosísimas ediciones y traducciones; recientemente ha aparecido una obra conmemorativa de los cien años de publicación de este libro: *Familie, Staat und Gesellschaftsformation. Grundprobleme vorkapitalistischen Epochen einhundert Jahre nach Friedrich Engels Werk "Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats" (Familia, estado y formación social. Problemas fundamentales de épocas precapitalistas cien años después de la obra de Federico Engels...),* editada por J. Hermann y J. Köhn y publicada en Berlín por la Akademie-Verlag (1988).

La introducción de E. J. Hobsbawm apareció en Londres, publicada por Lawrence and Wishart en 1964 (pp.

9-65), M. N. y M. Murmis la tradujeron al español y publicaron en Buenos Aires en 1971 (Cuadernos de Pasado y Presente, pp. 5-47).

Sobre el paleolítico, véase J. Wymer, *The Paleolithic Age,* Londres, Croom Helm, 1982, donde se aceptan las ideas de Engels y Morgan. Gordon Childe se ocupó de estas ideas en "Prehistoria y marxismo", artículo incluido en *Presencia de Vere Gordon Childe,* editado por J. A. Pérez (México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1981, pp. 363-368). Sobre el surgimiento de la propiedad privada y el Estado: M. Mann, *The Sources of Social Power. Volume I: A History of Power from the Beginning to A. D. 1760,* Cambridge, University Press, 1986, pp. 34-104.

Moses Finley se ocupó del *oíkos* homérico en *The World of Odysseus,* 2ª. ed., Londres, Chatto and Windus, 1977, pp. 53-63 (hay una traducción al español publicada en México por el Fondo de Cultura Económica). Véase también *The Family in Classical Greece* de W. K. Lacey (Londres, Thames and Hudson, 1968, pp. 33-50).

Sobre la conformación de aldeas con base en *oíkoi* en Aristóteles, véase W. L. Newman, *The Politics of Aristotle,* 4 vols., Nueva York, Arno Press, 1973, II, pp. 118-119.

Las sociedades gentilicias han sido estudiadas por D. Roussel, *Tribu et cité. Etudes sur les groupes sociaux dans les cités grecques aux époques archaïque et classique,* París, Les Belles Lettres, 1976, y F. Bourriot, *Recherches sur la nature du génos: étude d'histoire sociales athennienne-périodes archaïque et classique,* 2 vols., Lille, Université de Lille III, 1976, reseñados por R. C. Smith, *EMC,* XIX, 1985, pp. 51-61.

Acerca de la historicidad de los poemas homéricos, además del libro ya citado de Finley, véanse A. M.

Snodgrass, *The Dark Age of Greece,* Edimburgo, University Press, 1971, pp. 388-394 (donde se afirma, p. 393, que "la contribución de los poemas homéricos, aunque de valor incalculable para la Grecia del siglo VIII, si es cernida con suficiente cuidado, en mi opinión no puede ser admitida para la historia de la época oscura") y J. V.

Luce, *Homer and the Heroic Age,* Londres, Thames and Hudson, 1975 (Luce sostiene que el relato de los poemas es histórico y que ellos sirven para documentar la cultura micénica). La opinión prevaleciente es la de Finley, que se expone en el texto.

Que yo sepa, no ha habido un estudio sobre la propiedad de la tierra en Grecia después del de P. Guiraud, *La propriété fonciére en Grèce jusq'a la conquéte romaine,* reimpresión publicada en Nueva York por Arno Press en 1979 de la edición original aparecida en París (Imprimerie Nationale, 1893). Pöhlmann no cita esta obra en el primer capítulo de su *Cuestión social...* aunque Guiraud comparte sus ideas y sobre el comunismo agrario 142

primitivo afirma (p. 21): "No hay en toda la literatura antigua un solo texto que, sanamente interpretado, confirme tal aserción" (de que este tipo de comunismo existió).

Sobre el comunismo de las Lípari, véanse R. J. Buck, "Communism in the Lipari Islands", *CP,* LIV, 1959, pp.

34-39, y la obra citada de Austin y Vidal-Naquet (pp. 236-238 de la versión inglesa).

En *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (editada por M. I. Finley) se incluyen varios artículos sobre la propiedad de la tierra en Magna Grecia (París, Mouton, 1973).

Sparta, editado por Karl Christ (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1986) es una colección de importantes artículos, con un estudio introductorio y una bibliografía. Creta ha sido estudiada por R. F. Willetts en *Ancient Crete: A Social History from Early Times Until the Roman Occupation,* Londres, Routledge, 1965.

Sobre la propiedad de la tierra en Esparta, *cf.* mi introducción a Plutarco de Queronea, *Vidas de Agis y Cleómenes,* México, UNAM, 1987, pp. XLV-L.

Sue Blondell (*The Origins of Civilization in Greek and Roman thought,* Londres, Croom Helm, 1986) se ocupa de las ideas de los griegos y romanos sobre el origen de la civilización. Reimar Müller trata "el mito de la edad de oro" (pp. 18-21), "la idea del estado natural

entre estoicos y cínicos" (pp. 71-74) y "las novelas utópicas helenísticas" (pp. 75-88) en el libro escrito por él mismo y R. Günhter, *Sozialutopien der Antike* (Leipzig, Edition, 1987).

Sobre Eforo se puede consultar G. L. Barber, *The Historian Ephorus,* Cambridge, University Press, 1935. Su visión de Esparta es analizada por Ollier (*Le mirage spartiate,* Nueva York, Arno Press, 1973, II, pp. 66-75).

M. I. Finley se ocupó de la idea de la *pátrios politeía* en "La constitución ancestral", en *Uso y abuso de la historia,* traducción de A. Pérez-Ramos, Barcelona, Editorial Crítica, 1977, pp. 45-90.

La teoría política del siglo IV a. C. es tratada por Mossé en *Le monde grec et l'Orient* (*cit.,* II parte, capítulo 3, pp. 189-221). La idealización tenía un papel importante en ella.

La especificidad histórica del marxismo es explorada por E. Mandel en *El lugar del marxismo en la historia,* México, s.p.i., 1988.

G. Lefèbvre se ocupa de la historia liberal en el capítulo XI (pp. 168-194) de su *Nacimiento de la historiografía moderna* citada en el capítulo 1 de la parte II.

La obra de E. N. Tigerstedt fue publicada en tres volúmenes en Estocolmo por Almqvist & Wiksell de 1965 a 1978.

E. M. y N. Wood se ocupan de la teoría política de Platón (entre otros) en *Class Ideology and Ancient Political Theory: Socrates, Plato and Aristotle in Social Context* (Oxford, Blackwell, 1978), mientras que W. E.

Higgins trata las ideas políticas de Jenofonte en *Xenophon the Athenian. The problem of the Individual and the Society of the Polis* (Albany, State University of New York Press, 1977). Ambos atenienses ocupan un lugar preponderante en las obras citadas de Ollier y Tigerstedt.

143

VII. MIJAIL IVANOVICH

ROSTOVTZEFF (1870-1952)

EN CONTRAPOSICIÓN a Pöhlmann, Rostovtzeff ha sido uno de los historiadores de la antigüedad más populares del siglo XX y, sin duda, el más popular después de Mommsen.

Rostovtzeff nació cerca de Kiev, en Ucrania, y era hijo de un funcionario ruso del ministerio zarista de educación.

Después de estudiar latín con Tadeus Zielinski y arqueología con N. P. Kondakov en la Universidad de San Petersburgo, recibió una generosa beca del Ministerio de Educación, la cual le permitió —entre 1895 y 1898— recorrer en el verano Italia, España y África del norte y, en el invierno, estudiar en Viena, París y Londres.

Habiendo traducido al ruso la *Guerra de las Galias* de César, entró como profesor de latín en su *alma mater* e impartió historia de Roma en una preparatoria para señoritas, donde al parecer ilustraba sus clases con transparencias. Hizo algunos estudios de arqueología e historia del arte y estaba por publicar un libro sobre *Helenismo e iranismo en Rusia meridional* (que sería publicado parcialmente y sin autorización del autor en 1925) cuando los bolcheviques tomaron el poder y Rostovtzeff salió al exilio dos meses más tarde, en enero de 1918.

La gran tragedia que para nuestro autor representó el triunfo de la primera revolución socialista fue para la historiografía el origen de la transformación de Rostovtzeff de un arqueólogo interesado en contextualizar la arqueología rusa en el decurso de la arqueología y de la historia universales en el mejor historiador antiguo de su tiempo, y es claro que su aciaga experiencia de burgués derrotado con su clase y obligado al exilio le sirvió como fuente de inspiración y materia de reflexión de manera tal que, muchos años después de la revolución de octubre, cuando alguien le hizo el comentario de que en el fondo había escrito toda su obra sobre la revolución rusa, él contestó: "¿Y sobre qué otra cosa podría haber escrito?"

Rostovtzeff salió pues de Rusia y pasó dos años en Oxford, pero, al parecer, nunca se adaptó al idiosincrásico sistema universitario inglés. Sin embargo, aparte de multitud de artículos políticos anti-

soviéticos, nuestro autor escribió *Iraníes y griegos en Rusia meridional* (1922), que es una adaptación de la obra que preparaba antes del exilio, y empezó a escribir su *Historia social y económica del Imperio romano* y un libro de 144

texto, *Historia del mundo antiguo.* A éstos deben agregarse decenas de artículos (su bibliografía, incompleta, sobrepasa los quinientos títulos).

De Oxford, Rostovtzeff pasó en 1920 a la Universidad de Wisconsin, en Madison.

En 1922 dejó de participar en los movimientos políticos de los rusos blancos (los

"gusanos" de entonces) y en 1925 pasó a la Universidad de Yale. Su *Historia social y económica del Imperio romano* apareció en 1926 y fue un éxito inmediato. Momigliano, entonces de 18 años, evoca la emoción que le causó una obra tan novedosa y poderosa en su capacidad de recrear lo que fue aquel imperio. Así, fue publicada en alemán en 1929, en italiano en 1933 y en español, por Espasa-Calpe, en 1937, durante la Guerra Civil española.

Rostovtzeff aprovechó su ascendiente para hacer que se rechazara a la delegación soviética del Congreso Internacional de Historiadores celebrado en Estocolmo en 1930, y en 1931 publicó una traducción al alemán de su obra aparecida en la URSS y que lleva el título de *Skythien undder Bosporus (Escitia y el Bósforo).* En 1941 apareció su obra magna: la *Historia social y económica del mundo helenístico,* cuya vigencia subsiste, pero que apareció en español, publicada por Espasa-Calpe, apenas en 1967.

A partir de entonces, Rostovtzeff participó en la exploración arqueológica de Dura Europos, una ciudad fundada por Seleuco en el siglo III a. C. y destruida por el sasánida Sapor en el siglo IV d. C y cuyo interés radica en haber sido el punto en el que las caravanas que comerciaban entre Persia y la Mesopotamia por una parte, y Egipto y el Mediterráneo por la otra, dejaban el curso del Éufrates y se adentraban en el desierto.

Esta ciudad formó sucesivamente parte del reino helenístico de Siria, del Imperio romano, del reino sirio de Palmira y del Imperio persa bajo el gobierno de los arsácidas y los sasánidas y, por su ubicación, fue punto de confluencia de las culturas griega, romana, siria, árabe y persa. Rostovtzeff organizó con la Universidad de Yale la expedición arqueológica que excavó este sitio y editó los reportes preliminares (1929-1952) y el reporte final en seis volúmenes (1943-1949).

El gran mérito de Rostovtzeff consiste en haber sido capaz de tomar en cuenta las fuentes arqueológicas, cuya publicación —aún ahora— es difusa y descriptiva, y fundirla con las fuentes históricas y epigráficas para presentar una visión orgánica y coherente del pasado. Ningún historiador, hasta ahora, ha sido capaz de igualarlo siquiera en esa capacidad, y en el Congreso Internacional de Arqueología Clásica celebrado en 1988 en Berlín occidental y consagrado a la arqueología helenística se hizo evidente que tampoco en este campo hay alguien que pueda rivalizar con Rostovtzeff y, lo que es peor, que a pesar del ejemplo de la obra de este historiador, los arqueólogos no se preocupan por la dimensión histórica de su quehacer, sino que se contentan con describir sus hallazgos.

Ahora bien, lo que se podría llamar el combustible de Rostovtzeff, lo que él quería decir y demostrar, eran un número limitado de ideas-guía que se pueden caracterizar como una ideología abiertamente burguesa y contrarrevolucionaria. Sin embargo, el chauvinismo en el que cayeron el gobierno y la intelectualidad soviéticos a partir de los años treinta les hizo adoptar una actitud muy cautelosa hacia él y, aunque no he realizado una investigación exhaustiva al respecto (no puedo corroborarlo en el libro de 145

Raskolnikoff citado en el primer capítulo de la segunda parte), tengo la impresión de que, en el peor de los casos, los historiadores soviéticos simplemente omitían mencionarlo, pero cuando lo hacían decían que a pesar de ser un historiador burgués (cosa de la que él siempre se jactó) presenta tal o cual idea. Para cualquiera que haya

leído la historiografía o, en general, obras de ciencia social soviéticas, debe ser claro que ésta es una actitud totalmente desusada, puesto que existe la tendencia en esas obras a clasificar como burgués a cualquier autor o teórico para descalificarlo (como si todos los burgueses fueran iguales, tuvieran la misma ideología y su clase hubiera sido ya completamente derrotada). No me sorprendería por lo tanto que una de las consecuencias de la *glasnost* fuera la traducción al ruso y la publicación de las obras de Rostovtzeff.

Las ideas clave mencionadas se podrían resumir rápidamente (y criticar fácilmente), pero me parece mejor dejar plantearlas al propio Rostovtzeff. Estoy de acuerdo con Christ en que su obra cumbre es la consagrada al mundo helenístico, pero sus ideas, como he dicho, fueron generadas por la Revolución rusa, así que estas ideas, sublimadas en 1941, aparecen mucho más evidentes en 1926 y, como él mismo dice, son enunciadas con meridiana claridad en su prefacio a la *Historia social y económica del Imperio romano* (p. XI):

Para ilustrar mi punto de vista y mi método, podría resumir brevemente los principales resultados a los que un estudio cuidadoso del aspecto social y económico de la historia imperial me ha llevado. Tal esquema puede ayudar al lector a encontrar el camino a través de los capítulos del libro.

Pasaré a analizar este prefacio, completándolo con observaciones y definiciones insertadas en el cuerpo de esta obra (pp. XII-XIII):

Una alianza entre la burguesía y el proletariado italianos, encabezada por políticos ambiciosos y caudillos militares, tuvo como resultado el colapso de la hegemonía de los dos órdenes de privilegiados de Roma —el senatorial y el ecuestre— que juntos habían formado la clase de latifundistas semifeudales y hombres de negocios, los cuales debían su prosperidad material a la explotación de los recursos del Estado y su poder político, a su riqueza. La actividad de Augusto dio expresión a esta victoria de las clases medias y bajas de ciudadanos romanos y representó un compromiso entre las fuerzas opositoras. Los Julios y los Claudios continuaron con la lucha: su

política consistió en construir un estado basado en la burguesía citadina del imperio en su conjunto y, mediante un terrorismo despiadado y cruel, dieron el golpe final a la influencia y a las aspiraciones de los magnates de la república tardía. Los restos de esta clase, así como sus sustitutos temporales —los favoritos de los emperadores— fueron eliminados por los Flavios cuando un nuevo estallido de guerra civil había probado la estabilidad de la nueva forma de gobierno, que fue sostenida por la clase media en todas las ciudades del imperio. Esta fuerte clase media formó la columna vertebral económica del Estado y fue conscientemente desarrollada por los emperadores, que siguieron una política coherente de fomento a la vida urbana, tanto en las provincias occidentales como en las orientales, pero que a través del cuerpo que la representaba en la capital —el nuevo senado imperial de los Flavios— y a través de la aristocracia municipal de las provincias, mostró su falta de voluntad para dar apoyo al sistema de gobierno en el que el principado augusteo había degenerado bajo los Julio-Claudios; esa tiranía militar que después del intento de Vespasiano por restaurar el principado augusteo fue revivida en el régimen autocrático de Domiciano. El resultado fue el establecimiento de la monarquía constitucional de los Antoninos, que descansaba en la clase media urbana a lo largo del imperio, y en la autonomía de las ciudades. A pesar de su poder autocrático, el monarca era visto como el principal magistrado del pueblo romano. A su lado, como un 146

consejo consultivo, estaba el senado, que representaba a la burguesía municipal. La burocracia imperial y el ejército estaban coordinados con los cuerpos autónomos en Italia y las provincias.

La existencia de una burguesía y un proletariado presupone la de un capitalismo, y esto es explicado por Rostovtzeff en una nota, de la manera siguiente (p. 543): Debo señalar que uso la expresión "capitalismo" en su sentido más amplio como la forma económica cuyo propósito es la ganancia, no el consumo, Naturalmente el capitalismo moderno es de un tipo completamente diferente y, en las formas

típicas en que se manifiesta ahora, era desconocido para el mundo antiguo.

Esto implica que el capitalismo no es visto como un modo de producción que marque de alguna forma una época determinada, sino más bien como un modo de organización económica que se puede dar aisladamente en cualquier sociedad.

Ahora bien, para Rostovtzeff, la génesis del principado fue consecuencia de una alianza entre burgueses (= clase media) y proletarios (= clase baja) en contra de los órdenes privilegiados (= senadores y *equites)* y bajo la égida de caudillos militares (César, Antonio, Augusto y otros). Los órdenes privilegiados son caracterizados como

"latifundistas semifeudales y hombres de negocios" que debían su riqueza al Estado. La alianza triunfante entre los burgueses y proletarios es vista como un compromiso, y el gobierno de los Julios y los Claudios (19 a. C.-68 d. C.) es visto como el periodo en el que las clases altas fueron destruidas por medio del terrorismo, que continuó bajo el gobierno de los Flavios (68-96 d. C.) El apoyo de la burguesía fue correspondido por los emperadores al fomentar la vida urbana, pero fue retirado cuando el principado degeneró en tiranía con Nerón y Domiciano, y eso fue lo que propició su caída. Todo esto muestra los rasgos de una interpretación clasista enmarcada en una ideología liberal. Las clases se definen geométricamente (por su lugar en relación con las otras) y geográficamente (por su relación respecto al binomio ciudad-campo), pero se sitúan en una visión que excluye un desarrollo histórico que vaya creando estructuras —y clases— distintas.

Esto se puede comprobar al analizar un pasaje de la *Historia social y económica del mundo helenístico* (pp. 612-613) donde, al explicar el fracaso de los intentos subversivos, afirma Rostovtzeff que el periodo revolucionario más peligroso se dio entre 220 y 145 a. C., y concluye con un homenaje involuntario a los bolcheviques: Los esfuerzos del proletariado fueron caóticos y esporádicos, la resistencia de la burguesía, firme, y los propósitos de los caudillos y seguidores del

proletariado, egoístas y predominantemente políticos, pues el proletariado era para ellos un peón en el juego político. Por lo tanto, la agitación social en Grecia permaneció estéril y destructiva, desplazándose de un lugar a otro y nunca alcanzando resultados duraderos y positivos.

Este pasaje puede ser visto, en mi opinión, como una imagen en negativo de la Revolución rusa pues en Rusia los esfuerzos del proletariado fueron organizados y constantes, la resistencia de la burguesía, débil, y los propósitos de los caudillos y seguidores del proletariado abnegados y predominantemente económico-sociales, pues el 147

proletariado era para ellos un fin en sí mismo, por lo que lograron consumar la revolución. De tal suerte, el desarrollo económico-social, y por ende el cultural, es visto como la consecuencia del predominio burgués y hay que concluir que los periodos de estancamiento tienen que ser épocas de predominio feudal o proletario. ¿Cuál es entonces la diferencia entre el mundo helenístico y el Imperio romano?

Según Rostovtzeff (*Historia social y económica del mundo helenístico,* p. 3), el capitalismo comercial de las ciudades griegas del siglo IV alcanzó un desarrollo cada vez más alto que llevó a los estados helenísticos muy cerca del estadio de capitalismo industrial que caracteriza la historia económica de Europa en los siglos XIX y XX;

en consecuencia (*ibidem,* pp. 5-6),

la civilización del periodo helenístico nunca llegó a ser una civilización greco-oriental. Siguió siendo casi exclusivamente griega, con una mezcla muy ligera de elementos orientales. El principal rasgo novedoso de la civilización griega en la época helenística no fue su carácter greco-oriental, sino cosmopolita.

Es difícil saber si Rostovtzeff pensaba que hubo una civilización grecorromana, aunque parece que no. Al hablar de la relación entre el campo y la ciudad en África, Galia e Hispania (pp. 211, 214-215, 554, n. 32 y 681, n. 316) identifica urbanización con romanización,

pero al ocuparse de Asia Menor (p. 556, n. 2) contrapone el helenismo de la provincia de Asia con la barbarie, susceptible de romanización, del interior, y al tratar sus ciudades (p. 193) afirma que "las clases altas en las provincias romanas y la sociedad urbana en general estaban más o menos romanizadas y helenizadas".

Volviendo al problema de la industrialización, Rostovtzeff comprueba que Roma tampoco llegó a este estadio de desarrollo y lo explica precisamente por la romanización del imperio, que implicó el desarrollo de manufacturas locales y el consiguiente cierre de mercados. Es notorio que nuestro autor da esta misma explicación para la decadencia económica de Grecia a principios de la época helenística, por lo que esta idea adquiere perfiles de teoría (*Historia social y económica del mundo helenístico,* pp. 343-352). Tal parece que el historiador ruso pensaba que era necesaria la extensión de *hinterlands* o de colonias incapaces de producir manufacturas, para que se desarrollara un centro productor, así que la expansión de Europa a América sería la clave de la Revolución industrial.

Naturalmente, dadas las características de su visión, Rostovtzeff pensaba que hubo lucha de clases en el imperio, y su dinámica es descrita de la forma siguiente (p. 117): Aparte de la rivalidad y la competencia perpetua entre [las ciudades]… había dos características notorias de la vida cívica que turbaban tanto a las autoridades urbanas como al gobierno romano: una lucha social continua entre ricos y pobres y una fuerte oposición de parte de la población entera, tanto ricos como pobres, a los métodos administrativos de los gobernadores romanos. Así, los movimientos sociales en las ciudades, especialmente entre los proletarios, adoptaron necesariamente un aspecto antirromano, puesto que los romanos apoyaron como regla a las clases gobernantes, los opresores manifiestos del proletariado.

148

Dos características sobresalen en este pasaje. La más importante es la ecuación —

muy finamente notada— entre demandas proletarias y demandas nacionales. La urbanización es equiparada con un proceso de desarrollo del capitalismo y creación de una burguesía, proceso del que la lucha de clases no puede estar ausente. Los pueblos autóctonos, que conformaban comunidades rurales, al pasar a la ciudad, se proletarizan y esto nos lleva al segundo aspecto: se encuentra en este pasaje una contraposición entre el campo y la ciudad, que es uno de los *Leitmotivs* cuyas huellas se pueden detectar en toda la obra de este autor.

Así, después de narrar el gobierno de los Flavios y los Antoninos (que es representado como la cumbre del Imperio romano; véase pp. 123-124), Rostovtzeff dedica la primera parte del capítulo sobre la economía en ese periodo a "las ciudades.

Comercio e industria" (las ciudades son tratadas de la p. 130 a la 150) y la nota 4, una de las más largas (pp. 593-597), es un elenco bibliográfico, impresionante en su amplitud, de monografías consagradas a ciudades romanas.

En esta perspectiva, es coherente que Rostovtzeff conciba al campo (pp. 13-14) como el área inmóvil donde se preservaban las culturas autóctonas y las viejas estructuras socio-económicas a las que se contrapone la "agricultura científica" impulsada por la burguesía agrícola, como se puede ver en la p. 194, donde, al hablar del desarrollo de la agricultura en Italia, se comenta: "La producción del vino fue organizada de manera científica sobre líneas capitalistas, sobre todo para la venta y la exportación".

El tratamiento que Rostovtzeff hace de la caída del Imperio romano también da muestras de coherencia.

En efecto, este fenómeno es descrito (p. 541) como

la absorción gradual de las clases educadas por las masas y la consecuente simplificación de todas las funciones de la vida política, social, económica e intelectual, lo cual llamamos la barbarización del mundo antiguo.

Así, se ve que la caída de Roma no es considerada un triunfo del proletariado o la consecuencia de alguna revolución, sino un fracaso de la burguesía por reproducirse y crecer.

Es curioso ver cómo, después de discutir los intentos por explicar este fenómeno aduciendo causas políticas, económicas, biológicas y religiosas, Rostovtzeff renuncia a toda explicación aunque reconoce que los enfoques mencionados contribuyen a la comprensión del asunto.

En todo caso, aquí tampoco quita Rostovtzeff el dedo del renglón y hace una alusión final al bolchevismo, que viene al caso en este contexto (pp. 356-357): No olvidemos que las teorías políticas y sociales más modernas sugieren que la democracia es una institución anticuada, que es podrida y corrupta, ya que es producto del capitalismo, y que la única forma justa de gobierno es la dictadura del proletariado, lo cual significa una destrucción completa de la libertad civil e impone sobre todos y cada uno el único ideal del bienestar material y del igualitarismo fundado sobre el bienestar material.

149

Aquí es claro que Rostovtzeff está considerando al bolchevismo una estrategia del proletariado (y sus técnicos) para acceder al gobierno y supone que tal estrategia, encarnada en la dictadura proletaria, niega sin decirlo (nótese que nuestro autor dice sólo

"sugiere") la democracia, que sólo puede ser burgués. Con esta misma perspectiva, el historiador ruso concluye su obra preguntándose, sin poder dar respuesta, qué debe hacer la burguesía (p. 541):

La evolución del mundo antiguo tiene una lección y una advertencia para nosotros. Nuestra civilización no durará, a no ser que sea una civilización no de una clase, sino de las masas [...] Otra lección es que los intentos violentos de nivelación social nunca han ayudado a levantar a las masas. Han destruido a las clases superiores y resultado en la aceleración del proceso de barbarización [...] ¿Acaso no toda civilización está destinada a caer tan pronto como empieza a penetrar en las masas?

Ésta es pues una recapitulación de toda la obra y presenta subrepticiamente una interpretación de la caída de Roma y de la civilización: las civilizaciones son producto de la división social del trabajo y de la consecuente formación de clases sociales. Sin esa estructura, la civilización —patrimonio de las élites— no puede existir, pero esa misma división determina sus límites de pervivencia, puesto que los proletarios, la clase baja, siempre querrán ascender socialmente convirtiéndose en miembros de la burguesía mediante la adquisición de la cultura y, finalmente, la civilización.

Estas ideas adquieren un relieve distinto a 64 años de haber sido planteadas, ya que en este lapso la educación en general y la formación universitaria en particular han experimentado un proceso de masificación. ¿Se puede decir que esto ha devaluado o empobrecido la cultura? No se puede dar una respuesta simple, y dar una compleja excedería las posibilidades de esta obra, pero sí se puede hacer notar algunas cosas.

Aunque es claro que la alfabetización y el acceso a la información se han desarrollado espectacularmente, sigue existiendo la alta cultura separada de la cultura popular; aunque las universidades han crecido enormemente, ha surgido una tendencia que diferencia a las universidades buenas de las malas, a las carreras fáciles de las difíciles y al posgrado de la licenciatura. Finalmente, en términos generales se puede apreciar que la cultura ha dejado de ser un signo de alta posición social y que tiende a adquirir un carácter plebeyo.

Aunque en periodos de crecimiento económico estos fenómenos podrían haberse visto como parte de un periodo de ascenso social, los periodos de crisis muestran cómo la acumulación capitalista no se ha detenido y hacen ver que este desarrollo cultural obedece a la propia dinámica del capitalismo, conformando nuevos mercados e incorporándolos a la ideología de la clase dominante. La amenaza a la civilización no parece residir ahí.

En cambio, la cultura parece estar en peligro por la guerra, que puede destruir a toda la humanidad. En estos últimos 64 años, que

han presentado el ascenso del fascismo, la Segunda Guerra Mundial e innumerables guerras en el mundo colonial y semicolonial, se ha hecho claro que la guerra juega también un papel en la acumulación capitalista y que sus derrotas —en Rusia y China— principalmente han sido factores que han frenado estas tendencias, mientras que los movimientos pacifistas y en contra de guerras 150

específicas tienden a adquirir un carácter anticapitalista. Fueron las derrotas del proletariado en Alemania, Italia, China y España las que llevaron a la Segunda Guerra Mundial, mientras que el gobierno soviético pactó de inmediato su salida de la primera Guerra Mundial y la existencia de una China no capitalista fijó límites a la escalada de las guerras en Corea y Vietnam.

Todo esto parece dar razón a Marx y Engels cuando afirmaron en el *Manifiesto comunista* que cuando en una sociedad falta una clase social revolucionaria, toda ella se derrumba, idea que retoma Rosa Luxemburgo al plantear la alternativa entre socialismo o barbarie.

Ésta sería una clara alternativa a la explicación rostovtzeffiana: Roma cayó no como consecuencia de la difusión de la cultura, sino por encontrar los límites de su crecimiento sin dar origen a una clase revolucionaria. La tesis principal de la obra de Marx y Engels es que en el capitalismo no se da esa situación sino precisamente lo contrario: el capitalismo crea a sus enterradores, que son el proletariado, una clase cuyo nombre proviene de la historia de Roma pero que adquiere un significado distinto —ya no se trata de desclasados sino de quienes, para subsistir, se ven obligados a vender su único bien, que es la fuerza de trabajo.

Guiados por esta doctrina, los obreros rusos tomaron el poder en noviembre de 1917

y su paisano burgués Rostovtzeff se dedicó desde entonces, y muy a su pesar, a entonar lo que podría llamarse el canto del cisne de esa clase. Toda su pasión y su talento infundieron entusiasmo a una de las obras historiográficas más importantes de su tiempo que,

por su mera existencia, demuestra que a veces los vencidos también escriben la historia.

BIBLIOGRAFÍA

Christ se ocupa de Rostovtzeff en las pp. 334-349 de su *Von Gibbon...* citado en la bibliografía del capítulo II de esta segunda parte; véase también A. Momigliano, "M. I. Rostovtzeff", *Studies in Historiography,* Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1966, pp. 91-104, y M. Reinhold, "Historian of the Classical World: A Critique of Rostovtzeff", *Science and Society,* X, 1946, pp. 361-391. Yo mismo analizo su visión de las rebeliones helenísticas en mi tesis doctoral, *Opposition in the Hellenistic World,* Cambridge, 1988, pp. 39-42.

El título original de la primera obra de Rostovtzeff publicada en el extranjero es *Iranians and Greeks in South Russia;* a ella le siguió *The Social and Economic History of the Roman Empire*, 2 vols., Oxford Clarendon Press, 1926. La segunda edición, revisada por P. M. Fraser, apareció en 1957. La *Historia del mundo antiguo* fue publicada originalmente en ruso y apareció en Alemania. La primera traducción fue la inglesa, hecha en 1926 y titulada *A History of the Ancient World* (2 vols.).

Su obra máxima es *The Social and Economic History of the Hellenistic World,* 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1941; la segunda edición apareció en 1953. Los reportes sobre Dura son *The excavations at Dura-Europus conducted by Yale University and the French Academy of Inscriptions and Letters. Preliminary Report,* 10 vols., New Haven, 1929-1952, y *Final Report,* 6 vols., 1943-1949.

Sobre el último Congreso Mundial de Arqueología Clásica véase A. Invernizzi *et al., Resümees XIII.*

Internationaler Kongress für Klassischen Archäologie. Berlin, 24-31. Juli 1988, Berlín Occidental, 1988. Sobre la arqueología y la historia antiguas, *cf.* M. I. Finley, "Archaeology and History", en *The Use and Abuse of History,* Londres, Chatto and Windus, 1975, pp. 87-101 (traducción de A. Pérez-Ramos en *Uso y abuso de la historia,* 2ª.

151

ed., Barcelona, Editorial Crítica, 1979, pp. 131-155; Rostovtzeff es mencionado positivamente en las pp. 131-132

y 149-151).

Die Geschichte des Altertums im Spiegel der sowjetischen Forschung, editada por Heinz Heinen, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1980, es otra obra que se ocupa de la historiografía soviética sobre la antigüedad.

Sobre la historia social y económica del Imperio romano: Francesco di Martino, *Storia economica di Roma antica,* 2 vols., Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1979, y Peter Garnsey y Richard Saller, *The Roman Empire.*

Economy, Society and Culture, Berkeley, University of California Press, 1987.

A. Cavalli ("Clases", *Dic. de política, cit.)* trata la división de la sociedad en grupos.

Sobre el comercio en la antigüedad clásica: P. Garnsey *et al.,* (eds.), *Trade in the Ancient Economy,* Londres, Chatto and Windus, 1983. No conozco un tratado general sobre manufacturas en el Imperio romano, pero Willem Jongman *(The Economy and Society of Pompeii,* Amsterdam, J. G. Gieben Publisher, 1988, pp. 155-186) trata la industria textil en Pompeya, la ciudad romana mejor conocida, y en su primer capítulo traza un brillante estado de la cuestión de la economía y la sociedad antiguas.

F. Ferro y Gay y J. Benavides Lee han escrito una historia de la cultura romana: *De la sabiduría de los romanos,* México, UNAM, 1989.

Sobre el urbanismo puede consultarse el artículo de M. I. Finley, "The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and Beyond", en *Economy and Society in Ancient Greece,* edición e introducción de B.

D. Shaw y R. P. Saller, Londres, Chatto and Windus, 1981, pp. 3-23 (traducción de T. Sempere en *La Grecia antigua: economía y socie-*

dad, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, pp. 35-59).

El único tratado sobre la romanización (limitado a España) que yo conozco es J. M. Blázquez, *La romanización,* 2 vols., Madrid, Ediciones Istmo, 1975.

Forms of Control and Subordination in Antiquity, editado por T. Yuge y M. Doi (Tokio, The Society for Studies on Resistance Movements in Antiquity, 1988) contiene ponencias sobre la lucha de clases en la antigüedad.

152

VIII. MOSES I. FINLEY (1912-1986)

ENFRENTARSE A FINLEY plantea un problema de perspectiva, puesto que, necesariamente, al finalizar su obra se hace evidente que la discusión sobre el tema no ha avanzado, y entonces es necesario creerle o no, pero sin saber qué fortuna tendrán a largo plazo sus ideas. Esta circunstancia es determinante para entender los alcances de la tarea emprendida en este capítulo.

Empezaré por centrar el análisis en un artículo de quince páginas aparecido hace más de doce años y cuyo título es "Imperio en el mundo grecorromano".

Hasta una recapitulación somera y grosera de la antigüedad clásica hará claro que en sus orígenes se dio una constelación de pequeños estados que, al llegar a chocar con los vecinos, se enfrentaron. Esto dio lugar al fortalecimiento o expansión de unos sobre otros y eventualmente a la creación de sistemas políticos hegemónicos, de los cuales los más exitosos fueron: en Grecia, Atenas, y en Italia, Roma, donde lo fue tanto que llegó a expandirse por toda la cuenca del Mediterráneo y alcanzó a dominar extensas regiones de Europa continental. No menciono el caso del mundo helenístico, que no es tomado en cuenta por Finley ni en este artículo ni, en general, en el conjunto de su obra y al que caracteriza de la siguiente forma (*AG,* p. 171): "La historia política helenística es fatigosa, monótona y con frecuencia fea, de guerra incesante, mala fe y asesinatos no infrecuentes".

Es claro, en cambio, que Grecia se interesaba por la democracia y que generalmente recurría a Roma como un término de comparación (*cf. PAW,* pp. 11-15).

Finley define el Estado imperialista de la siguiente manera (p. 1): Un historiador puede llamar con propiedad "imperialista" a un Estado si en cualquier periodo dado éste ejerció autoridad sobre otros estados (o comunidades o pueblos), para sus propios propósitos y en ventaja propia y cualesquiera que estos propósitos y ventajas hayan sido o se haya creído que eran. Sin duda éste es un conjunto de criterios latos e imprecisos, pero no más de los que comúnmente se emplean para otras instituciones humanas de gran escala, más obviamente el Estado.

Para juzgar esta categoría, hasta el leninista más dogmático reconocerá que la legitimidad en el uso de cualquier palabra depende de la definición que se dé de ella y es claro que, una vez enunciada esta definición, se puede cuestionar el acierto en la elección 153

de la palabra, pero lo importante es el uso hermenéutico del concepto, que se examinará ahora.

Pues bien, después de refutar tres falacias con respecto a la concepción de imperio, Finley presenta una tipología de las maneras en que un Estado puede (subrayado por él) explotar a otro(s):

1) restricción de la libertad de acción en relaciones interestatales; *2)* interferencia política, administrativa o judicial en asuntos locales; *3)* conscripción militar y naval;

4) exacción de un "tributo" en alguna forma…;

5) confiscación de tierra, con o sin emigración subsecuente de colonos del estado imperial; *6)* otras formas de subordinación o explotación económica Se advertirá que esta tipología, por su abstracción, puede aplicarse a cualquier relación entre un Estado imperial y otro (imperial o no) desde el surgimiento mismo del Estado hasta nuestros días.

Finley pasa entonces a comparar Atenas con Roma en su estadio imperial y señala tres diferencias (pp. 6-7):

La primera es que el imperio ateniense era puramente marítimo dentro de un espacio restringido: las comunidades costeras e insulares de la cuenca del Egeo, mientras que Roma era un imperio terrestre, que a fin de cuentas alcanzó aproximadamente la mitad del tamaño actual de los Estados Unidos continentales. En segundo lugar, Atenas era una ciudad-Estado, mientras que "Roma", aunque retuvo formalmente sus instituciones de ciudad-Estado hasta el fin de la República, en el último siglo de ese periodo era en efecto la mayor parte de Italia. Además, conforme fue pasando el tiempo, había cada vez más ciudadanos romanos en las provincias. Es difícil exagerar la diferencia en la base imperial. En tercer lugar, Atenas era una democracia y Roma no. Esto implicó una diferencia en el proceso de toma de decisiones, con una influencia, podemos suponer, tanto en la expansión imperial como en la distribución de los beneficios del imperio.

A continuación, Finley examina el flujo de las ganancias imperiales, distinguiendo su distribución entre ingresos estatales y privados y, de éstos, la distribución "entre distintas secciones y clases de la población" y enumera, en Atenas, los tributos que ella recibía de los otros miembros de la Liga de Delos, que sirvieron para formar y mantener una flota y se usaron (en parte) para la construcción de los edificios de la Acrópolis.

A su vez, la flota daba empleo a miles de atenienses pobres. Este proceso era mucho más complicado en Roma. En un principio, la conquista de Italia proporcionó al Estado botín, dinero y soldados en calidad de aliados. La formación de provincias conllevó la creación de impuestos, que en el principado fueron aumentados. En cuanto a los beneficios privados, la gran favorecida fue la aristocracia terrateniente, ya que recibió la mayor parte del *ager publicus* y se benefició como publicana y en la administración de las provincias. La plebe obtuvo beneficios menores.

¿Qué explica esta serie de ideas y qué importancia tiene ello?

En primer lugar, la explicación finleyana del imperialismo agrupa un conjunto de fenómenos, no sólo comunes sino fundamentales en la vida de las sociedades de la 154

antigüedad clásica.

Hay que tomar en cuenta que originalmente éstas eran comunidades de labradores en donde el desarrollo de la técnica fue siempre nulo y que, como tales, estaban sujetas a crisis agrícolas. Estas crisis sólo podían resolverse de tres formas: expulsando bocas (y de ahí los movimientos de colonización y el surgimiento de mercenarios), redistribuyendo la propiedad (y de ahí los movimientos populares) o incorporando a la sociedad más tierra y más hombres (y de ahí la expansión territorial o marítima). Esta tercera solución es la que Finley concibe y define como imperialismo. En esto coincide con una obra anterior (de 1972) escrita bajo su influencia (*cf.* p. 11) por Yvon Garlan: *La guerra en la antigüedad* (París, Fernand Nathan) en cuya conclusión se analizan las causas económicas, sociales y culturales de las guerras y la relación entre éstas y la política. No es el caso, en cambio, de la *Diplomacia en la Grecia antigua* de F. Adcock y D. J.

Mosley, donde después de una narración cronológica se tratan asuntos tales como "los propósitos de la diplomacia" o "las instituciones de la diplomacia". Naturalmente, es inevitable que los autores enuncien las mismas ideas que Finley y digan (p. 128), por ejemplo, que "la fuente de conflictos más común era la propiedad de la tierra y los derechos de acceso". La diferencia importante radica en que estas ideas están en la obra de Finley estructuradas en un sistema orgánico, mientras que en las de autores positivistas como Adcock y Mosley están seriadas en lista, así que, mientras que obras como ésta proporcionan datos, la de Finley aspira a contribuir en la comprensión de la historia.

Poco más se puede decir de las interpretaciones específicas de los imperios ateniense y romano: hay obras eruditísimas y mucho más largas que las de Finley, pero que no aportan tanta claridad.

El conjunto de la obra de Finley comparte las mismas características. Se trata de una presentación estructural de datos que entran en función de una concepción general, también estructurada, y que responden a un planteamiento. Esto es lo que él llama un modelo.

Desde luego, tales modelos han existido desde hace mucho tiempo y, de hecho, se podría decir que todos los historiadores analizados en esta obra comparten esta misma característica, pues, de hecho, los historiadores que limitan su labor a la heurística se vuelven anticuados casi de inmediato, pues se trata tan sólo de transmisores de datos que, una vez recopilados de nuevo, hacen obsoleta la obra de su descubridor. El mérito de Finley radica en haber asumido conscientemente esa construcción de modelos *(AH),* en haber incorporado a su elaboración los desarrollos en las ciencias sociales (en especial el marxismo y la sociología weberiana) y en haber llevado el método comparativo hasta sus últimas consecuencias.

Gran parte del logro de Finley radica en su manera de exponer o redactar, que él mismo explica claramente al alabar a Syme de la siguiente forma (en una reseña que apareció en *The Spectator* del 17 de octubre de 1960 y que citan Saller y Shaw, 25): 155

No escribe para el *homo ludens,* sino para el *homo politicus.* Sus posiciones son mantenidas con energía, enunciadas "bastante desnudamente, sin circunloquios", y la piedra de toque es "una actitud deliberadamente crítica hacia Augusto". Es una obra partidaria; como también lo es cualquier buen ejemplar de literatura histórica.

De tal suerte, la obra de Finley puede verse como una larga polémica, y gran parte de su obra tiene una forma declarada de discusión. Siempre estaba examinando las ideas prevalecientes y poniéndolas en tela de juicio.

Pero hay que tomar en cuenta que para ello se necesita un punto de referencia y para Finley éste era siempre el presente.

Así, al plantear el problema de la democracia, comienza:

Acaso el mejor conocido y seguramente el más ponderado "descubrimiento" de las investigaciones modernas en torno a la opinión

pública sea el de la indiferencia e ignorancia de una mayoría de electorado en las democracias occidentales. Los electores son incapaces de expresar los problemas en juego, sobre la mayoría de los cuales abrigan nulo interés; multitud son los que no saben qué cosa es el Mercado Común o incluso las Naciones Unidas; muchos los que no pueden nombrar a sus diputados o a quién se presenta como candidato para qué cargo. Los llamados para una campaña de cabildeo, si son sensatos, portarán siempre algún anuncio como el que sigue: "En la biblioteca pública de su localidad hallará Ud. los nombres de sus senadores y diputados en caso de que no los sepa con seguridad". En algunos países existe una mayoría que ni siquiera se preocupa por ejercer su atesorado derecho al voto.

Es muy significativo que éstas fueran las primeras palabras de una serie de conferencias dictadas en la Universidad de Rutgers veinte años después de que esa universidad lo despidiera a raíz del macarthismo.

En todo caso, es importante notar que el planteamiento versa sobre problemas actuales, en este caso la apatía electoral. ¿Cómo entra aquí la democracia antigua? En el párrafo siguiente, Finley menciona la idea de Lipset de que los incultos y los rudos son presa fácil de posiciones extremistas (idea que, en las circunstancias en que se planteó, no podía dejar de tener implicaciones irónicas), y la relaciona con la exclusión platónica del mismo tipo de gente.

Luego relaciona la idea de Aristóteles, de que la mejor democracia debe tener una numerosa población rural, con las de W. H. Morris Jones, quien, en un artículo titulado

"En defensa de la apatía", hizo la apología de ese estado de ánimo como un signo de democracia, y entonces hace una comparación entre los teóricos griegos y los estadunidenses para luego comprobar cómo el concepto de democracia ha perdido fuerza a partir de la revolución de las trece colonias inglesas en América del Norte; en seguida introduce la concepción elitista de Michels según la cual en toda democracia hay una separación entre caudillos y seguidores, y

dado que todos están de acuerdo en que la democracia es la mejor forma de gobierno, se concluye que la

"separación" empíricamente observada es una cualidad, no una negación de la democracia y, por lo tanto, una virtud (p. 12).

156

Es entonces cuando Finley entra de lleno a la historia antigua, examinando la inexistencia empírica de esa separación para recuperar el concepto fuerte de democracia ateniense. Ambas ideas van de la mano y son una bofetada con guante blanco en contra de sus ex colegas y ex jefes que no opusieron resistencia alguna cuando el gobierno de Estados Unidos les pidió su despido, pero que, veinte años después, lo invitaron a dar un ciclo de conferencias.

Esto explica la conclusión de este primer capítulo (pp. 36-37):

La teoría elitista, con su visión del "político profesional como héroe" [J. L. Walker, "A Critique of the Elitist Theory of Democracy", *American Political Science Review,* LX, 1966, pp. 285-305, en la p. 292], con su llamado al "fin de la ideología", con su conversión de una definición operativa en un juicio de valor responde con una firme negativa a [la pregunta de si la situación política actual es necesaria o deseable o se deben inventar nuevas formas —democráticas — de participación política]. "La democracia no es sólo, ni siquiera fundamentalmente, un medio por el cual diferentes grupos pueden alcanzar sus fines o buscar la buena sociedad: *es ella misma la buena sociedad en operación"* [Lipset, *Political Man,* 403; cursivas mías]. Tal juicio, como ha sido bien dicho por un crítico reciente, es "una codificación de logros pasados… ella reivindica las características principales del *statu quo* y proporciona un modelo para atar cabos sueltos. La democracia se convierte en un sistema a ser preservado, no una finalidad a ser buscada; los que desean una guía para el futuro deben buscar en otra parte" [Lane Davies, "The Cost of Realism: Contemporary Restatements of Democracy", *Western Political Quarterly,* XVII, 1964, pp. 33-46, en la p. 46]. Éste me parece ser un juicio

histórico correcto. Cada quien decidirá por sí mismo si es o no también un juicio *político* correcto.

Debe ser claro entonces cómo para Finley la historia no es lo que pasó ni tampoco un inmenso repositorio de datos, sino un conjunto de experiencias que determinan el presente y cuyo conocimiento, por lo tanto, contribuye a entenderlo. Esto no quiere decir, sin embargo, que Finley creyera que la conciencia histórica fuera suficiente para cambiar el mundo.

En una brillante reseña de dos libros sobre la pasión de Jesucristo, Finley se pone a discurrir sobre el antisemitismo. Hay que hacer notar que, convertido al ateísmo, Finley se apellidaba originalmente Finkelstein (diamante), era de origen judío y, según Momigliano, también judío (*CS,* p. 2),

Finley, el vástago de generaciones de rabinos eminentes (algunos de los cuales se remontan a la Italia del siglo XVI) había recibido él mismo una educación judía suficiente para hacer concebible su admisión al Seminario Teológico Judío de Nueva York. Desde luego, él conocía desde su infancia la admonición del Deuteronomio 15:15: "Acuérdate de que esclavo fuiste en la tierra de Egipto y de que Yavé, tu Dios, te liberó".

Momigliano dice que ésta fue la raíz más profunda y personal del interés de toda la vida de Finley por la esclavitud. Esta conciencia judía, que lo hacía simpatizar con los esclavos de los griegos y de los romanos, también lo haría deplorar los excesos represivos de Israel, preocuparse por la fragilidad de su democracia y no simpatizar para nada con el sionismo.

157

Volviendo al artículo en cuestión (*AA,* pp. 180-184) Finley empieza por comentar la oposición del patriarca de Antioquía a la exculpación de los judíos por la crucifixión que hizo el Concilio Ecuménico y, después de discutir la credibilidad histórica del *Evangelio* y la manera en que lo usan los autores reseñados, concluye:

Lejos estoy yo de sugerir, ni siquiera levemente, que no es importante corregir el registro de la historia. Pero no se disiparía el sentimiento de que hay una cualidad de *Alicia en el país de las maravillas* acerca de todo esto. Hay algo desgraciadamente ingenuo acerca de la implicación de que el antisemitismo podría desaparecer calladamente si tan sólo se pudiera demostrar decisivamente que ningún judío, o sólo unos cuantos colaboracionistas entre ellos, participaron en la crucifixión. Con todo lo bienvenida que debe ser la declaración del Concilio Vaticano, su significación práctica es problemática. La maldad colectiva judía permea toda la cultura occidental. ¿Habremos de emprender una campaña de eliminación, comenzando, por ejemplo, con la letra y la música juntas de *La pasión según san Juan* de Bach? El pasado muerto nunca entierra a sus muertos. El mundo tendría que ser cambiado, no el pasado.

Y a pesar de todo, es claro que el antisemitismo, dado que tiene raíces históricas, no puede entenderse fuera de este contexto. Así que, de todos modos, si se quiere acabar con ésta y con todas las formas de opresión y explotación, es necesario entender sus mecanismos y su razón de ser presente e histórica. Para ello, hay que cultivar la historia.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre Finley: P. Vidal-Naquet, "Economie et sociéte dans la Grèce ancienne: l'oeuvre de Moses I. Finley".

Archives Européennes de Sociologie, VI, 1965, pp. 111–148; A. Momigliano, "The Greeks and Us", *The New York Review of Books,* XXII-16, 16 de octubre de 1975, pp. 36-38; M. de Sanctis, "Moses I. Finley. Note per biografía intellettuale", *QS,* 10, 1979, pp. 3-37; B. D. Shaw y R. P. Saller, "Editors' Introduction", en M. I.

Finley, *Economy and Society...,* véase bibliografía del capítulo precedente, p. IX-XXVI (pp. 11-32 de la traducción); C. Ampolo y G. Pucci (eds.), *Opus,* I, 1982; J. Annequin, "M. I. Finley et l'esclavage antique: décrire et expliquer une forme d'exploitation du travail", *DHA,* VII, 1981, pp. 437-450; L. Canfora, "Finley maestro 'diffícile'",

QS, 27, 1988, pp. 165-167; D. Metzler, "In Memoriam Sir Moses Finley", *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte,* IV, 1985 (1986); A. Momigliano, "Moses Finley on Slavery: A personal Note", en M. I. Finley (ed.), *Classical Slavery,* Londres, Frank Cass, 1987, pp. 1-6; W. Jongman, *op. cit.,* bibliografía del capítulo precedente, pp. 28-35, y K. Christ, capítulo consagrado a este autor en *Neue Profile...,* cit. en el primer capítulo de la II parte, pp. 295-337.

La obra citada de Finley, editada por Shaw y Saller, contiene la bibliografía más completa (aunque no exhaustiva) de la obra de Finley.

El artículo citado sobre el imperio es "Empire in the Greco-Roman World", *G&R,* XXV, 1978, pp. 1-15. La caracterización de la época helenística está en *The Ancient Greeks (AG),* Harmondsworth, Penguin Books, 1966

(hay una traducción al español publicada en Barcelona por Labor). El enunciado teórico de la comparación entre Grecia y Roma se encuentra en *Politics in the Ancient World (PAW),* Cambridge, University Press, 1983.

Sobre el imperio ateniense: R. Meiggs, *The Athenian Empire,* Oxford, Clarendon Press, 1972; sobre el romano: *War and Imperialism in Republican Rome 327-330 B. C.* de W. V. Harris (Oxford, Clarendon Press, 1979).

El libro de Adcock y Mosley fue publicado en Londres por Thames and Hudson (1975).

Finley habla de los modelos históricos en *Ancient History. Evidence and Models (AH),* Londres, Chatto and Windus, 1985, traducido al español por M. González Marcén (*Historia antigua. Problemas metodológicos,* Barcelona, Editorial Crítica, 1986).

158

La obra de R. Syme es *The Roman Revolution,* Londres, Oxford University Press, 1960.

La obra de Finley sobre la democracia es *Democracy Ancient and Modern (DAM),* 2ª ed., Londres, Chatto and Windus, 1985 (hay una traducción, muy libre, de la 1ª ed., de A. Pérez-Ramos: *Vieja y nueva democracia,* Barcelona, Editorial Ariel, 1980).

El libro de S. M. Lipset es *Political Man,* Garden City, 1960. El artículo de M. Jones apareció en *Political Studies,* II, 1954, pp. 25-37.

La obra de R. Michels fue traducida al inglés por E. y C. Paul y publicada en Londres en 1915 con el título de *Political Parties.*

La devaluación del concepto de democracia ha sido descrito por G. Parry *(Political Elites,* Londres, 1969, p.

141) *apud* Finley *(DAM,* p. 9) de la siguiente manera: "Democracia y democrático se han convertido en el siglo XX en palabras que implican la aprobación de la sociedad o la institución así descritas. Esto necesariamente ha significado que las palabras se han devaluado en cuanto que casi han dejado de ser útiles, sin una mayor definición, en distinguir una forma de gobierno particular de otra".

Sobre el nacimiento del cristianismo: R. L. Fox, *Pagans and Christians,* Collins, Londres, 1986, y D.

Kyrtatas, *The Social Structure of the Early Christian Communities,* Londres, Verso, 1987.

El artículo sobre la crucifixión es "The Jews and the Death of Jesus", parte de "Christian Beginnings: Three Views of Historiography", en *Aspects of Antiquity (AA),* Harmondsworth, Penguin Books, 1972, pp. 180-184, traducido al español por A. Pérez-Ramos y publicado con el título de *Aspectos de la antigüedad. Descubrimientos y disputas* (Barcelona, Editorial Ariel, 1975).

159

IX. PERSPECTIVAS ACTUALES DE LA HISTORIA ANTIGUA

EN SU INMENSA OBRA *En busca del tiempo perdido,* Proust cuenta cómo el narrador se decepciona al conocer a su escritor preferido, Bergotte, ya que éste resulta ser un tipo totalmente medio-

cre. Entonces hace la siguiente reflexión sobre el genio (2ª ed., París, Gallimard, 1987-1989, I, 545):

Los que producen obras geniales no son los que producen en el medio más delicado, los que tienen la conversación más brillante, la cultura más extendida, sino los que han tenido la facultad, dejando bruscamente de vivir por sí mismos, de hacer su personalidad igual a un espejo, de manera tal que su vida, que por lo demás pudiera ser tan mediocre mundanamente, e incluso —en cierto sentido— intelectualmente hablando, se refleja ahí; pues el genio consiste en la facultad de reflejar y no en la calidad intrínseca del espectáculo reflejado.

Independientemente de que los historiadores tratados en esta parte puedan ser considerados genios o no, la aplicación de esta metáfora proustiana me parece que puede esclarecer lo que los hace valiosos.

En efecto, se puede decir que Gibbon refleja la posición de la Ilustración sobre el cristianismo, que Droysen expresa un nuevo punto de vista sobre ese mismo problema, que Mommsen puede ser visto como el órgano de la burguesía alemana nacionalista y unitaria, que Pöhlmann da expresión a la preocupación que provocaba en los intelectuales pro-capitalistas el auge de la socialdemocracia, que la obra de Rostovtzeff es el canto del cisne de la burguesía rusa eliminada por la revolución de octubre y que Finley ha dado expresión a las preocupaciones e intereses de nuestro tiempo.

No tendremos la posibilidad que tuvo Proust con Bergotte de llegar a conocer a todos estos historiadores, así que no podemos comprobar si en general fueron mediocres, pero en cambio sí podemos notar que su actitud ante los problemas de su tiempo fue lo que los hizo detectar los problemas históricos, que no eran otros que los que se planteaban a su generación y a su clase, y tratar de entenderlos precisamente en el plano de lo histórico. Mediante este proceso, la antigüedad clásica va revelando dimensiones y significados distintos y, con ello, su valor cultural paradigmático. Si Gibbon escogió

estudiar el papel de la religión en la decadencia de una civilización como se hicieron 160

concretas en el cristianismo y en Roma y no en el periodo antiguo maya, fue por el valor cultural que sólo Roma y el cristianismo tienen.

Como se puede ver también, este reflejo no es nada más eso. Muchos de los historiadores estudiados no dudaron en ir contra la corriente intelectual e incluso histórica de su tiempo y eso no les restó facultades, pues su capacidad de reflejar las preocupaciones e intereses de su época dependía más bien de su sensibilidad y, por ejemplo, en el caso de Rostovtzeff, es evidente cómo la revolución rusa lo afectó y lo hizo consciente de toda una serie de problemas y temas a los que hasta entonces había sido insensible.

Es además esta facultad la que los hace relevantes para nosotros, historiadores mexicanos del siglo XX, dado que la inmensa mayoría de nuestros compatriotas son cristianos y resienten aún las consecuencias de la helenización de Roma, porque vivimos en el marco de un estado nacional, porque resentimos dramáticamente los efectos de una

"cuestión social" más profunda y desgarradora que la de Alemania hace cien años, porque el socialismo se nos sigue presentando como una posibilidad, porque el imperialismo o la democracia son problemas que nos atañen independientemente de que los asumamos o no o, más bien, cuanto menos los asumamos más condicionados estamos por ellos. En esta medida, la galería de historiadores que ahora tenemos expuesta nos habla a nosotros. Pero no sólo por esto, aunque esto no sea poco.

Para seguir el hilo, voy a hacer una digresión, regresando a la literatura francesa.

En el siglo XVIII, a edad avanzada, el duque Henri de Saint-Simon se dio cuenta de que no tendría descendencia más allá de sus hijos. A falta de posteridad carnal, el duque se puso a escribir sus memorias con base en su diario y acabó produciendo una obra mo-

numental que abarca unas siete mil páginas en la edición de "La Pléiade". Estas memorias se centran en la corte de Versalles en los últimos años del reinado de Luis XIV

y la regencia de su sobrino, el duque de Orleans.

Dadas tales características, uno de los temas más importantes de las Memorias es la guerra de sucesión española (1701-1714). En efecto, Saint-Simon cuenta la muerte de Carlos II, su testamento que dejaba como heredero a Felipe, duque de Anjou y nieto de Luis XIV y María Teresa de Austria, hija de Felipe IV y hermanastra del último Habsburgo que reinó sobre España. También cuenta cómo Felipe V viajó a España y cómo se concertó su boda con la princesa de Saboya, María Luisa, la cual llevaba en su cortejo a una parienta del papa, la princesa de los Ursinos que, en poco tiempo, aprovechando la debilidad de carácter y la juventud de los reyes españoles, llegó a controlar los contactos entre las cortes española y francesa, así que la política española se decidía en Versalles, pasaba por esta señora y tenía sus efectos en España. A pesar de este testimonio de primera mano de Saint-Simon, no he notado —y esto puede deberse tan sólo a mi ignorancia— que algún historiador de la Nueva España lo tome en cuenta.

Es cierto que el control que España ejercía sobre sus colonias era menor que el que el FMI ejerce actualmente sobre México, pero también lo es que los reyes (o sus favoritos) nombraban a los virreyes, las audiencias, los capitanes generales, los obispos y a todos los altos funcionarios, y que la guerra de sucesión también tuvo repercusiones en 161

América. Lo que quiero decir con esto, para plantearlo de la manera más clara posible, es que Luis González ha perdido el tiempo escribiendo sus invitaciones a la microhistoria, puesto que la falaz tendencia a ver la historia de México en términos de una región aislada es no sólo general, sino universal: tendemos a ver la historia no mexicana como si no nos concerniera y hacemos mal. A continuación unos ejemplos:

El único elemento en que todos los españoles estaban de acuerdo en la época de la Conquista es que era su deber cristianizar a los paganos e idólatras que poblaban lo que es hoy nuestro país. Ésta es una característica que el cristianismo adquirió en el siglo IV, cuando se convirtió en la religión oficial del Imperio romano, cosa que hizo de la conciencia de sus súbditos un problema de Estado y además propició la necesidad de formar misiones, pues la conciencia de toda la humanidad se había vuelto también un problema de los cristianos. ¿Acaso puede comprenderse aquella actitud española sin entenderse cómo y por qué el cristianismo llegó a ser dogma de Estado? Además, ¿cómo entender el cristianismo sin estudiar sus antecedentes en las culturas hebrea y griega y la interrelación entre ellas en la época helenística?

Otro ejemplo. La historia de México, como problema historiográfico, sólo surge el 27

de septiembre de 1821. Esto lo entiende muy bien Lucas Alamán, pero es la excepción.

Todos los historiadores mexicanos (o por lo menos el 90%) toman el camino opuesto.

Uno de los ejemplos más claros —tal vez el más importante— es el de Vicente Riva Palacio, que fue el editor de *México a través de los siglos* (ya el título es revelador). En esta obra, la historia de México empieza con el primer despistado que profanó con su planta el suelo patrio (pues ya desde entonces lo era). Esta óptica excluye la historicidad misma del Estado nacional y vive (es un decir) prisionera de esos "marcos", pero está condenada a nacer, crecer y morir con este Estado nacional, y destinada a convertirse entonces en una curiosidad histórica: pues no es lo mismo expresar las inquietudes del tiempo que a uno le toca vivir que ser prisionero de sus prejuicios, sino todo lo contrario.

Otro ejemplo: la historia de México es la historia de su lucha de clases. Pero si no conocemos cómo se ha dado esta lucha en toda su riqueza histórica no podemos entender todo su significado histori-

co ni aplicar la comprensión así adquirida en enriquecer aún más la perspectiva completa.

Un ejemplo más: México es un país capitalista. Pero el capitalismo no es un fenómeno mexicano, ni tampoco un fenómeno meramente económico; de hecho, sin temor a exagerar se puede decir que el capitalismo es el fenómeno histórico que ha hecho universal a la historia. Pretender entonces explicar el capitalismo en México limitándolo a este país es, paradójicamente, cobarde y temerario a la vez. Una de las dimensiones que este problema tiene es la elaboración del concepto "capitalismo" y su uso (o abuso) en la interpretación histórica.

Los ejemplos podrían multiplicarse y ya me aburrí de este tono magistral, así que paso a la conclusión final volviendo a la metáfora proustiana.

Tal vez la perspectiva histórica que inevitablemente nos da el ser mexicanos del fin del siglo XX es mediocre, pero si nosotros dejamos de vivir para nosotros mismos y logramos usarla para reflejar en ella una visión histórica propia que, como tal, sólo puede 162

ser universal y, por lo tanto, se tiene que alimentar de interpretar también a la antigüedad clásica, podemos empezar a aspirar a la genialidad y descubrir para todos facetas insospechadas de la historia. En otras palabras, toda la historia es nuestra historia.

163

Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial 2.5. Por lo tanto, la reproducción o copia del contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

165
Índice
Índice
5
Prefacio a la presente edición
8
Prefacio a la primera edición
9
Primera Parte
11
I. Introducción
12
II. Condiciones históricas del surgimiento de la historia
16
III. El objeto de la historia
26
Las relaciones entre civilizados y bárbaros
28
Las relaciones interestatales
29
Los problemas internos
30
El surgimiento de nuevos temas
31
IV. Historia y verdad
33
V. Los métodos de investigación y exposición
38
VI. La historia, la cultura y la sociedad en la Antigüedad clásica
42

bibliografía
44
Interludio
46
El clasicismo de Las Casas
47
Bibliografía
53
Segunda Parte
54
I. Introducción
55
Bibliografía
57
II. Edward Gibbon (1737-1794)
59
Bibliografía
64
III. Johann Gustav Droysen (1808-1884)
66
Bibliografía
76
IV. Theodor Mommsen (1817-1903)
78
Bibliografía
85
V. Justo Sierra Méndez (1848-1912)
87
Bibliografía

95
Apéndice
97
Abreviaturas
97
VI. Robert von Pöhlmann (1852-1914)
134
166
Bibliografía
141
VII. Mijail Ivanovich Rostovtzeff (1870-1952)
144
Bibliografía
151
VIII. Moses I. Finley (1912-1986)
153
Bibliografía
158
IX. Perspectivas actuales de la historia antigua
160
167

Document Outline

- Índice
- Prefacio a la presente edición
- Prefacio a la primera edición
- Primera Parte
  - I. Introducción
  - II. Condiciones históricas del surgimiento de la historia
  - III. El objeto de la historia
    - Las relaciones entre civilizados y bárbaros
    - Las relaciones interestatales
    - Los problemas internos
    - El surgimiento de nuevos temas
  - IV. Historia y verdad
  - V. Los métodos de investigación y exposición
  - VI. La historia, la cultura y la sociedad en la Antigüedad clásica
    - bibliografía
- Interludio
  - El clasicismo de Las Casas
  - Bibliografía
- Segunda Parte
  - I. Introducción
    - Bibliografía
  - II. Edward Gibbon (1737-1794)
    - Bibliografía
  - III. Johann Gustav Droysen (1808-1884)
    - Bibliografía
  - IV. Theodor Mommsen (1817-1903)

- Bibliografía
- V. Justo Sierra Méndez (1848-1912)
  - Bibliografía
- Apéndice
  - Abreviaturas
- VI. Robert von Pöhlmann (1852-1914)
  - Bibliografía
- VII. Mijail Ivanovich Rostovtzeff (1870-1952)
  - Bibliografía
- VIII. Moses I. Finley (1912-1986)
  - Bibliografía
- IX. Perspectivas actuales de la historia antigua

ÍNDICE

Índice 3

Prefacio a la presente edición 4

Prefacio a la primera edición 5

Primera Parte 6

I. Introducción 6

II. Condiciones históricas del surgimiento de la historia 11

III. El objeto de la historia 26

Las relaciones entre civilizados y bárbaros 29

Las relaciones interestatales 30

Los problemas internos 32

El surgimiento de nuevos temas 33

IV. Historia y verdad 36

V. Los métodos de investigación y exposición 43

VI. La historia, la cultura y la sociedad en la Antigüedad clásica 48

bibliografía 51

Interludio 54

El clasicismo de Las Casas 55

Bibliografía 64

Segunda Parte 65

I. Introducción 66

Bibliografía 68

II. Edward Gibbon (1737-1794) 71

Bibliografía 79

III. Johann Gustav Droysen (1808-1884) 82
Bibliografía 100
IV. Theodor Mommsen (1817-1903) 103
Bibliografía 116
V. Justo Sierra Méndez (1848-1912) 119
Bibliografía 133
Apéndice 136
Abreviaturas 136
VI. Robert von Pöhlmann (1852-1914) 178
Bibliografía 189
VII. Mijail Ivanovich Rostovtzeff (1870-1952) 194
Bibliografía 206
VIII. Moses I. Finley (1912-1986) 209
Bibliografía 216
IX. Perspectivas actuales de la historia antigua 219